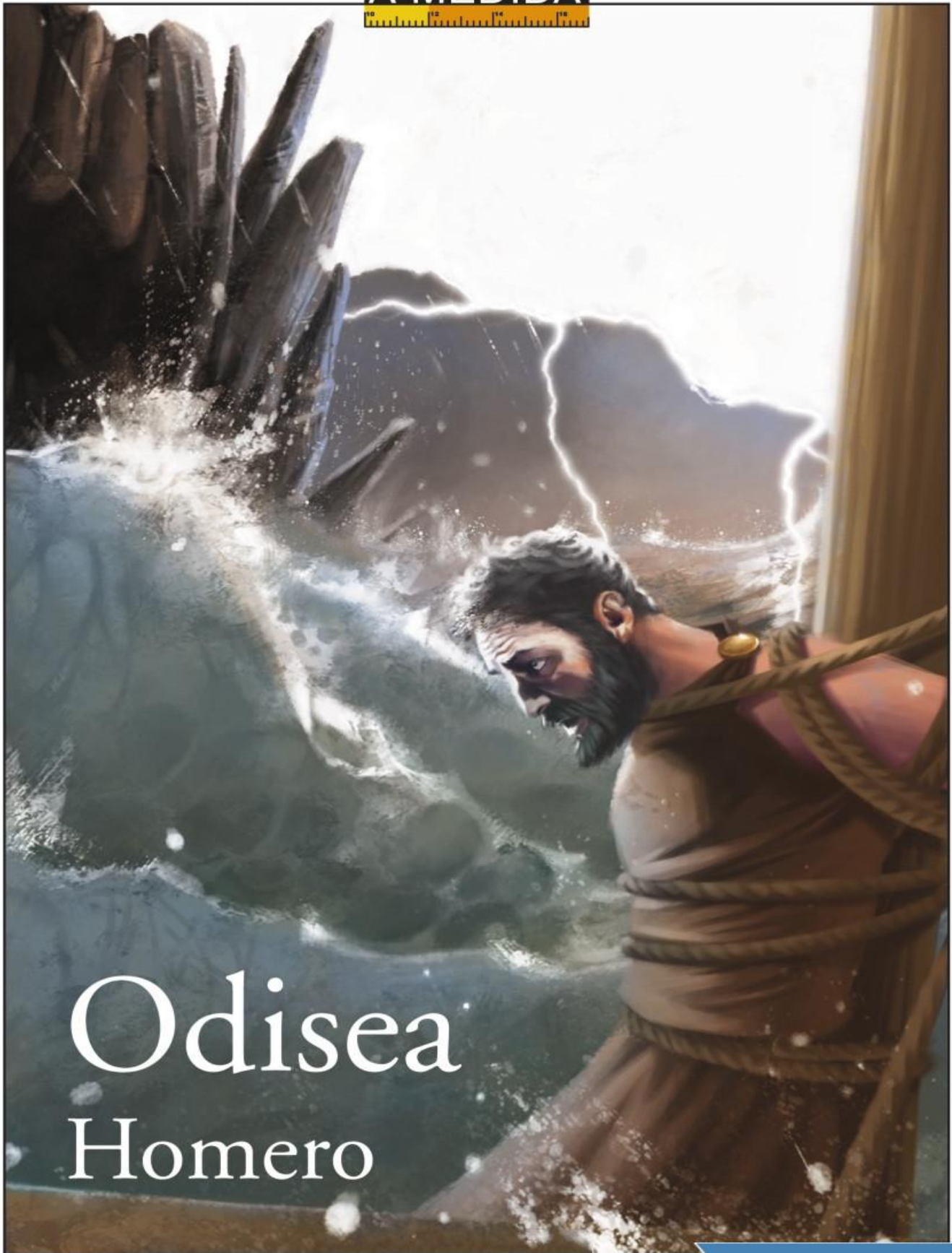




CLÁSICOS
A MEDIDA



Odisea

Homero

Lectulandia

La *Odisea*, del poeta griego Homero, es uno de los poemas épicos más importantes de Occidente. La historia narra el viaje de regreso del héroe Odiseo a su patria, la isla de Ítaca, tras su participación en la guerra de Troya. Su travesía estará llena de peligros y aventuras.

La *Odisea* es una metáfora del viaje que es la vida para todos nosotros; de ahí que sea un clásico universal.

Homero

Odisea

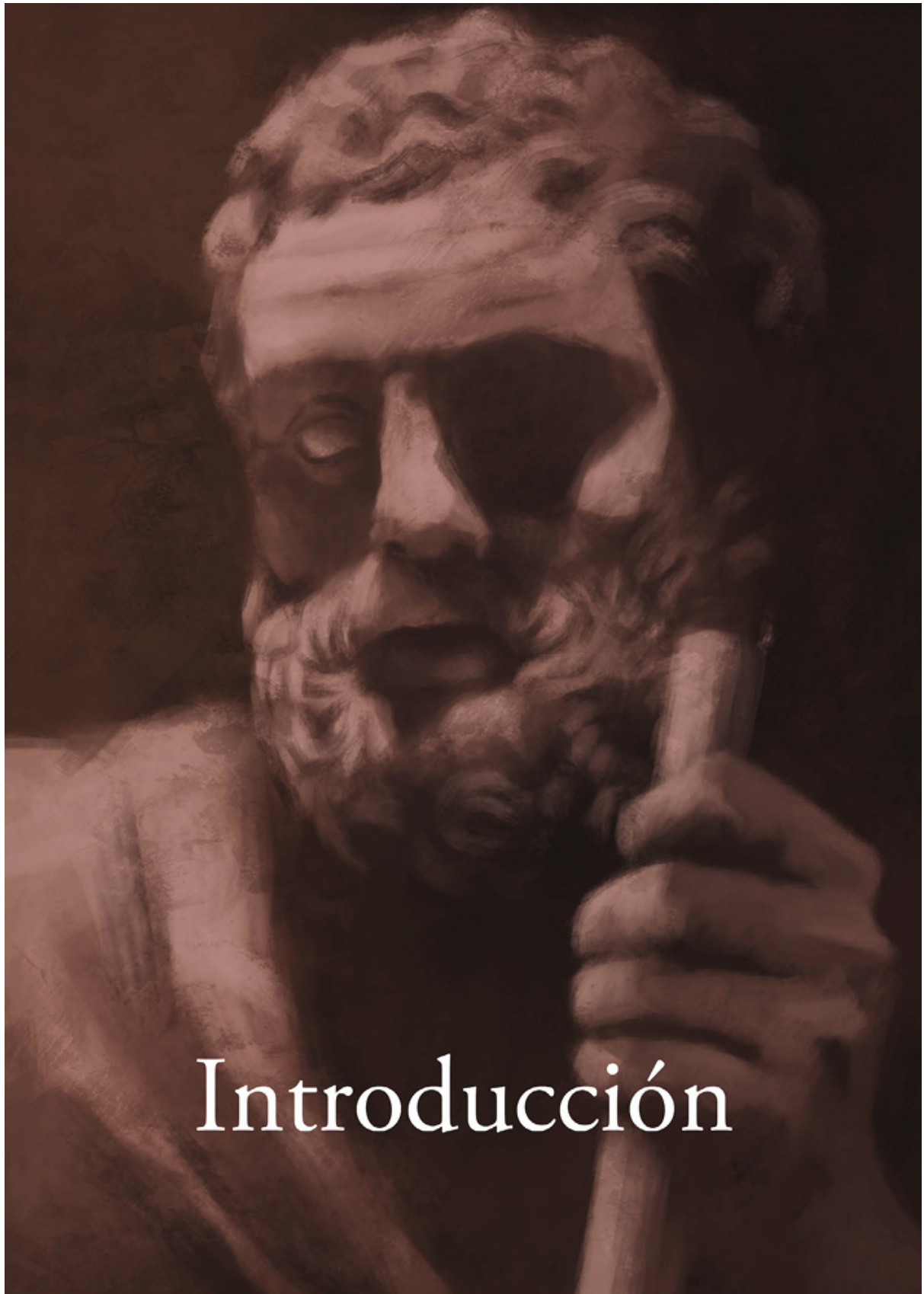
Clásicos a medida 24

ePub r1.0

Titivillus 19.03.2026

Título original: *Ὀδύσσεια*
Homero, 700 a. C.
Adaptación: Manuel Yruela, 2012
Ilustraciones: Rodrigo Chao, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)



Homero, el venerable

No hay un caso como el de Homero en la literatura universal. Desde hace nada menos que 2800 años, lectores de cualquier condición, generación tras generación, han seguido su relato sobre los más famosos personajes que hayan nacido de la imaginación del hombre, Odiseo, al que también llamamos Ulises, y todos los demás héroes que participaron con él en la guerra de Troya.

La fama y el prestigio que alcanzó Homero no son hoy fáciles de imaginar. Con sus dos obras, la *Ilíada* y la *Odisea*, fue capaz de eclipsar al resto de la literatura griega durante siglos. Es como si no hubiera existido prácticamente nadie más que él. La veneración de sus compatriotas alcanzó extremos impensables para cualquier escritor u obra literaria posterior. Los alumnos en las escuelas lo estudiaban todo a través de sus obras: el uso del idioma, la religión, la virtud y las conductas reprobables, las relaciones entre hombres y mujeres, la historia, las tácticas militares o la configuración de las constelaciones en el firmamento. Siglos después de su muerte, las ciudades griegas rivalizaban por su presencia en los poemas homéricos. Atenas, por ejemplo, no aparecía citada en la *Ilíada* en el catálogo de las naves que acudieron a Troya, así que, con el solo deseo de acrecentar su prestigio, hizo que se prepararan copias del poema añadiendo un verso en el que se decía que acudieron allá atenienses con cincuenta naves. Por su parte, los gobernantes de la ciudad de Megara actuaron de la misma manera añadiendo un verso para justificar su pretensión de anexionarse algunos territorios en disputa apoyándose en la autoridad de Homero. Más tarde, en el Egipto del siglo IV antes de Cristo, se inventaron los signos de puntuación con el único fin de poder anotar y fijar de manera definitiva sus textos originales, lo que supuso el nacimiento de la ciencia que hoy conocemos con el nombre de Filología. En esta época, su influencia era tan grande en la mentalidad de la gente, que Platón, el famoso filósofo ateniense, al describir su ciudad ideal, había propuesto que Homero fuera desterrado de ella por considerar que su influencia resultaba perjudicial para la vida de la comunidad.

Con estos ejemplos podemos hacernos una idea de lo que Homero llegó a significar para los griegos. Pero con la desaparición del mundo

griego antiguo, Homero no murió. Siguió vivo en los escritores latinos y posteriormente en la infinidad de los que formaron la inmensa y variada tradición literaria occidental, extendida por los cinco continentes desde la Antigüedad hasta nuestros días.

El italiano Dante, el más grande de los poetas medievales, ya a las puertas del Renacimiento y casi dos milenios después de que Homero compusiera sus obras, todavía lo seguía colocando a la cabeza de todos los poetas. Cervantes, trescientos años después, nos contaba la historia de don Quijote, un Ulises de su tiempo, enfrentado a la inagotable experiencia del mundo a través de un sinfín de aventuras. Ismael, el protagonista de *Moby Dick*, no es otra cosa que un Ulises surcando los mares a la caza de ballenas. El irlandés James Joyce, a principios del siglo pasado, escribió su más famosa novela, *Ulysses*, para contar la historia de un hombre corriente, como nosotros, enfrentado a las infinitas peripecias de un día cualquiera. Podríamos haber llenado este libro de ejemplos como estos. Aún hoy películas como *Troya* o *La mirada de Ulises* nos siguen contando, una vez más, las aventuras de los personajes homéricos.

La guerra de Troya

El joven troyano Paris, por voluntad de Zeus, se había ganado el derecho a gozar del amor de la bella Helena. Troya era una ciudad próspera de Asia Menor y Helena vivía en Esparta, en el continente europeo, con su esposo Menelao, así que Paris se embarcó hacia allí con idea de raptarla. Zarparon en barco como una embajada y a su llegada a Esparta fueron agasajados como merecían por ser príncipes de una ciudad famosa. Aprovechando la ausencia de Menelao, Paris hizo que Helena lo acompañara de vuelta a su casa, y el rapto provocó la mayor guerra conocida hasta entonces. Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas, reunió tropas de todas las ciudades griegas y acompañado de una enorme flota navegó rumbo a Troya. Durante nueve años asediaron la ciudad sin éxito con alternativas en las victorias de uno y otro bando. La fortaleza de las murallas troyanas era célebre en aquellos tiempos y resultaban infranqueables. Fue entonces cuando el astuto Odiseo tuvo la idea del famoso caballo de Troya. La estratagema de los griegos consistía en hacer creer a los troyanos que desistían de su propósito y se marchaban dejando como ofrenda a los

dioses un caballo de madera. Se trataba de una estatua gigantesca que debían introducir en el recinto de la ciudad. Pero el caballo llevaba ocultos en su interior a los mejores guerreros griegos, y, cuando fue llevado adentro de las murallas, por la noche, mientras los troyanos dormían, estos salieron de su escondite y tomaron la ciudad al asalto.

El argumento de la *Ilíada* desarrolla estos acontecimientos, especialmente la participación en la guerra de Aquiles, el más temible de los griegos. Después, la leyenda seguía contando el regreso a casa de los héroes y el destino que allí les aguardaba. Las historias de muchos de ellos eran bien conocidas y habían dado lugar a sagas completas, como es el caso de Agamenón, el jefe de los griegos, asesinado a su regreso por su propia esposa y su amante. En griego estos regresos se llamaban *nostoi* (*νόστοι*), palabra griega que tenemos en el castellano, *nostalgia*: el dolor que producen los recuerdos. Uno de estos *nostoi* es, precisamente, el argumento de la *Odisea*: las peripecias que hubo de padecer Odiseo, perdido en el mar durante diez años y obligado a afrontar las más duras pruebas, la llegada del héroe a su patria en la isla de Ítaca y lo que allí entonces sucedió.

La Odisea

El autor argentino, Jorge Luis Borges, ciego como Homero y el más importante escritor en lengua castellana del pasado siglo, dijo que no hay nada nuevo en la literatura universal después de la *Odisea*. Esta obra es mucho más que las aventuras de Odiseo, es un conjunto de cuentos dentro de otro mayor que abarcan toda la experiencia vital de su protagonista. Si sabemos entender que en realidad ese protagonista somos cada uno de nosotros, alcanzaremos a ver que en ella está contado todo lo que somos, nuestra capacidad de sentir y la esencia de nuestra vida.

La primera parte del relato (cantos I al IV) comienza con la asamblea de los dioses en la que se debate sobre el futuro de Odiseo. Se cuenta el regreso de los griegos de la guerra de Troya y la situación en Ítaca, donde los pretendientes acosan a su esposa Penélope para casarse. Su hijo Telémaco, que aún es demasiado joven para hacer frente a los pretendientes, emprende un viaje en busca de noticias sobre el paradero de su padre.

La segunda parte (cantos V al XIII) cuenta el relato de Odiseo en la corte de los feacios. Ha llegado allí después de muchas peripecias y el rey Alcínoo le pide que le cuente sus aventuras. Esta es la parte más legendaria de la obra, los cuentos de los cíclopes, la bajada a los infiernos, las sirenas, los lotófagos, etc. Son cuentos antiguos de tradición folclórica primitiva que Homero incorpora admirablemente al poema.

La tercera parte (cantos XIV al XXIV) narra la llegada de Odiseo a Ítaca y cómo, con la ayuda de la diosa Atenea, toma la apariencia de un mendigo para presentarse de nuevo en su palacio. Se produce el encuentro entre el héroe y su hijo Telémaco, y el reconocimiento por parte de este. A continuación, tiene lugar el concurso de arco para decidir quién se casará con Penélope, la victoria de Odiseo y, por fin, la matanza de los pretendientes. La obra concluye con el encuentro definitivo entre Odiseo y su esposa, la visita a su padre y la reconciliación entre los habitantes de la ciudad para devolver el trono a Odiseo.

Nuestra edición

El texto que presentamos es una adaptación para adolescentes, hecha a partir del original en griego antiguo. Su propósito no es el de sustituir la lectura de este, sino el de acercar a los jóvenes lectores por primera vez un texto que deben tener la ocasión de disfrutar en su versión íntegra más adelante y quizá en más de una ocasión durante toda su vida. Para limitar su extensión, se han eliminado algunos pasajes y se ha simplificado en ocasiones la trama procurando que el desarrollo del argumento no se viera afectado. Se ha usado para ello la edición griega de T. W. Allen, en Oxford Classical Texts.

Glosario y mapa
de la Grecia de la *Odisea*

Personajes divinos

Afrodita. Diosa de la belleza y el amor. Se casó con Hefesto, aunque mantuvo relaciones furtivas con otros dioses y hombres, entre los que se encuentra Ares, dios de la guerra. Fue elegida como la más bella de las diosas por el troyano Paris, quien obtuvo como recompensa el amor de Helena, la más hermosa de las mujeres. Este suceso fue el que acabó desencadenando la guerra de Troya.

Ártemis. Es hermana de Apolo, hija, por tanto, de Zeus y Leto. Protege la virginidad que ella misma conserva, y así vive en la naturaleza salvaje no intervenida por el hombre, los bosques, las selvas y los manantiales. Va vestida con túnica corta y sandalias, y armada de arco y flechas.

Atenea. Nació virginal de la cabeza de Zeus, adulta y armada con casco y escudo. Es diosa de la guerra y protectora de las artes y las tareas femeninas como el bordado, el tejido y el hilado. Recibía culto principal en la ciudad de Atenas, donde se le dedicó el templo del Partenón. También protegía los trabajos artesanos como los astilleros y la metalurgia. Se la conocía con el sobrenombre de Palas.

Aurora. Eos, la Aurora, es hermana de Helios, el Sol. Tiene dedos rosados con los que inunda de luz el cielo del amanecer. Se cuenta que tuvo amores con Ares, dios de la guerra, y que fue sorprendida por Afrodita, quien, celosa, la castigó a vivir eternamente enamorada.

Calipso. Ninfa que habita en la isla de Ogigia. Es hija de Helios y Perse, por tanto, hermana de Circe. Acogió y retuvo a Odiseo en su palacio durante un tiempo, y de su relación con él, según la tradición, nacieron dos hijos, Nausítoo y Nausínoo.

Caribdis. Hija de Poseidón y Gea, la tierra, robó unas vacas a Heracles, lo que le supuso el castigo de Zeus. El padre de los dioses la fulminó con un rayo y la precipitó al mar, donde quedó convertida en roca en el estrecho de Mesina, frente a Escila. Tres veces al día tragaba el agua y cuantos barcos y hombres pasaban junto a ella para vomitarlos después.

Cíclopes. Aunque hay tradiciones diversas sobre ellos, en la *Odisea* aparecen como hijos de Poseidón que viven salvajes en la isla de Sicilia

dedicados al pastoreo, orgullosos y al margen de cualquier ley. Son de enorme tamaño y tienen un solo ojo en la frente. Uno de ellos es Polifemo, cegado por Odiseo para poder escapar de la cueva en que lo tenían encerrado con sus compañeros.

Circe. Esta maga era hija de Helios y Perse, y hermana de Calipso. Vive en la isla de Eea, en un palacio guardado por leones y lobos a los que tiene hechizados con su magia. Aunque al estar enamorada de Odiseo, intentó retenerlo en su palacio haciendo uso de su magia, finalmente lo dejó marchar y le mostró el camino de regreso.

Escila. Monstruo, hijo de la diosa infernal Hécate. Tiene forma de mujer, aunque de sus ingles nacen seis medios perros con cabeza y dos patas. Vive en una cueva en el estrecho de Mesina, entre Sicilia y la península Itálica, y desde allí devora a cuantos marineros pasan junto a su guarida.

Helios. Dios del Sol, hermano de Selene, la Luna, y de Eos, la Aurora. El dios Zeus, cuando procedió al reparto del mundo, le concedió algunas islas, entre las que estaba Sicilia. En esta y en otros lugares del Mediterráneo había rebaños de vacas blancas consagradas a él. Con Perse, hija de Océano, tuvo a la maga Circe y a Calipso.

Hermes. Hijo de Zeus y Hera. Cumple como mensajero de los dioses, sobre todo de su padre, quien le encomienda a menudo tareas diversas. Es dios del comercio, del dinero, de los viajeros y los ladrones. Es astuto, pícaro y emplea sus artimañas con habilidad.

Musa. Divinidad protectora de las artes. Aunque Homero parece hablar de una sola, en la versión más conocida eran nueve, encargadas de toda clase de poesía, y también de las artes en general. Eran hijas de Zeus y Mnemósine, la memoria. La tradición sitúa su morada en el monte Helicón.

Ninfas. Consideradas hijas de Zeus, son divinidades de la naturaleza que representan su fecundidad en las manifestaciones más diversas: las fuentes, los árboles, los ríos o los montes. Reciben el nombre del lugar que habitan.

Polifemo. Ver *cíclopes*.

Poseidón. Hermano de Zeus. En el reparto del mundo que tuvo lugar cuando este accedió a su reinado, le correspondió el gobierno del mar.

Está casado con Anfitrite, habita en el mar y lo recorre en un carro tirado por caballos en compañía de un cortejo de peces y otras divinidades. Gobierna los vientos y las tormentas, y golpea la tierra con su tridente dando lugar a los terremotos. Padre de los cíclopes, se enojó con Odiseo por cegar a uno de ellos, Polifemo, que vivía en Sicilia.

Sirenas. Son divinidades marinas con cabeza y pecho de mujer y cuerpo de ave. Tenían una voz tan prodigiosa que decidieron rivalizar con las Musas en el canto, pero estas las derrotaron. Entonces se vieron obligadas a vivir en las costas de Sicilia, desde donde atraían a los marineros que, cautivados por la melodía, estrellaban sus barcos contra las rocas.

Zeus. El menor de los hijos de Crono. Se sublevó contra su padre y tras una lucha terrible consiguió desterrar a la generación de los dioses antiguos, quedando como rey del universo. Gobierna el mundo, y el firmamento en especial, con el rayo como símbolo de su poder. Está casado con su hermana Hera, con la que tuvo a Ares, pero mantuvo además relaciones con mujeres de las que nacieron numerosos hijos, Hércules entre ellos.

Personajes humanos

El mendigo Iro. Acude a los banquetes de los pretendientes a comer de las sobras que quieran darle. Cuando Odiseo llega, disfrazado también de mendigo, al banquete de palacio, Iro se enfrenta a él por querer arrebatarse la limosna que cree que le corresponde.

Euriclea. Servidora del palacio de Ítaca, es la vieja nodriza de Odiseo, la primera en reconocerlo a su regreso. Siempre le fue fiel a su antiguo amo, y lo trata con ternura y mimo.

Laertes. Padre de Odiseo, antiguo rey de Ítaca. Vive retirado en una finca del campo, anciano y triste, resignado a la pérdida de su hijo. Cuando Odiseo regresa se siente rejuvenecido y ayuda a su hijo a recuperar el trono.

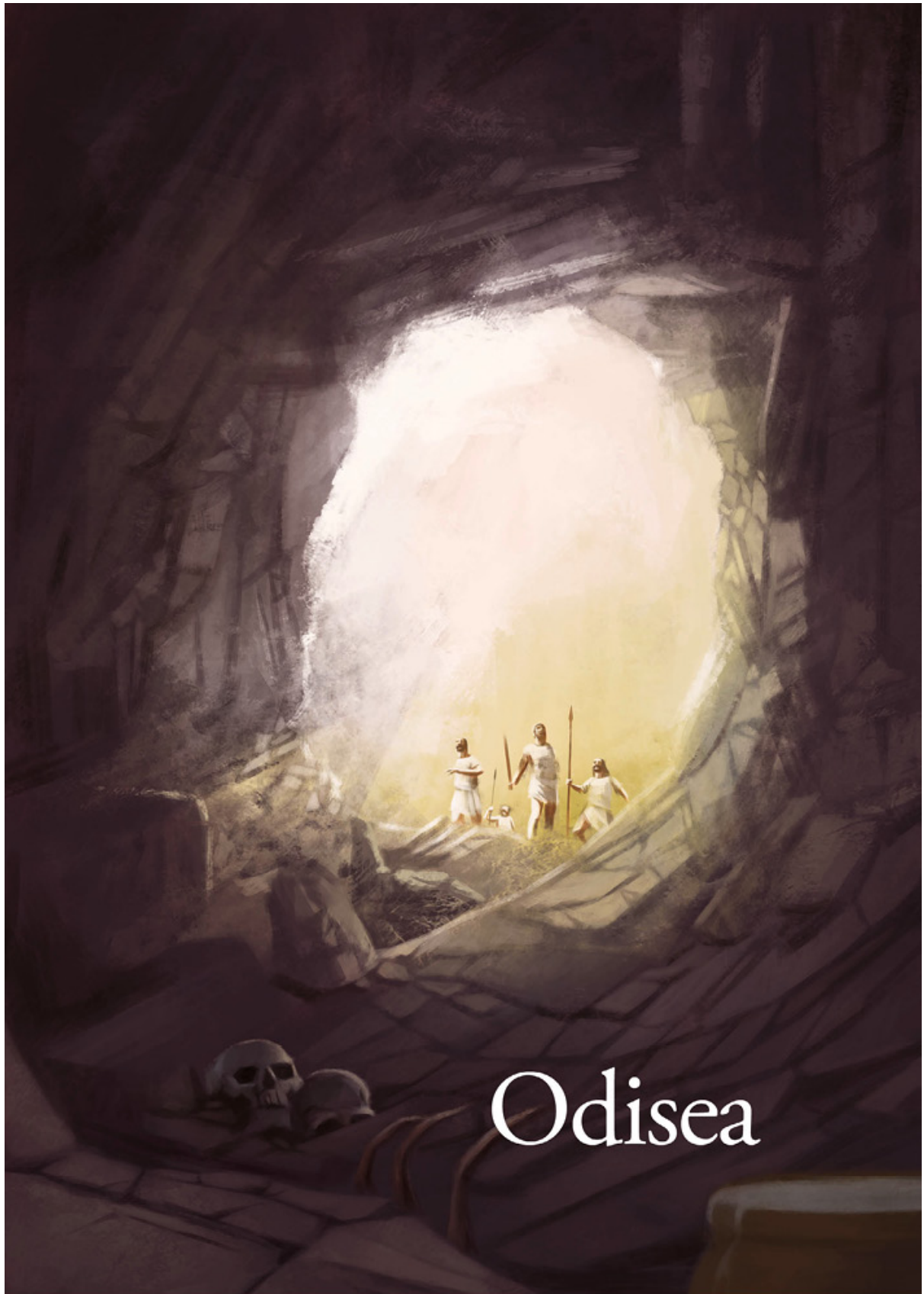
Odiseo. Protagonista de la *Odisea*, es quien da nombre al poema. Por fidelidad al rey Agamenón marchó a la guerra de Troya para recuperar a la bella Helena. En su viaje de vuelta a Ítaca debe afrontar toda clase de penalidades en castigo por haber dejado ciego al cíclope Polifemo. Poseidón, padre del monstruo, no está dispuesto a perdonarlo y lo persigue con sus vientos desatados y sus tormentas hasta que Zeus le obliga a ceder para permitir que Odiseo vuelva a casa.

Penélope. Esposa de Odiseo. Espera fielmente el regreso de su marido una vez acabada la guerra de Troya. Distrae a los pretendientes y retrasa un día y otro el momento de decidirse por uno de ellos.

Pretendientes. Una multitud de jóvenes de Ítaca y de las islas vecinas rivalizan por ocupar el lugar de Odiseo como esposo de Penélope y rey de los itacenses. Desde el momento en que parece que este no volverá, ocupan su palacio y se dedican a celebrar banquetes a su costa en espera de que Penélope se decida por uno de ellos. Antínoo y Eurímaco destacan sobre los demás.

Telémaco. Hijo de Odiseo y Penélope. Era apenas un niño cuando su padre marchó a la guerra de Troya. En el momento de su regreso, es aún un joven sin experiencia que debe enfrentarse a los pretendientes de su madre.





Canto I

Cuéntame, Musa^[1], la historia del hombre de muchas astucias que anduvo perdido después de la caída de Troya. Aquel que conoció tantas tierras y sufrió sin fin en el mar por salvar su vida y la de sus compañeros. Aunque todo fue en vano, porque fueron víctimas ellos de su propia estupidez, pues se comieron las vacas de Helios^[2] y ese día perdieron la esperanza de regresar. Cuéntame, diosa, hija de Zeus^[3], algo de estos sucesos.

Todos los héroes de Troya que habían escapado a la muerte estaban ya con los suyos. Solo Odiseo seguía lejos. Lo retenía la ninfa^[4] Calipso en su cueva con el deseo de hacerlo su esposo. Pero habían pasado los años y los dioses tenían ya decidido que regresara a su casa en la isla de Ítaca. Estaban todos de acuerdo salvo Poseidón, que siempre le había guardado rencor a Odiseo. Los inmortales se encontraban ahora reunidos en el Olimpo^[5] en el palacio de Zeus, cuando Atenea tomó la palabra.

«Mi corazón se apena por el pobre Odiseo —dijo—, que lleva ya mucho tiempo lejos de casa. Ahora lo tiene la ninfa Calipso retenido en una isla azotada por las corrientes en el mismísimo ombligo del mar. Quiere hechizarlo para que se olvide de Ítaca, pero antes que eso él preferiría la muerte. Padre, ¿por qué le tienes tanto rencor?».

Entonces el padre Zeus, hijo de Cronos, le contestó:

«Hija mía, Atenea, ¡cómo podría irritarme con Odiseo! Es Poseidón el que no deja de odiarle por culpa de su hijo, el cíclope Polifemo. Odiseo lo dejó ciego de su único ojo, y por eso lo hace vagar perdido lejos de casa. Pensemos ahora la manera de que regrese y Poseidón tendrá que olvidar su cólera, pues no podrá oponerse a la voluntad de todos nosotros los inmortales».

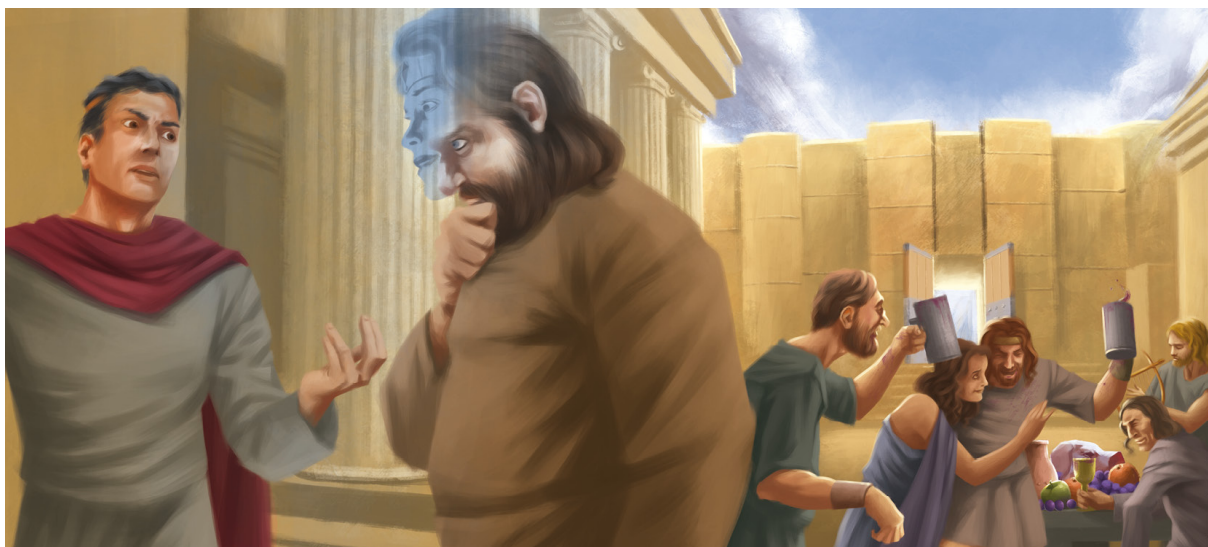
Eso dijo, y Atenea, la de ojos brillantes, le contestó:

«Padre, si por fin les agrada a los dioses que regrese a su casa el astuto Odiseo, enviemos a Hermes^[6] para que anuncie enseguida a la ninfa Calipso nuestra decisión. Yo mientras iré a Ítaca para hacer que su hijo

Telémaco convoque la asamblea de los griegos y ponga así freno al abuso de los pretendientes que llevan ya mucho tiempo sacrificando a su costa hermosas ovejas y bueyes. Lo mandaré también a Esparta y a Pilos para que haga averiguaciones sobre su padre y vaya ganando fama de hombre valiente».

Diciendo esto, se calzó la inmortal Atenea sus doradas sandalias, cogió una lanza de bronce, grande y pesada, y descendiendo desde las cumbres del Olimpo llegó hasta el pueblo de Ítaca, a la casa de Odiseo, disfrazada de Mentos, un forastero. Allí encontró a los pretendientes comiendo y bebiendo vino, sentados en pieles de bueyes que ellos mismos habían sacrificado.

El primero en ver a Atenea fue Telémaco, que estaba sentado entre ellos, triste, pensando en su padre. «Bienvenido seas, forastero —le dijo— te daré de comer y beber, después me dirás en qué te puedo ayudar».



Una esclava le lavó las manos con agua de una jarra de oro. Otra preparó la mesa, le reservó los mejores trozos de carne y junto a ellos le sirvió vino en una copa de plata. Luego entraron con arrogancia los pretendientes. Les lavaron las manos, les acercaron canastas de pan y llenaron sus copas. Y una vez que hubieron comido y bebido, comenzó el canto y la danza. Femio el aedo cogió la lira y cantó, y entonces Telémaco habló a Atenea de esta manera:

«No te irrites, amigo, pero estos que ves aquí se están comiendo de balde la hacienda de un hombre cuyos huesos deben de estar bajo el mar o blanqueándose en alguna playa. Se ha cumplido su triste destino y ninguna

esperanza nos queda, por más que alguno asegure que volverá. Pero, vamos, dime, ¿de dónde vienes?, ¿quién eres?, ¿qué barco te ha traído hasta aquí? Porque no creo que hayas podido venir caminando».

Atenea, la de ojos brillantes, le contestó:

«Soy Mentos, rey de los tacios, amantes del remo, y acabo de llegar con mi nave de camino a otras tierras. Vamos hacia Temesa en busca de bronce, llevamos una carga de hierro. Debes saber que nos unen relaciones de amistad del tiempo de nuestros padres. Puedes preguntar a tu abuelo Laertes, aunque he oído que ya no baja a la ciudad, sino que está retirado en el campo. Vine porque oí que estaba tu padre en el pueblo, pero parece que los dioses no le han dejado regresar todavía. Ten por seguro que no está muerto, y escucha ahora porque te voy a decir una profecía que me han inspirado los dioses. Tu padre ya no estará mucho tiempo ausente, aunque le pongan cadenas, que ya sabrá él arreglárselas con su ingenio. Pero dime, ¿quién eres? ¿Realmente eres tú el hijo de Odiseo?».

Y Telémaco entonces se lamentó:

«¡Ojalá pudiera yo ver a mi padre envejecer en su propia casa!».

Al preguntar Atenea qué clase de banquete era el que celebraban con arrogancia aquellos desvergonzados, Telémaco le contó la ausencia de su padre desde que marchó para Troya, y cómo todos los poderosos de Ítaca y de las islas vecinas, pretendían a su madre Penélope, que ni era capaz de pararles los pies, ni tampoco casarse con ninguno de ellos, en tanto que arruinaban su hacienda en banquetes y lo amenazaban a él.

«Buena falta te hace ya aquí el divino Odiseo, replicó airada Atenea, porque si ahora estuviera de vuelta, a la puerta de su palacio, con su escudo y su par de lanzas como yo lo vi la primera vez, breve sería el destino de los pretendientes y amargo su casamiento. Pero en manos de los dioses está si podrá vengarse o no cuando vuelva. En cuanto a ti, piensa ahora cómo echarás del palacio a los pretendientes. Escucha. Convoca mañana la asamblea y que ahora estos se marchen a casa. A tu madre debes decirle que, si quiere casarse, le pida a su padre que arregle la boda. Tú prepara la mejor nave y vete a buscar noticias sobre Odiseo, escucha el rumor que sale de boca de Zeus. Dirígete a Pilos primero y pregunta al divino Néstor. De allí vete a Esparta, a casa del rubio Menelao, que ha sido el último de los héroes en regresar de Troya. Si oyes que tu padre está vivo, aguanta todavía otro año. Pero si no, levanta una tumba para él y celebra sus funerales. Dale un marido a tu madre y luego piensa cómo dar

muerte a los pretendientes. Recuerda que ya no eres un niño, no es tiempo de juegos. Sé valiente».

Así habló Atenea, la de ojos brillantes. Se elevó entonces como un pájaro sobre sus alas, e infundiendo audacia y valor a Telémaco, lo hizo marchar junto a los pretendientes.

Estaba allí Femio cantando el triste regreso de los griegos desde Troya, y al oírlo Penélope desde su cuarto, bajó la escalera en compañía de sus esclavas. Se detuvo llorando junto a una columna en la sala y dijo al aedo:

«Femio, sabes muchos cantares. Deja este ya, que me está partiendo el corazón. ¿No ves que no puedo dejar de pensar en el divino Odiseo?».

Pero Telémaco le replicó:

«La culpa, madre, no es del aedo, sino de Zeus, que reparte la suerte a su gusto. Deja que cante. Vete a tu habitación y ocúpate de lo tuyo, el telar y la rueca. La palabra es cosa de hombres, y sobre todo de mí, que debo mandar en palacio».

Penélope, sorprendida de oír las palabras de su hijo, subió de nuevo a su habitación y lloró allí a solas con sus esclavas hasta que el sueño de Atenea venció sus párpados.

Los pretendientes, mientras tanto, siguieron su fiesta alborotando el palacio con su vocerío, pero entonces Telémaco los hizo callar y les dijo:

«Al amanecer saldremos afuera y nos reuniremos en asamblea, y allí, delante de todos, os diré que os marchéis a casa a convidaros a vuestra costa. Pues si queréis quedaros aquí a comeros la hacienda de un solo hombre, entonces clamaré yo a Zeus que me conceda vuestra muerte aquí mismo dentro del palacio».

Así habló Telémaco, y a sus palabras todos tuvieron que morderse la lengua. Todos menos Antínoo, que dijo:

«Deben de ser los dioses los que te enseñan semejante arrogancia. Que no permita Zeus que llegues a rey de esta isla, aunque seas hijo del propio Odiseo».

Y Telémaco le contestó:

«No te enojas, Antínoo, por lo que voy a decir, pero eso es realmente lo que yo quisiera de Zeus. Hay muchos hombres dispuestos para reinar a la muerte del divino Odiseo, pero yo me conformo con llegar a señor de mi casa».

Y entonces Eurímaco, dijo:

«Telémaco, en verdad está en manos de los dioses decidir quién va a reinar en Ítaca. Pero tú deberías, al menos, cuidarte de tu hacienda, porque puede que venga alguien que quiera dejarte sin ella. Dime, ¿quién es este forastero? ¿De dónde viene? No parece un hombre cualquiera».

Y Telémaco le contestó:

«No quiero oír hablar más del regreso de mi padre. No voy a hacer caso ya de rumores ni profecías. Este huésped^[8] lo era ya de mi padre. Se llama Mentos y es rey de los tafios, amantes del remo». Eso dijo, aunque había reconocido a la diosa.

Después volvieron al canto y la danza hasta el atardecer, y luego cada uno se marchó a su casa. Telémaco se retiró a su dormitorio acompañado de su sirvienta^[9], la fiel Euriclea, que llevaba una antorcha. La había comprado su abuelo por veinte bueyes y era la que más lo quería, pues lo había criado desde pequeño. El muchacho pasó la noche dando vueltas en la cabeza al viaje que Atenea le había dispuesto.

Canto II

Al asomar la Aurora de dedos de rosa, el hijo de Odiseo se levantó de su lecho, se vistió y calzó sus hermosas sandalias, y con la espada colgada en su hombro, salió de la habitación que parecía un dios.

Llamó a los mensajeros de voz potente y les hizo convocar la asamblea. Enseguida se reunieron los griegos de largos cabellos, y en medio de ellos apareció Telémaco con dos perros de patas veloces, tocado de la gracia divina que Atenea había derramado sobre él. Los hombres del pueblo se admiraron al verlo llegar y ocupar el lugar de su padre.

Egiptio, un hombre sabio, achacoso por los muchos años, fue el primero en hablar. Su hijo, el lancero Antifo, había estado en Troya también, pero había muerto en el viaje de vuelta, devorado por el cíclope Polifemo en su cueva. Así dijo:

«Escuchadme, hombres de Ítaca, no hemos celebrado asamblea desde que Odiseo se fue. ¿Quién es el que hoy nos convoca? ¿Es que ha llegado alguna noticia sobre el regreso? ¿Hay algo de interés para el pueblo que debamos saber, o es un asunto privado el que nos ha reunido? Me parece un muchacho noble, que Zeus le sea favorable».

Alegre por aquellas palabras, Telémaco se levantó en medio de la asamblea. El mensajero Pisenor, su buen consejero, le puso el cetro en la mano, y así tomó la palabra diciendo:

«Soy yo el que ha convocado al pueblo porque mi dolor es grande. No hay nada nuevo sobre el regreso de nuestros hombres. No es un asunto del pueblo el que nos trae aquí, sino solo mío. Algo que ha caído sobre mi casa como una plaga, y que son dos a la vez. De un lado la pérdida de mi padre que gobernaba como un rey bueno sobre todos vosotros, pero también ahora otro mal que es mucho mayor y que pronto destruirá mi casa y me arruinará por completo. Los pretendientes, hijos ellos de los hombres más nobles de la isla, acosan a mi madre pidiéndole matrimonio, pero no van a su padre Icaro a reclamarle la dote, y que la conceda a quien sea de su gusto. En lugar de eso pasan el día sacrificando bueyes,

ovejas y cabras, alborotando y bebiendo vino, y ya han acabado con la mayor parte de nuestra hacienda. Todo porque no hay un hombre como Odiseo que aleje la ruina de nuestra casa, pues yo soy débil aún y no entiendo de cosas de guerra. Avergonzaos vosotros y de vuestros vecinos, y temed la cólera de los dioses».

Así dijo indignado Telémaco y rompiendo a llorar tiró el cetro al suelo. Todos guardaron silencio hasta que Antínoo se atrevió a hablar:

«Telémaco, fanfarrón, ¿qué has querido decir? La culpa no es de los pretendientes, sino de tu madre que es muy astuta. Pues va para el cuarto año que no hace sino enredar mandando recados a unos y a otros, mientras ella maquina sus artimañas. Levantó un telar en palacio diciendo que tendríamos que esperar a que acabara el sudario que estaba tejiendo para Laertes, para el día de su muerte, no fuera que se le perdieran los hilos. Eso dijo, y nosotros la creímos. Pero lo que tejía de día, lo destejía por la noche a la luz de una antorcha. Tres años duró el engaño, pero al cuarto la descubrimos, y no tuvo más remedio que terminar. Anda, envía ahora a por ella y dale orden de que se case con quien prefiera, o quien su padre aconseje, que mientras no sea así, seguiremos aquí comiendo en tu casa para tu ruina».

Fueron duras las palabras de Antínoo, pero Telémaco respondió con sabiduría diciendo:

«No puedo echar de mi casa a la que me ha dado la vida. Recibiría el castigo de mi padre si regresara, y mi madre conjuraría a las diosas Erinias^[10] contra mí. Conque si no os gusta esto marchaos a comer a otro sitio, que yo pediré a los dioses y al padre Zeus, que me concedan vuestra muerte dentro de este mismo palacio».

Así habló Telémaco, y Zeus, que todo lo ve, echó a volar dos águilas desde la montaña que llegaron batiendo sus alas hasta la plaza donde estaban reunidos. Pudieron verlas de cerca dando vueltas sobre sus cabezas con un destello de muerte en los ojos presagiando lo que habría de suceder. Los hombres de Ítaca se quedaron masticando su miedo, viendo cómo las aves se alejaban entre las casas de la ciudad. Y entonces un anciano que entendía de pájaros y de presagios, dijo:

«Escuchadme todos. Una enorme desgracia se viene sobre nosotros. Odiseo ya no está lejos y llegará sembrando la muerte. Busquemos la forma de alejar el destino y evitar que se cumpla, porque a él, cuando marchó para Troya, le anuncié que sufriría un sinfín de desgracias, que

perdería hasta el último de sus hombres, y que volvería a los veinte años irreconocible, y ya todo se está cumpliendo».



Y Eurímaco contestó:

«Viejo, vete a tu casa a adivinarle a tus hijos, que de esto entiendo yo más que tú. El cielo está lleno de pájaros, pero no todos traen profecía. Odiseo está muerto y tú deberías haber muerto con él. Y lo que te voy a decir, sí que se cumplirá. Como te empeñes en soliviantar al muchacho, te vas a arrepentir, porque te haremos pagar una multa que te va a doler de verdad. En cuanto a Telémaco, yo mismo le daré un buen consejo, que ordene a su madre que prepare la boda, porque no creo que ninguno de nosotros vaya a desistir de sus pretensiones, que no tenemos miedo de nadie, y de Telémaco menos que de ninguno».

Entonces Telémaco le replicó:

«Eurímaco, no tengo más que decir sobre esto, ya lo saben los dioses y todos los griegos. Ahora dadme veinte hombres y una nave ligera para embarcar. Iré a Esparta y a la arenosa Pilos para saber de mi padre. Si oigo que vive y está de regreso, esperaré un año más. Pero si oigo que ha muerto, volveré de inmediato, levantaré su tumba y celebraré un funeral para él, y luego entregaré a mi madre en matrimonio».

La asamblea se disolvió. Cada uno marchó a su casa y los pretendientes regresaron hacia el palacio. Telémaco, en cambio, se alejó en dirección a la playa, y después de lavarse las manos en el agua salada, hizo una súplica a Atenea. La diosa se apareció esta vez con la voz y la apariencia de Méntor, y con aladas palabras, le contestó:

«Telémaco, no seas cobarde ni estúpido, que tu viaje no será en vano. Pocos son los hijos que pueden igualar a sus padres, la mayoría son peores y solo unos pocos mejores. Pero si realmente eres de la sangre de Penélope y de Odiseo, y tienes su animoso corazón, no te preocupes por los pretendientes. No saben que la negra muerte anda rondando para llevárselos a todos. Marcha ahora con ellos y prepara las provisiones, que yo voy a reunir voluntarios. Buscaremos la mejor nave y la echaremos al mar».

Así habló Atenea, hija de Zeus, y Telémaco no se hizo esperar. Puso camino a su casa con el corazón afligido y allí encontró a los pretendientes degollando cabras y asando cerdos en el patio. Antínoo se fue derecho hacia él riendo, le cogió la mano y le dijo:

«Telémaco, fanfarrón, deja de pensar mal y ven a beber conmigo. Los hombres te prepararán una nave para que vayas a Pilos a buscar noticias sobre tu padre».

Pero Telémaco le contestó:

«No puedo comer en paz con vosotros ni festejar tranquilamente vuestra arrogancia. ¿O es que no es suficiente que hayáis arruinado mi hacienda desde que era un niño? Ahora ya soy mayor, y escuchando a otros he ganado en conocimiento, y mi corazón se ha hecho fuerte, e intentaré que se cumpla vuestro negro destino».

Así dijo y retiró su mano de la mano de Antínoo, mientras dentro seguía el banquete y los pretendientes se burlaban de él.

Telémaco bajó a la enorme cámara del palacio. Allí había oro y bronce y arcas llenas de vestiduras y aceite de esencias, y también cántaros de vino puro y añejo que reservaban por si algún día regresaba Odiseo. Las puertas tenían sólida cerradura y eran guardadas día y noche por Euriclea, la hija de Ope, que era el ama de llaves. «Vamos, ama, tráeme unas ánforas del vino que guardas para mi padre, prepara doce y veinte medidas de harina. Tenlo todo dispuesto, que volveré a recogerlo cuando mi madre se haya subido a acostar. Me voy a Esparta y a Pilos, pero estate tranquila, que es voluntad de los dioses. Júrame que no dirás nada a ella hasta que

pasen once o doce días, o hasta que me eche de menos. No quiero que llore por mí».

La anciana prestó juramento y se hizo cargo de todo. Y mientras tanto Atenea tomó la apariencia de Telémaco y recorrió la ciudad hablando a los hombres para que se reunieran junto a la nave al anochecer. Se puso el sol y al llenarse los caminos de sombras, se juntaron muchos y buenos hombres, y Atenea dio ánimo a cada uno de ellos.

Después volvió con los pretendientes, los hechizó para que durmieran e hizo caer las copas de sus manos mientras bebían. Todos se apresuraron por la ciudad para retirarse, pues no se sostenían sus párpados. Entonces Atenea, de ojos brillantes, dijo a Telémaco:

«Telémaco, tus compañeros te esperan listos para remar. Vamos, no demoremos el viaje».

Echó a andar presurosa y Telémaco la siguió. Subieron al barco y se sentaron en popa. Los hombres soltaron amarras y la diosa hizo soplar un viento favorable que silbó sobre el mar. Telémaco dio ánimo a sus compañeros, y después, levantando las copas, hicieron una ofrenda a los dioses inmortales, en especial a la hija de Zeus, la de ojos brillantes. Navegaron toda la noche.

Canto III

El sol se había levantado ya en el horizonte, cuando llegaron a Pilos.

El pueblo estaba en la playa sacrificando negros toros a Poseidón, el de melena azulada. Había nueve gradas y en cada una quinientos hombres y nueve toros para el sacrificio. La nave arribó. Desembarcaron Telémaco y Atenea, y ella trataba de infundir coraje al muchacho para presentarse en casa de Néstor. La diosa llevaba la apariencia de Méntor y Telémaco le preguntaba cómo podría él, tan joven y sin experiencia, hablar delante de aquel noble anciano. Así llegaron hasta la asamblea donde estaba Néstor en compañía de sus hijos y los demás. Cuando vieron a los forasteros, se adelantaron y les cogieron las manos en señal de saludo. Pisístrato, el hijo de Néstor, fue el primero. Se acercó y los hizo sentar en la arena sobre pieles de oveja. Les ofreció de comer y después de llenar de vino una copa de oro para Atenea, los invitó a participar del banquete.

Cuando se habían saciado de comer y beber, Néstor tomó la palabra y les preguntó:

«¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Qué asunto os trae hasta aquí?».

Entonces Telémaco se armó de valor y, con la audacia de Atenea en su pecho, le respondió:

«Néstor, honor de los griegos, vengo de Ítaca a buscar noticias sobre mi padre Odiseo, que dicen que luchó contigo en la guerra de Troya. Sabemos de la muerte de los que combatieron contra los troyanos, pero nada hay de mi padre. Por eso me vengo hoy a abrazar tus rodillas^[11] suplicante, para que me cuentes sin reservas la verdad de lo que sepas sobre él».

El caballero Néstor entonces le contestó:

«Mi amigo, me obligas a recordar las desgracias de los que fuimos a Troya. Allí murieron los mejores, Áyax, Aquiles, Patroclo, y mi propio hijo Antíloco, tan querido. Pero hubo además otros muchos males que padecimos el resto. ¿Quién podría contar todo aquello? En cuanto a tu padre, si es que realmente lo es, nunca nadie lo superó en inteligencia.

Aventajaba a cualquiera en toda clase de astucias, y en la asamblea siempre defendíamos juntos la mejor opinión. Sin embargo, después de la caída de la ciudad, Zeus nos preparó un funesto regreso. Se había convocado la asamblea a la caída del sol, cuando no era el momento oportuno, y los griegos se presentaron borrachos. Menelao dijo que debíamos marchar para casa, pero Agamenón quería que antes aplacáramos con sacrificios la cólera de Atenea. Necio, no sabía que no se mueve tan fácil la voluntad de los dioses. Así que los dos hermanos pelearon y el pueblo quedó dividido, y pasamos la noche conspirando unos contra otros. Con la Aurora, la mitad embarcamos nuestro botín y nos hicimos al mar. El resto quedó allí con Agamenón. Pero, cuando ya íbamos de camino, Odiseo, que siempre había sido fiel, decidió volver a tierra y algunos más lo siguieron. Yo, sin embargo, seguí adelante porque presentía la desgracia».

Néstor continuó su relato sobre el regreso de Agamenón, cómo Egisto había intentado seducir a su esposa, y cómo ella, Clitemnestra, al principio se había resistido, pero luego olvidó cualquier resistencia y marchó con él a su casa, y cuando Agamenón regresó, lo estaban esperando para darle muerte, y así Egisto pudo reinar siete años sobre Micenas, hasta el día en que Orestes volvió para cumplir la venganza sobre el asesino de su padre. También contó Néstor del regreso de Menelao, y sus viajes a Creta y Egipto, de donde volvió cargado de oro, y recomendó a Telémaco que fuera a verlo a su palacio de Esparta, porque habiendo estado tanto tiempo en tierras extrañas, puede que tuviera noticias sobre su padre. Luego, en señal de hospitalidad, le ofreció carro y caballos para el viaje y la compañía de sus hijos que le hicieran escolta durante el camino.

Se ponía ya el sol y se hizo la oscuridad. Atenea, la de ojos brillantes, los invitó a cumplir las ofrendas a Poseidón y al resto de los inmortales antes de retirarse. Hicieron las libaciones^[12] y bebieron el vino, y después Atenea y el divino Telémaco quisieron volver a la cóncava nave, pero Néstor se empeñó en que fueran a dormir al palacio. Atenea dejó que el muchacho marchara solo con él y entonces ella, tomando la forma de un buitre, echó a volar, y todos quedaron maravillados.

A la mañana siguiente, cuando apareció Aurora, la de dedos de rosa, Néstor convocó a sus hijos y les ordenó que prepararan la ofrenda de una novilla. Atenea asistió al sacrificio. Después celebraron el banquete y, una vez que hubieron saciado el deseo de comer y beber, Néstor hizo traer

carro y caballos, y provisiones dignas de un rey para que pudieran proseguir su viaje.



Canto IV

Marcharon Telémaco y Pisístrato, el hijo de Néstor, y viajaron a todo galope por la llanura hasta la puesta de sol. Hicieron noche en Feras, en el palacio de Diocles, y luego siguieron otra jornada, y cuando llegaron a Esparta amanecía de nuevo.

Salió un sirviente de palacio a la puerta y quiso negarles la hospitalidad, pero Menelao acudió a ver qué ocurría y dio orden de recibirlos. Los lavaron y vistieron de limpio, y luego de unguirlos con aceite, los sentaron junto a Menelao para que comieran. Ambos estaban maravillados de la riqueza que adornaba el palacio: bronce, oro, plata y blanco marfil. Menelao, que enseguida se percató, dijo que no creía que nadie lo superara en riqueza entre los mortales, pero que todo lo cambiaría por haber podido evitar tanta desgracia que vino de Troya. «Me duelo por la muerte de los que cayeron luchando —dijo—, y por mi hermano, que murió a traición a manos de Egisto. Pero ninguno debe de haber padecido como Odiseo. Hace tanto que vaga por ahí, que nadie sabe si seguirá vivo».

Al oírlo, Telémaco dejó caer una lágrima y se llevó el manto a los ojos, y en eso salió Helena de sus aposentos. Entró seguida de sus sirvientas, hermosa como una diosa y perfumada, y al ver a Telémaco, enseguida lo reconoció. «No sé si será cierto lo que voy decir, pero no me puedo callar —dijo—. Nunca vi parecido como el que este muchacho tiene con Odiseo». Con que ya todos reconocieron en él a su padre y Menelao rompió en lamentos sobre su triste destino, y lo que se habría alegrado de su amistad si hubiera podido tenerlo a su lado. Lloró Helena y también Telémaco, y lloraron Pisístrato, el hijo de Néstor, y Menelao. Pero volvieron por fin a la cena y Helena, que había aprendido en Egipto a usar toda clase de pócimas, les echó una en las copas para que olvidaran el llanto. Con eso quedaron calmados y pasaron un rato recordando las hazañas de Odiseo: cómo se disfrazó de mendigo para no ser reconocido por los troyanos cuando entró a espiar la ciudad; y cómo estaban los

griegos dentro del caballo escondidos, y entonces Helena, empujada por algún dios vengativo, los iba llamando con la voz de la esposa de cada uno, pero él les tapaba la boca para evitar que se delatasen.



Estaban cansados y Telémaco quería dormir, así que Helena ordenó a las esclavas tender las camas debajo del pórtico, y ella fue con su marido dentro y se acostó a su lado, divina entre las mujeres.

A la mañana siguiente, Menelao fue a buscar a Telémaco y hablaron, y así supo de los pretendientes. Luego empezó a contar lo que sabía de Odiseo:

«Por voluntad de algún dios estaba yo retenido en Egipto sin víveres ni viento para navegar, y entonces se apiadó de mí Idotea, la hija de Proteo,

el anciano dios de los mares, y me aconsejó que preguntara a su padre, que todo lo sabe de cuanto ocurre en sus aguas. Me dijo que si encontraba el modo de sujetarlo y mantenerlo quieto, él me diría la manera de regresar. Me explicó que a mediodía Proteo solía salir a la superficie y, oculto en las olas, buscaba para descansar la gruta donde las focas de fétido olor suelen dormir. Dijo que cuando llegara pasaría revista a las focas contándolas una por una y que luego se acostaría entre ellas, como un pastor en medio de su rebaño.

»Escogí tres compañeros de los mejores, e Idotea nos llevó hasta el lugar. Nos hizo acostar y nos tapó con pieles de foca. El olor era insoportable, pero ella nos puso ambrosía^[13] bajo la nariz. Esperamos toda la mañana, y cuando era ya mediodía, apareció el viejo Proteo para contar a las focas. Nos contó a nosotros también, pero no se percató del engaño. Cuando se acostó, nos echamos encima, y entonces él trató de zafarse convertido en león, en dragón, en pantera y en jabalí, y luego en agua y en árbol frondoso. Pero cuanto más lo intentaba más fuerte lo reteníamos. ¿Qué quieres de mí?, dijo por fin rendido. Y yo le contesté que estábamos en aquella isla sin poder escapar y queríamos saber por culpa de cuál de los dioses y de qué manera podíamos aplacarlo. Nos dijo que debíamos volver a Egipto y hacer sacrificios a Zeus, y entonces le pregunté por la suerte de los que dejamos en Troya, y nos advirtió que habríamos de llorar. Solo dos de los jefes, dijo, perecieron en el regreso, otro aún anda vivo. Contó la muerte de Áyax y la de Agamenón, mi hermano, degollado como un buey junto a su pesebre. Lloré y quise morir, pero el viejo me advirtió que el llanto no sirve de nada, así que le pregunté por la suerte del tercero, el que seguía con vida, y dijo que era Odiseo, que estaba en una isla en medio del mar retenido por la ninfa Calipso».

Apenas oyó aquellas palabras, Telémaco sintió el irremediable deseo de regresar a casa.

Mientras tanto, en Ítaca, los pretendientes se entretenían en lanzar el disco y la jabalina en el patio del palacio. Estaban Antínoo y Eurímaco juntos, y se acercó otro de sus compañeros a preguntar si sabían cuándo estaría Telémaco de regreso de Pilos. Pero Antínoo se sorprendió, porque creía que el muchacho estaba en el campo, y cuando supo cómo había organizado el viaje y los que fueron con él, propuso que prepararan un barco para tenderle una emboscada y así darle muerte. Todos estuvieron de acuerdo.

Penélope, sin embargo, no tardó en enterarse por el mensajero de lo que tramaban. Supo que Telémaco había partido hacia Pilos, y entonces se echó a llorar y quedó muda por el dolor, y preguntó al heraldo:

«¿Por qué se ha marchado mi hijo? ¿Quiere acaso que no quede siquiera su nombre entre los mortales?».



No pudo seguir sentada. Se echó en el suelo, en el umbral de la puerta, y todas sus criadas lloraban a su alrededor, pero ella entre sollozos les increpaba por no haberla avisado de la marcha de su hijo. Por fin se calmó y dejó de llorar. Se lavó y cambió de vestido y subió a sus habitaciones en compañía de las criadas. Allí preparó una cesta con granos de cebada y elevó una súplica a Atenea por la salvación de Telémaco y la perdición de los pretendientes. Lanzó el grito ritual y ellos que estaban abajo dijeron:

«Está arreglando su boda y no sabe que planeamos la muerte de su hijo».

Antínoo los hizo callar para que no se descubriera su plan. Los mandó a preparar la nave y les ordenó que la tuvieran lista con armas y remos.

Mientras, Penélope se quedó dormida en el suelo, y entonces Atenea, la de ojos brillantes, tomó la apariencia de su hermana Iftima, y entrando por la cerradura, se puso sobre su cabeza y le dijo:

«Penélope, ¿duermes? No estés afligida, los dioses no te abandonan. Telémaco está ya de regreso».

«Hermana, ¿qué haces aquí? —dijo ella—. Vives lejos y no sueles venir a menudo». «No temas por tu hijo —le contestó—. Atenea lo acompaña y me ha enviado para que te avise».

Penélope entonces, reconociendo a la diosa, le preguntó por Odiseo, pero ella salió como viento por la cerradura y la dejó sin respuesta.

Con la noche los pretendientes embarcaron. Navegaron hasta un islote frente a la costa y allí se emboscaron para esperar a Telémaco.

Canto V

Cuando la Aurora se levantó de su lecho para dar luz a los mortales y a los inmortales, estaban estos reunidos en asamblea presididos por Zeus. Atenea recordaba los muchos padecimientos de Odiseo y se lamentaba de que los dioses se hubieran olvidado de él, allá en el palacio de la ninfa Calipso sin nave ni compañeros para hacerse a la mar, ahora precisamente que en su tierra se planeaba la muerte de su propio hijo.

Zeus, que amontona las nubes, tomó la palabra diciendo:

«¿No fuiste tú misma la que planeó que Odiseo se vengara a su vuelta? Ocúpate de Telémaco, que nada le ocurra, y que regresen los pretendientes también».

Entonces dio orden a Hermes, el dios mensajero, de que anunciara a la ninfa Calipso su decisión: Odiseo debía viajar solo, y a los veinte días llegaría a tierra de los feacios, que lo honrarían como a un dios y le darían una nave con que cumplir su destino.

Hermes se calzó sus sandalias de oro, cogió la varita con la que hechiza los ojos de los hombres, y con ella en las manos voló como una gaviota mojando sus alas sobre las olas. Cuando alcanzó la isla lejana, dejó el mar color de violeta y marchó tierra adentro hasta dar con la cueva de la ninfa, que estaba rodeada por un bosque maravilloso lleno de pájaros de todas clases. Olía a cedro y a incienso. Allí estaba Calipso cantando mientras tejía en su telar. Había una viña cuajada de uvas y cuatro fuentes que regaban un dulce prado, pero Odiseo no estaba allí.

Calipso reconoció a Hermes al verlo y le preguntó a qué había venido, pues sabía que tendría que obedecer. Le preparó una mesa con ambrosía y rojo néctar^[14] en muestra de hospitalidad y el dios, cuando terminó de comer, le dijo así:

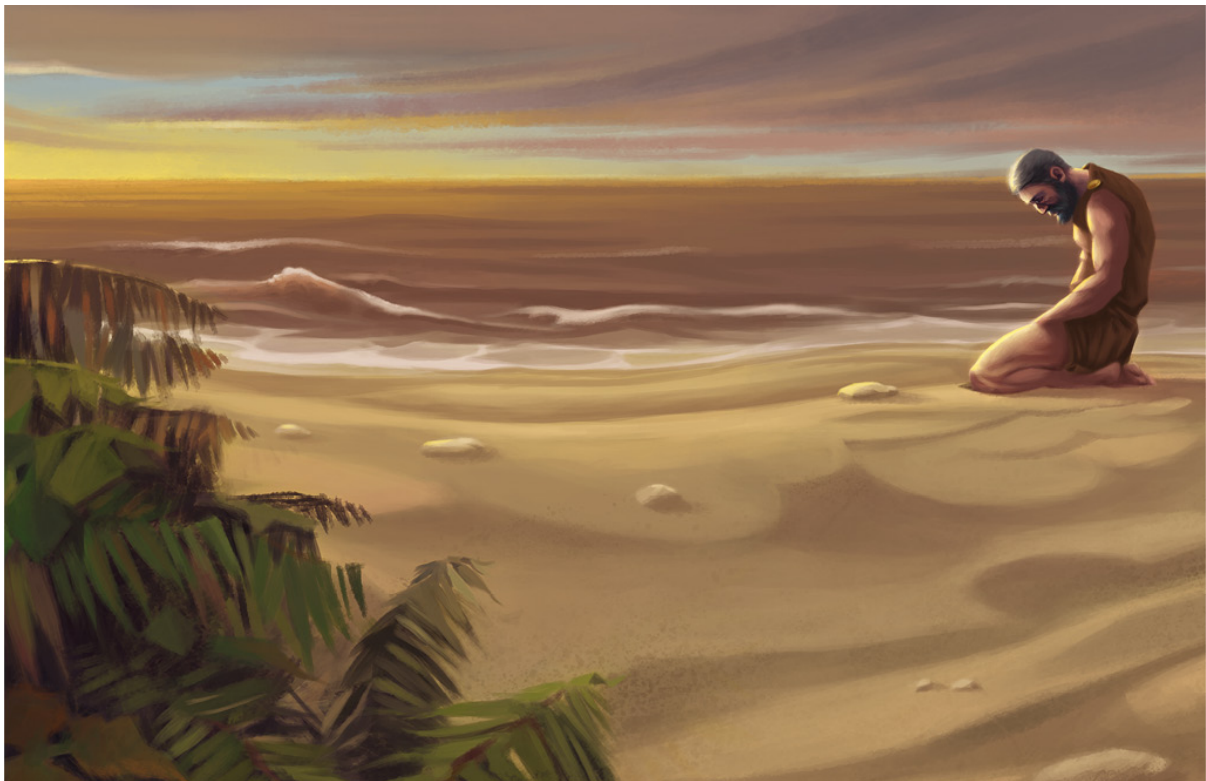
«Dicen que se encuentra contigo un hombre, el más desgraciado de los que fueron a Troya. El viento y las olas lo trajeron aquí, pero es voluntad de Zeus que lo dejes marchar para que pueda cumplir su destino y volver con los suyos».

Así habló, y Calipso se estremeció y le contestó con estas palabras:

«Los dioses sois crueles y estáis llenos de envidia. Os irritáis porque una diosa como yo tenga a un hombre por amante. Fue Zeus quien lo hizo naufragar con su rayo y quien llevó a la muerte a todos sus compañeros. A él las olas y el viento lo trajeron aquí y yo lo amé y cuidé de él y le prometí hacerlo inmortal. No puedo desoír la voluntad de Zeus, así que lo dejaré marchar. No tiene barco ni hombres para remar. Irá como pueda, pero yo le daré consejo para que llegue a salvo».

Estaba Odiseo en la playa llorando, consumido por el anhelo de regresar. Ya no deseaba a Calipso, aunque seguía pasando las noches con ella en su cueva. Durante el día estaba en la orilla, sentado en las piedras mirando el mar entre lágrimas y suspiros. Entonces la ninfa se le acercó y le dijo:

«No llores más, desdichado. Vamos, corta maderos y construye una balsa, que yo te daré agua, vino y comida. Te daré ropa también y viento que te lleve a tu patria, así lo quieren los dioses».



Pero el muy sufridor Odiseo desconfió, y dijo que no subiría a una balsa si no le juraba con gran juramento que no maquinaba nada contra él. Calipso entonces se sonrió, le acarició la mano y llamándolo por su nombre le habló así:

«Malvado eres, Odiseo, aunque astuto y osado. Te juro por la tierra y el cielo y las aguas que rodean el infierno, que es el juramento mayor y más terrible para los dioses, que no maquinareé ningún otro mal contra ti».

Volvieron los dos a la cueva y Odiseo se sentó en el sillón que Hermes había ocupado. Comió y bebió hasta saciarse del alimento de los mortales, y ella, ambrosía y néctar de los que suelen tomar los dioses. Luego lo invitó a marchar. «Vete —le dijo—, pero si supieras lo que te queda por padecer, te quedarías aquí conmigo en lugar de marcharte a buscar a tu esposa. No soy menos que ella, y no conviene a los hombres competir con los dioses».

Odiseo, sin embargo, le contestó:

«No te enfades conmigo. Sé muy bien lo hermosa que eres, y cuánto más que la discreta Penélope, pero aun así no pienso más que en volver y soportaré lo que tenga que ser por voluntad de los dioses».

Se puso el sol y llegó la noche, y con ella se fueron los dos a acostar amistosamente a la cueva. Y cuando llegó la Aurora de dedos de rosa, Calipso, vestida ya con túnica blanca y cinturón de oro, le entregó a Odiseo un hacha de bronce de doble filo y una azuela bien trabajada, y lo llevó a un extremo de la isla donde había muchos árboles secos. Allí lo dejó mientras traía un berbiquí para taladrar los maderos y Odiseo se puso al trabajo. Veinte árboles derribó y con ellos fabricó su balsa como lo haría el mejor artesano. Le hizo su mástil y su timón, y le puso cañizos de mimbre contra las olas. Al cuarto día estaba todo dispuesto, la ninfa trajo la lona para las velas. Al quinto, Odiseo, después de dejarse lavar y vestir por ella, y cargar la comida y el vino que le había preparado, se hizo a la mar. Navegó diecisiete días, y al que hacía decimoctavo atisbó la tierra de los feacios, pero Poseidón, el que sacude la tierra, lo descubrió.

No le pareció suficiente el castigo que había recibido, así que antes de que pudiera alcanzar tierra, amontonó nubes con su tridente, y movió tal tempestad que ocultó en un instante la tierra y el mar y cayó la noche del cielo. Los vientos levantaron las olas, y el corazón de Odiseo desfalleció.

«Desgraciado de mí —dijo—. Mejor hubiera hecho caso a la ninfa. ¿Qué vendrá ahora? Ojalá hubiera muerto como tantos que cayeron en Troya. Al menos así habría alcanzado la gloria».

Hablaba de esta manera, cuando una ola se precipitó contra la balsa y la deshizo en pedazos. Partió el mástil por la mitad, dispersó en trozos el resto y a él lo sepultó bajo el agua. Sin embargo, pudo salir a la superficie

y consiguió agarrarse a unos maderos. Quedó a merced de la corriente, zarandeado de un lado a otro al capricho del viento. Fue entonces cuando lo vio Ino^[15], la de hermosos tobillos, que vive en el fondo del mar, y se compadeció.

«¿Qué hiciste para mover la cólera de Poseidón de esta manera? —le preguntó—. Quítate la ropa, deja la balsa y trata de llegar nadando hasta tierra. Ponte este velo inmortal debajo del pecho y no temas, pero cuando llegues a tierra, quítatelo enseguida y tíralo al mar».

De nuevo Odiseo temió una trampa y prefirió seguir agarrado al madero, pero entonces Poseidón levantó otra ola terrible y se lo llevó. Solo entonces se quitó la ropa, se puso el velo inmortal que la diosa Ino le había entregado y se echó a nadar. Aún lo siguió Poseidón dispuesto a hostigarlo, pero Atenea ordenó a los vientos que se calmaran. Dos días y sus noches pasó a la deriva, a menudo con la muerte cercana, pero al tercero divisó la tierra por fin.

Estaba a distancia de un grito tan solo. Nadaba con prisa por pisar tierra firme. Podía ver el bosque, pero de nuevo sintió el rugido del mar, y al verse rodeado de afiladas rocas y acantilados que cerraban el paso a la orilla, las fuerzas le abandonaron. «Ay de mí —se dijo—, ahora que Zeus me ha concedido ver tierra, no encuentro cómo salir de la mar. Las rocas son como cuchillos y, si intento salir por aquí, el oleaje me arrastrará contra ellas».

Buscaba una salida, cuando una ola se lo llevó contra las peñas, y se habría roto los huesos si Atenea no hubiese estado a su lado. Logró aferrarse a una roca y se mantuvo en ella hasta que la ola pasó. Sin embargo, al instante de nuevo la ola volvió, lo arrastró y lo sepultó bajo el agua. Allí habría muerto, si Atenea no lo hubiese empujado a pelear una vez más por salir a la superficie y nadar en busca de salvación. De esta manera alcanzó la boca de un río sin arrecifes y pudo por fin descansar. Salió a tierra temblando e hincó las rodillas exhausto. Tenía el cuerpo hinchado y echaba agua de mar de la boca y de la nariz. Una vez que se hubo recuperado, se desató el velo que la diosa le dio, y lo echó corriente abajo en el río para que llegara hasta el mar. Se encontraba muy débil, pero necesitaba un refugio, así que caminó en dirección al bosque. Vio un lugar al abrigo del viento bajo unos arbustos y allí mismo se preparó una cama con hojarasca. Se acostó y Atenea puso por fin el sueño en sus ojos para que durmiera.

Canto VI

Mientras así dormía el sufridor Odiseo, Atenea marchó a la ciudad de los feacios, gobernada entonces por el rey Alcínoo, muy querido de los dioses. A su palacio se encaminó la de ojos brillantes, en busca de la princesa Nausícaa, que dormía en su habitación. Llegó como un soplo de viento, se puso a su cabecera con la apariencia de una de sus amigas y le dijo:

«Nausícaa, no te ocupas de tus vestidos y la boda está cerca. Los hombres se fijan en esas cosas. ¿Por qué no vamos a lavarlos al río? Yo iré contigo. Pide a tu padre el carro y las mulas para ir a los lavaderos».

Así habló la diosa, y al llegar la Aurora de hermoso trono, Nausícaa, sorprendida de lo que había soñado, corrió a sus padres para contárselo. Mientras los criados preparaban el carro, ella sacó sus vestidos y su madre trajo un cesto de rica comida, un odre de vino y también aceite de ungir. Cogió entonces el látigo y tomaron el camino del río hasta un lugar de hermosa corriente donde estaban los lavaderos. Las criadas echaron los vestidos al agua, y luego de pisarlos a conciencia hasta que estuvieron bien limpios, los tendieron en la playa sobre las piedras para que secaran.



Se bañaron todas y después de almorzar, danzaron, y entre todas, ya sin velo y con los brazos desnudos, Nausícaa era con mucho la más hermosa. Pero cuando se disponían a regresar a palacio, Atenea ideó que Odiseo despertara y viera a la joven.

Despertó confuso, preguntándose dónde podría haber ido a parar, y entonces oyó las voces. Estaba desnudo entre los arbustos, así que cortó una rama para taparse y salió. Lo empujaba la necesidad, a pesar de la desnudez y de la porquería que llevaba encima del agua del mar. Las doncellas echaron a correr al verlo, solo Nausícaa permaneció, y Odiseo no supo si arrojarle a sus rodillas o hablarle de lejos, pero con astutas palabras le dijo:

«No sé si eres divina o mortal, pero si eres humana, dichosos mil veces tu padre y tu madre, y dichoso el hombre que pueda llevarte a su casa. Te admiro y, sin embargo, temo también abrazar tus rodillas para suplicarte. Ayer escapé del mar después de veinte jornadas de tempestades, y ahora alguna divinidad me ha puesto aquí para que siga sufriendo desgracias. No espero otra cosa, pero ten compasión de mí. Eres la primera persona que encuentro después de tantas calamidades y no conozco a las gentes de este país. Llévame a la ciudad, dame un trapo con que taparme, y que los dioses te recompensen con una buena casa y un buen marido».

Nausícaa, la de brazos de nieve, le respondió:

«No pareces tonto, ni tampoco malo, extranjero, pero deberás sufrir el destino que Zeus haya querido darte. No te preocupes, no te faltará vestido. Te llevaré a la ciudad y a casa del rey Alcínoo, que es mi padre».

Así habló, y llamó a las criadas para que volvieran diciéndoles que no tenían de qué temer. Les ordenó que cuidaran del vagabundo, que le dieran de comer y beber y lo lavaran en el río en algún lugar a resguardo del viento.

Las criadas se aprestaron a llevarlo al agua con un manto y el aceite de ungir, pero Odiseo se resistió. No quería que lo vieran desnudo, así que se fue solo al río y se puso a lavarse el salitre de la cabeza y de todo su cuerpo. Una vez limpio, se vistió con el manto y se ungió con el aceite que le habían dado, y entonces quiso Atenea que apareciera más alto y robusto y que de su cabeza cayera el pelo como flor de jacinto. Así se sentó en un lugar apartado en la orilla.

Nausícaa quedó cautivada, y deseó vivamente que no se marchara y que fuera su esposo. Ordenó a las criadas que le dieran de comer y beber, y en verdad que daba gusto ver las ganas con que lo hacía. Sin embargo, ella, de pronto, recogió los vestidos, los puso en el carro y se dispuso a marchar. Dijo a Odiseo que la siguiera y le enseñó la manera en que tenía que hacerlo. No quería dar pie a murmuraciones, ni que la gente pensara que andaba detrás de un forastero. Tampoco le pareció bien presentarse en su casa en compañía de un hombre desconocido, así que le dijo que de camino fuera con las criadas detrás de las mulas, pero cuando llegaran a la ciudad y vieran ya la muralla, la plaza tan bien construida y el puerto y los barcos aparejados, entonces debía apartarse a un bosque consagrado a Atenea que había junto al camino donde su padre tenía un cercado. «Tienes que dar tiempo —le dijo— a que nosotras lleguemos a casa y luego debes dirigirte al palacio. No hay edificio que se le parezca, hasta un niño podría llevarte. Una vez allí entra, cruza el patio y busca a mi madre que estará sentada junto al fuego hilando en compañía de sus criadas. También allí está el trono de mi padre, pero pasa de largo y abraza suplicante las rodillas de mi madre, porque si ella te es favorable, podrás albergar esperanza de regresar a tu tierra».

Diciendo así, Nausícaa cogió las riendas, arreó las mulas, y con paso que pudieran seguirle a pie las criadas, llevó el carro hasta el bosque. Allí

se quedó Odiseo, rogando a Atenea que los feacios le fueran favorables, y Atenea escuchó su plegaria.

Canto VII

Cuando ya Nausícaa había llegado a casa de su padre, Odiseo se puso en marcha por fin. Atenea lo envolvió en una niebla para ocultarlo a la vista de los feacios. Le salió al encuentro con apariencia de niña y se le ofreció a enseñarle el camino hasta la casa de Alcínoo. Él la siguió contemplando maravillado los puertos, los barcos, las murallas y las plazas de la ciudad.

Cuando ya iban llegando, Atenea, la de hermosas trenzas, la diosa terrible, le dijo:

«Aquí está el palacio, entra y no tengas miedo. Allí encontrarás primero a la reina Arete, quien como Alcínoo desciende del linaje de Poseidón. Su pueblo la honra como si fuera divina, así que, si ella te trata como a un amigo, puedes tener la esperanza de regresar con los tuyos».

Odiseo iba dando vueltas en su cabeza a lo que tendría que hacer, cuando un resplandor como de sol o de luna desde el palacio lo hizo detenerse. Eran los muros de bronce y su cornisa de lapislázuli, el oro y la plata de las puertas y de los dos perros esculpidos que las guardaban, obra del mismísimo Hefesto^[16], el más hábil de los inmortales. En la estancia, a lo largo de la pared, desde el umbral hasta el fondo, había sillones cubiertos con tapices magníficamente bordados, y jóvenes fundidos en oro sobre pedestales con antorchas para alumbrar los banquetes. Detrás del patio se extendía un huerto regado por dos fuentes con frutales de todas las clases. Había granados, perales, manzanos, higueras y verdes olivos, en los que no faltaba la fruta en ninguna época del año, porque la pera maduraba sobre la pera marchita, la breva sobre la breva y la manzana sobre la manzana.

Odiseo cruzó la entrada todavía envuelto en la niebla divina y llegó a la estancia donde estaba Arete, la reina, en compañía de Alcínoo y sus invitados. Se echó al suelo ante ella y se abrazó a sus rodillas, y entonces la niebla se disipó y todos se sorprendieron de verlo.

«Arete divina —dijo él—, he venido ante ti y ante tu marido después de mucho padecer. Ojalá los dioses os den larga vida, y a mí me concedan

volver a mi casa y que me prestéis la ayuda que necesito».

Así habló y se sentó junto al fuego, y todos guardaron silencio hasta que Alcínoo por fin lo cogió de la mano y lo hizo sentar en el trono en que estaba el valeroso Laodamante, el más querido de sus hijos. Mandó a una sirvienta que trajera agua para lavarle las manos, y mientras comía y bebía Odiseo, prepararon para Zeus una ofrenda. Luego el rey ordenó a todos que se marcharan y que a la mañana siguiente se reunieran en asamblea para hablar de la escolta que como huésped debían dar al forastero.

Después de comer y de hacer las ofrendas, todos se marcharon a casa. Las criadas recogieron las mesas y quedó, solo en el palacio, Odiseo en compañía de Arete y Alcínoo. Ella, que había reconocido el manto y la túnica de su hija Nausícaa, fue la primera en hablar, y le preguntó quién era, de dónde venía y cómo había conseguido aquellos vestidos.

Y Odiseo le respondió:

«Me pides, reina, que vuelva ahora sobre cada una de las desgracias que los dioses me han reservado. Y aunque sean muchas y largas de contar, te diré que estaba en la lejana isla de Ogigia, en manos de la ninfa Calipso, la tan terrible que ninguno de los inmortales tiene trato con ella. Había naufragado y perdido a todos mis compañeros, y agarrado a la quilla del barco había llegado hasta allí. Pasaron siete años sin que ella me dejara marchar, pero al octavo, bien sea por voluntad de Zeus, o porque ella cambió de opinión, quiso ayudarme a construir una balsa para salir de allí. Diecisiete días navegué, y al siguiente divisé por fin las cumbres de vuestra isla, pero entonces Poseidón, el que sacude la tierra, volvió a levantar los vientos contra mí, deshizo mi balsa y me hizo caer al mar. A nado tuve que hacer frente a la tempestad intentando alcanzar vuestra orilla, y a punto estuve de perecer contra las rocas en el intento. Finalmente llegué hasta la desembocadura del río, y de allí salí a tierra y busqué refugio bajo unos arbustos. Pude dormir toda la noche hasta el día siguiente, y cuando desperté, vi a tu hija que jugaba con sus esclavas. Estaba hermosa como una diosa. Le supliqué y en verdad que no fue insensata, como ocurre con los jóvenes a menudo. Fue ella quien me dio de comer, quien mandó que me lavaran y luego me proporcionó estos vestidos. No le riñas por eso. Y aunque me dijo que la siguiera, no quise yo, porque los hombres que habitan la tierra suelen ser malpensados».

Así habló Odiseo y Alcínoo le contestó de esta manera:

«Por Zeus padre, y sus hijos, Atenea y Apolo, querido huésped, que ojalá que siendo como eres sensato y de buen juicio, te quedaras aquí, tomaras a mi hija por esposa y pudiera llamarte mi yerno. Pero si es voluntad de los dioses, nadie te retendrá, y prepararemos tu viaje para mañana, pues no hay nadie como los feacios en el uso del remo para hacerse a la mar».

Se alegró el divino, el sufridor Odiseo de oír aquellas palabras, y suplicante habló así:

«Por Zeus, que cumpla Alcínoo cuanto ha prometido, y que su fama sobre la tierra que da de comer a los hombres dure por siempre».

Y mientras decían estas cosas, Arete llamó a las criadas y les ordenó que tendieran un lecho debajo del pórtico para el forastero con ropa de lana y mantas de púrpura. Ellas lo prepararon y luego llamaron a Odiseo para que se acostara. Entonces Alcínoo y Arete, su esposa, se retiraron también.

Canto VIII

Con la mañana se reunió la asamblea de los feacios junto a las naves. Y mientras tanto Atenea, con la apariencia de uno de los heraldos, iba al oído de cada hombre animándolo a acudir, y a Odiseo lo revistió de su gracia, para que apareciera esbelto y robusto y resultara más respetable y digno a los ojos de todos.

Alcínoo tomó la palabra y dijo:

«Oídmme, príncipes de los feacios. Este forastero ha venido a palacio y quiere que le ayudemos a volver a su casa. Hagamos como es costumbre y démosle escolta. Así que preparad una nave y elegid cincuenta y dos jóvenes, los mejores, que la tripulen. Luego disponed un banquete y venid a mi casa, y llamad a Demódoco el aedo para que cante».

Así habló y el heraldo convocó a los cincuenta y dos jóvenes, al aedo y al resto de los feacios, y todos llenaron el palacio y los pórticos, los patios y las estancias. Para ellos mandó sacrificar Alcínoo doce ovejas, ocho cerdos de blancos dientes y un par de bueyes. Y llegó el heraldo con el aedo Demódoco, a quien los dioses habían concedido lo bueno y lo malo, pues era ciego pero tenía el arte del canto. Se sentó en un sillón de clavos de plata en medio de todos, y cuando se hubieron saciado de comer y beber, cogió él su cítara y se puso a cantar.

Cantó un canto cuya fama alcanzaba hasta el cielo: la disputa que sembró la desgracia entre troyanos y griegos, la que Odiseo y Aquiles mantuvieron un día en presencia de Agamenón y los demás que fueron a Troya.

Odiseo, apenas oírlo, se echó las manos al manto y se tapó la cabeza para que no lo vieran llorar. Y cuando Demódoco interrumpía su canto, él se secaba las lágrimas y hacía súplicas a los dioses. Pero cuando empezaba otra vez, volvía a echarse el manto a la cara para llorar. Alcínoo fue el único en darse cuenta. Estaba sentado a su lado y pudo oír sus sollozos, así que dijo:

«Escuchadme, feacios. Hemos comido y disfrutado del cantar del aedo. Es hora de que salgamos afuera a celebrar alguna competición, así el forastero podrá contar lo buenos que somos en la lucha, en el salto o en la carrera».

Se pusieron en camino por cientos en dirección a la plaza, y allá iba lo mejor de la juventud de los feacios: Acroneo, Ocíalo, Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquíalo, Eretmeo, Ponteo, Proreo, Toón, Anabesineo, Anfíalo y el hijo de Polineo. E iba también Euríalo, robusto y hermoso, y los tres hijos de Alcínoo: Laodamante, Halio y el divino Clitoneo.

En la carrera venció Clitoneo y después probaron con la lucha, y venció Euríalo. Y en el salto, Anfíalo fue el mejor, y con los puños lo fue Laodamante. Y al terminar, dijo este:

«Preguntemos al forastero a ver si destaca en algo, pues parece bien fuerte».

Y entonces Euríalo lo animó a que lo desafiara, y a Alcínoo le pareció bien y quiso también que Odiseo participara en alguna competición para que así se olvidara de sus pesares. Pero dijo Odiseo:

«No os burléis de mí. No tengo la cabeza en competiciones, sino en todo lo que he sufrido y en el regreso que he venido a pedir».

Euríalo, sin embargo, insistió y le dijo que no parecía un atleta, sino más bien un hombre de los que suelen dedicarse al pillaje y la piratería. Y entonces Odiseo, mirándolo torvamente, le contestó:

«Malas palabras son esas. Los dioses no te han concedido por igual sus dones. Eres hermoso, pero no puede decirse lo mismo de tu inteligencia. Llevo mucho sufrido y no estoy para juegos, pero ya que te empeñas y me provocas, voy a probar».

Eso dijo, y cogió el disco más grande y pesado que había y lo lanzó tan lejos como ninguno de los feacios podría alcanzar, y entonces los retó a que cualquiera de ellos lo superara. Todos enmudecieron, y Alcínoo no quiso que la disputa fuera a más, así que invitó a los jóvenes a que danzaran para el forastero.



Despejaron el sitio y llamaron de nuevo al aedo para que cantara. Este cantó los amores adúlteros de Ares, dios de la guerra, y de la hermosa Afrodita. Cantó cómo engañaron a Hefesto la primera vez en su propio palacio. Y es que Ares había conseguido mediante regalos ocupar el lugar de Hefesto en la cama de su esposa, pero Helios, que todo lo ve, había ido a contárselo. Y cuando Hefesto lo supo, pensó en toda clase de venganzas y tuvo la idea de fabricar en su fragua una red de hilos irrompibles, imposible de destejer. Con ella se fue al dormitorio y la tendió en la cama de forma que no se viera, y luego se marchó a la isla de Lemnos, donde solía, de manera que Ares, al verlo marchar, corriera de nuevo a buscar a Afrodita. Este entró en el palacio y le dijo: «Vamos, amada mía, acostémonos, que Hefesto se ha ido», y se metieron los dos en la cama. Pero cuando se dieron cuenta de la trampa, ya no había escape posible. Helios, que se mantenía vigilante, avisó a Hefesto y este corrió al palacio, y a la vista de los adúlteros, gritó con toda su ira: «Venid, padre Zeus y todos los inmortales, venid a ver cómo me deshonoró Afrodita por mi cojera. Ahí se quedarán prisioneros los dos hasta que me devuelvan mis regalos de boda, los que le hice a Afrodita, que es hermosa, pero incapaz de contener sus deseos».

Se habían reunido los dioses y rieron todos de ver las artimañas de Hefesto, y decía uno al que tenía a su lado: «Mira cómo un cojo ha pillado al más veloz de los dioses, ahora tendrá que pagarle la multa por el adulterio».

Y Apolo, el hijo de Zeus, dijo a Hermes:

«¿Te gustaría acostarte con Afrodita atado por hilos como estos?».

Y Hermes le contestó:

«Ojalá pudiera, aunque fuera sujeto por hilos tres veces más fuertes y con todos los dioses mirando». Así dijo y levantó la risa entre los inmortales.

Odiseo se gozaba de oír al aedo y con él lo hacían los feacios. Entonces Alcínoo los invitó a hacer un regalo al forastero en señal de hospitalidad, y Euríalo le entregó una espada de bronce con empuñadura de plata y marfil. Arete mandó traer un arca en la que guardaba los mejores vestidos, y un caldero de agua caliente para lavar a Odiseo y que se vistiera con ellos. Las criadas trajeron lo necesario, y así él, lavado y vestido, ungido con aceite, se sentó junto a Alcínoo, que estaba en su

trono, y se dispusieron a participar del banquete. Sirvieron de comer y beber, y cuando estaban saciados, el astuto Odiseo dijo al aedo:

«Te alabo, Demódoco, porque debe de ser la Musa la que te ha enseñado a cantar de esa manera o el propio Apolo, hijo de Zeus. Has cantado lo que padecieron los griegos que fueron a Troya como si tú mismo hubieras estado allí. ¿Por qué no cantas ahora la historia del caballo de madera que Odiseo llevó hasta la fortaleza lleno de guerreros en su interior?».

Y Demódoco, con divina inspiración, cantó aquella historia comenzando desde el momento en que se embarcaron los griegos. Estaban ya emboscados en el vientre del caballo, y los troyanos se habían sentado a su alrededor a deliberar. No sabían si despeñarlo contra las rocas o llevarlo adentro como una ofrenda a los dioses, pero eso fue lo que hicieron porque era el destino que los griegos sembraran la muerte entre los troyanos. El aedo cantó cómo fue la batalla, cómo asolaron la ciudad y cómo Odiseo libró contra Deífobo el más terrible de los combates.

Odiseo no pudo contener ya las lágrimas. Se echó a llorar como una mujer que llora a su marido caído en la batalla, aún moribundo. Y nadie se percató salvo Alcínoo, que al oírlo gemir de aquella manera, ordenó al aedo que dejara su canto. Entonces, deseoso de saber, preguntó a Odiseo quién era y cuál era el motivo de su desgracia.

Canto IX

Odiseo tomó la palabra y le dijo:

«Quieres saber de mis desventuras, y el caso es que no sé por dónde empezar. Te diré que soy Odiseo, hijo de Laertes, y vengo de Ítaca, la más hermosa de todas las tierras. No puedo pensar en nada más dulce que ella, y eso que la ninfa Calipso quiso retenerme en su isla queriendo que fuera su esposo, y también antes Circe, la maga. Pero os voy a contar el regreso que Zeus me deparó desde Troya. Cuando zarpamos, el viento nos llevó al país de los Cicones. Allí, tomamos la ciudad y recogimos un rico botín, matamos a los hombres y nos repartimos a sus mujeres. Ordené a mis hombres que huyéramos rápidamente, pero no hicieron caso, sino que se quedaron comiendo y bebiendo. Así que los Cicones que habían conseguido escapar, volvieron con otros muy numerosos y nos dieron batalla junto a las naves. Los resistimos durante todo el día, pero a la caída del sol nos hicieron retroceder.

»Cayeron seis de los nuestros de cada nave, y los que pudimos embarcar proseguimos el viaje. Entonces Zeus levantó el viento del norte contra nosotros. Se formó tal tempestad que las naves quedaron sin velas y desarboladas. Nueve días vagamos a la deriva antes de tocar tierra, y al décimo llegamos a la tierra de los Lotófagos que se alimentan de flores. Cogimos agua y mandé a algunos hombres a investigar, pero se encontraron con los Lotófagos y estos les dieron de comer flor de loto, y entonces ya no querían volver. Los tuve que traer por la fuerza a las naves, y amarrarlos para poder escapar.

»Seguimos navegando y llegamos a la tierra de los Cíclopes^[17]. Los Cíclopes son soberbios y no obedecen las leyes; no trabajan la tierra; todo lo obtienen sin esfuerzo y viven en cuevas de las montañas, cada uno a lo suyo, despreocupados de los demás. Arribamos a puerto a mitad de la noche. Sacamos los barcos a tierra y allí dormimos hasta el amanecer. Por la mañana exploramos la isla y cazamos cabras para comer. De lejos podíamos ver el humo de los Cíclopes y escuchar el balido de sus ovejas.

Ya era de noche, pero al día siguiente decidí acercarme a ver cómo eran. Había una cueva en la que vivía uno con su rebaño, y era un monstruo grande como una montaña. Cogí a doce de mis hombres y un pellejo de vino y me puse en camino. Cuando llegamos, la cueva estaba vacía, así que entramos a echar un vistazo. Había mucho ganado encerrado, canastos con queso y cántaros de leche. Mis hombres quisieron llevarse los quesos y luego el rebaño, pero yo prefería ver al monstruo, así que encendimos fuego, comimos del queso y esperamos a que llegara.

»El Cíclope llegó con una carga de leña que tiró al suelo con un estruendo terrible, y nosotros, aterrorizados, nos refugiamos en el fondo de la cueva. Después cogió una roca, grande como no habrían podido arrastrar veintidós buenos carros, cerró con ella la entrada y se sentó a ordeñar el ganado. Cuando terminó la tarea, encendió el fuego y entonces nos vio. “¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿De dónde venís? ¿Sois piratas o algo por el estilo?”. Eso dijo, y temblamos de miedo, pero yo contesté:

“Venimos de Troya. Somos del ejército de Agamenón, el hijo de Atreo, y llegamos a tus rodillas esperando que nos acojas en respeto a las leyes de Zeus Hospitalario”.

“Eres un insensato, forastero —dijo— o vienes desde muy lejos, si no sabes que los Cíclopes no hacemos caso de las leyes de los inmortales. Pero dime, ¿dónde tienes tu nave?, ¿habéis fondeado cerca de aquí?”.

»Polifemo me hizo la pregunta queriendo pillarme, pero yo soy mucho más listo que eso, con que le dije:

“Poseidón hizo naufragar nuestra nave contra los escollos. A duras penas hemos conseguido salvarnos”.

»Así le hablé, y él, sin mediar palabra, agarró a dos de mis compañeros, los golpeó contra el suelo y se los comió. Presenciamos aquel espectáculo llorando desesperados, y con las manos al cielo suplicamos a Zeus. Cuando el Cíclope, bien comido, se echó a dormir, estuve tentado de echar mano a mi espada y hundírsela bien adentro en el pecho, pero me di cuenta de que entonces no habríamos podido mover la roca para salir.

»Por la mañana el cíclope Polifemo se comió a otros dos de mis hombres para el desayuno. Después retiró la piedra, sacó a los rebaños y volvió a cerrar, y mientras se alejaba me quedé pensando la manera de tomarme venganza. Esto fue lo que planeé. Polifemo tenía un garrote enorme de madera de olivo. Lo afilé, lo puse al fuego para endurecerlo y luego lo escondí en el estiércol. Él regresó por la tarde con los rebaños.

Ordeñó las ovejas y después volvió a cenarse a dos de mis compañeros. Entonces me acerqué y le ofrecí vino. “Bebe —le dije—, ya que has comido tan bien”. Y él bebió y le gustó, y quiso repetir. Me preguntó mi nombre para darme el trato de huésped como era debido, y yo le dije: “Me llamo Nadie, ese es mi nombre”. Y él contestó con crueldad diciendo: “A Nadie me lo comeré el último en señal de hospitalidad”.

»Se durmió echado de un lado. Entonces llamé a mis hombres, cogimos el garrote y lo pusimos al fuego, y cuando estuvo encendido, se lo clavamos en su único ojo con toda la fuerza de que fuimos capaces. La sangre chisporroteaba en la estaca, mientras esta le hacía arder la pupila, la ceja y los párpados. Lanzó un grito tan espantoso que retumbaron hasta las piedras.

»Huimos despavoridos, mientras él llamaba a los Cíclopes que vivían en los contornos. Estos acudieron y preguntaban: “¿Qué te sucede? ¿Por qué gritas de esa manera?”. A lo que Polifemo respondía: “Nadie me ataca, Nadie me está matando”. Y ellos le contestaban: “Pues si nadie te mata y no hay nadie contigo, es que tienes que estar volviéndote loco. Ha de ser cosa de Zeus, que te ha enviado esta desgracia. Pide ayuda a tu padre Poseidón”.

»El Cíclope, retorciéndose de dolor, apartó a tientas la roca de la entrada y se sentó a palpar a cualquiera que quisiera escapar entre las ovejas. Me puse a pensar, sabedor de que en ello nos iba la vida, y por fin ideé la que sería nuestra salvación. Los carneros estaban gordos y tenían lana abundante, de manera que los até de tres en tres para que el de en medio llevara a un hombre colgado debajo, y los otros dos lo ocultaran desde los flancos. Yo escogí para mí al más grande y me colgué de su vientre agarrado a las lanas. Así esperamos hasta la mañana. Cuando era hora de que el rebaño saliera a pastar, el Cíclope fue palpando uno a uno a todos los animales, pero no se dio cuenta de que mis hombres estaban saliendo con ellos. El que a mí me llevaba era el último. Polifemo lo conocía bien, y al palparlo, dijo: “¿Por qué me sales el último de la cueva, cuando antes eras siempre el primero en llegar a los prados? Ojalá pudieras hablar para decirme dónde se esconde ese miserable de Nadie”.

»En las naves nos recibieron con alegría. Lloraron a los compañeros muertos, pero yo les ordené que embarcaran enseguida el ganado y zarparamos. Y cuando estábamos lejos, grité:

“Cíclope, no era tonto aquel a quien querías comerte. Devoraste a tus huéspedes en tu propia casa y ahora Zeus te ha castigado”.

»Polifemo arrancó la cima de un monte y poco faltó para que nos alcanzara. Dio a la proa del barco y la ola que levantó nos llevó de nuevo a la orilla. Remamos a una para escapar, y cuando estábamos lejos de nuevo, aunque mis hombres trataban de impedirlo, volví a gritar:

“Cíclope, si alguien te pregunta quién te ha dejado ciego, di que ha sido Odiseo, hijo de Laertes, de Ítaca”. Así le dije, y él, levantando sus manos al cielo estrellado, elevó una súplica diciendo:

“Escucha, Poseidón, que rodeas la tierra. Si es cierto que eres mi padre, concédeme que Odiseo no pueda volver a su casa. Y si está en su destino el hacerlo, que, al menos, lo haga desgraciado y solo, y cuando llegue no encuentre más que calamidades”.

»Aún arrojó Polifemo una roca mucho mayor que a punto estuvo de darnos. El reflujo nos llevó otra vez a la orilla adonde estaba el resto de las naves. Allí sacamos a tierra el ganado, lo repartimos y sacrificamos un carnero a Zeus, aunque el padre de los inmortales no hizo caso a mi sacrificio, pues ya meditaba cómo iba a perder al resto de mis compañeros».



Canto X

«**A** la mañana siguiente proseguimos nuestro viaje. Llegamos a la isla flotante donde vive Eolo, dios de los vientos, y allí estuvimos durante un mes. Nos trató con hospitalidad en su mansión y yo le conté todo lo que quiso saber sobre Troya y el regreso de los griegos. Cuando, por fin, le pedí que me dejara volver, no se negó. Me dio un odre^[18] de buey que llevaba encerrado el soplo de todos los vientos. Lo ató con hilo de plata a la nave para que no se escaparan y nos sopló un viento suave que nos llevara hasta casa. Pero no iba a cumplirse.

»Nueve días navegamos, y al décimo ya podíamos ver nuestra patria. Entonces mis hombres empezaron a murmurar, y decían que en el odre llevaba yo un tesoro que el dios Eolo me había regalado, y que ellos en cambio, después de tantas penalidades, volvían con las manos vacías. Desataron el odre y todos los vientos se precipitaron afuera con tal tempestad, que de nuevo nos vimos arrastrados mar adentro. No sabía si tirarme al agua y morir, o seguir adelante, y, sin embargo, aguanté entre el lamento de la tripulación mientras nos alejábamos una vez más.

»Llegamos de nuevo a tierra de Eolo, y a él volví suplicante. “¿Cómo es que has vuelto?” —me preguntó. “El sueño ha podido a mis hombres —le contesté—. Ayúdame otra vez, te lo ruego”. Pero él me dijo estas duras palabras: “Sal de mi isla enseguida, que no quiero dar cobijo, ni debo, a un hombre a quien los dioses tienen por enemigo”.

»Después de siete días de navegar, llegamos a tierra de los Lestrigones. Mandé a algunos hombres a investigar y encontraron a una joven, que resultó ser la hija del rey. Los llevó hasta el palacio y allí apareció el rey que sin mediar palabra agarró a uno de ellos y se lo cocinó para la cena. Los otros huyeron, pero entonces el rey comenzó a gritar y acudieron los Lestrigones por centenares, grandes como gigantes. Arrojan piedras contra las naves del tamaño de hombres y mataron a muchos. Luego los ensartaban como si fueran peces para comérselos.

»Conseguimos al fin escapar y navegando llegamos a la isla de Eea, donde vive la maga Circe, la de hermosas trenzas, la hija de Helios. Allí dormimos dos días con sus noches. El tercero me subí a un lugar escarpado y vi su palacio. Ese día quisieron los dioses que pudiera cazar un hermoso ciervo, y con la comida aliviamos el recuerdo de los Lestrigones devoradores de hombres. Lo echamos a suertes y le tocó a Euríloco ir a explorar, así que partió con veintidós compañeros.

»El palacio de Circe estaba en un valle guardado por lobos y leones que ella tenía embrujados. Al ver a los hombres, no les atacaron, sino que se pusieron a jugar con ellos como si fueran perros falderos. Cuando ya estaban cerca, la oyeron dentro cantar un hermoso canto mientras tejía. Salió la diosa y los invitó a entrar, y allí se sentaron y comieron de una comida embrujada que los hizo olvidarse del deseo de volver. La diosa los tocó con su varita, los convirtió en cerdos y los encerró en pocilgas. Sin embargo, Euríloco, que había sospechado alguna trampa, se quedó fuera y pudo escapar al hechizo. Llegó llorando desconsolado a las naves y nos contó lo ocurrido. “No me llesves allí otra vez —suplicaba—. Huyamos mientras todavía es posible”. Se abrazó a mis rodillas, pero le dije que se quedara, que esta vez sería yo mismo quien iría.



»De camino se me apareció el dios Hermes con apariencia de un muchacho y me avisó de los peligros que me aguardaban. “Circe —dijo— tendrá una poción preparada para hechizarte, pero no lo conseguirá, porque habrás tomado este brebaje que voy a darte. Cuando quiera tocarte con su varita, saca tu espada, que ella por miedo te invitará a su cama. No la rechaces, pero hazla jurar por el juramento de los inmortales que no intentará nada contra ti, ni querrá arrebatarte el valor y la hombría cuando te desnudes”.

»Así ocurrió. Llegué hasta el palacio y me invitó a entrar. Me dio de beber y tocándome con su varita dijo:

“Ve a la pocilga ahora a echarte al suelo con tus amigos”.

»Entonces saqué yo mi espada, pero ella gritó y se arrojó a mis rodillas diciendo:

“¿Quién eres que no sirven contigo mis encantamientos? Ven a la cama que nos amemos”. Pero yo contesté: “¿Cómo podría ser amoroso contigo, si has hechizado a mis compañeros y me estás invitando a la cama para quitarme el valor?”.

»Ella juró el gran juramento de los inmortales, y entonces subí a su cama. En vajilla de plata y de oro nos sirvieron cuatro criadas comida y bebida de todas las clases, pero yo no podía probar bocado. Estaba temiendo alguna otra desgracia, y ella lo supo y me preguntó:

“¿Qué te pasa que no quieres comer? No tengas miedo, que nada malo te ocurrirá”.

»Le pedí que soltara a mis hombres y ella fue con su varita y los trajo de las pocilgas convertidos en hermosos cerdos. Los untó con otra poción y así se les fue cayendo el pelo y recobraron su forma humana, más jóvenes y hermosos que antes. Me abrazaron llorando con la misma alegría con que habrían celebrado su vuelta a casa.

»Íbamos a volver a las naves a reunirnos con el resto de los hombres, pero Circe nos invitó a quedarnos para celebrar un banquete. Fui yo solo a la costa y di orden de sacar las naves a tierra, y aunque alguno se resistió temiendo nuevos engaños de Circe, volvimos juntos hasta el palacio. Lloraron todos de la alegría de volver a reunirse, y después ella trajo vestidos y aceite de ungir, y comimos hasta saciarnos.

»Allí seguimos, comiendo y bebiendo bien, un día tras otro hasta que pasó un año completo. Entonces vinieron mis compañeros y me dijeron que ya era tiempo de regresar. Así que ese día, después del banquete, hacia la puesta de sol, subí a la cama de Circe y abrazándome a sus rodillas le pedí que cumpliera su palabra y nos dejara marchar. Ella me advirtió con estas palabras:

“Astuto Odiseo, hijo de Laertes, no os retendré ya por más tiempo, pero has de saber que tienes que hacer todavía otro viaje. Tienes que bajar al mundo de los muertos, a la mansión de Hades^[19] y la terrible Perséfone, para ver a Tiresias, el adivino ciego de Tebas”.

»Al oír sus palabras se me partió el corazón y rompí a llorar. Deseé con toda mi alma la muerte, pero ella continuó diciendo:

“Divino Odiseo, no necesitarás timonel para este viaje. Pon velas blancas y siéntate, que el viento del norte te llevará. Cuando hayas atravesado el Océano, verás una playa con grandes álamos y sauces sin fruto. Hay un lugar allí donde confluyen tres ríos, el Aqueronte, el Cocito y el Piriflegetón. Junto a una roca deberás hacer un hoyo y ofrecer una libación a los muertos, primero con leche y miel, luego con vino dulce, y por último con agua. Echarás harina blanca por encima y prometerás sacrificar una vaca en tu palacio cuando vuelvas a Ítaca, y a Tiresias, en especial, un carnero negro. Después, allí mismo, sacrifica un carnero y una oveja negra, y acudirán las almas de los muertos. Ordena a tus hombres que desuelen los animales, saca la espada y no dejes que se acerquen a la negra sangre antes de que hayas preguntado a Tiresias, el adivino. Entonces vendrá él y te revelará cuál habrá de ser tu camino hasta que vuelvas a casa”.

»Así habló la diosa y enseguida amaneció la Aurora de trono de oro. Pero no íbamos a salir de allí todos con vida, pues uno de mis compañeros, Elpenor, el más joven y no el más listo, sin duda, se había emborrachado durante el banquete y se había echado a dormir. Cuando oyó el ruido de la partida, se levantó de repente, pero no se acordó de bajar por las escaleras, sino que cayó desde arriba al patio, se partió el cuello y murió.

»Reuní a mis compañeros y les conté el viaje que aún tendríamos que hacer, y ellos, que pensaban que ya volvíamos a casa, se desesperaron. Lloraron amargamente, pero nada consiguieron con sus lamentos».

Canto XI

«**E**mbarcamos con lágrimas en los ojos, sabedores de nuestro triste destino, y llevados por un viento suave, llegamos al confín del Océano, al lugar que Circe nos había señalado. Allí, siguiendo sus indicaciones, preparamos el sacrificio, y cuando corrió la sangre de los animales, se empezaron a reunir con nosotros las almas de los difuntos. Llegaban esposas, solteras, ancianos, tiernas doncellas y hombres muertos en la batalla, caminando con un griterío que nos hacía helar de terror. Reconocí entre ellas a mi madre y a alguno de mis compañeros. Allí estaba Elpenor, a quien habíamos dejado sin sepultar en el palacio de Circe cuando se cayó del tejado. Se acercó suplicante y me rogó que no lo abandonara sin enterrar, que cumpliera con su funeral como mandan los dioses. Me pidió que clavara en su tumba el remo con el que solía remar porque solo así podría descansar en paz.

»Yo le prometí hacerlo. Con la espada en la mano impedía que se acercara a la sangre el resto de las almas difuntas hasta que apareció el ciego Tiresias con su cetro de oro. “Apártate para que pueda beber la sangre —dijo—. Yo me aparté y entonces bebió él y comenzó a hablar de esta manera:

“Odiseo, hijo de Laertes, astuto, vivirás todavía muchas desgracias en tu camino antes de volver a casa. Llegarás a Trinaquía y allí encontrarás paciendo en los prados a las vacas de Helios, que todo lo ven. Si no las tocáis, podréis regresar a Ítaca, aun después de muchos sufrimientos, pero si les hacéis algún daño, te anuncio la perdición de todos tus compañeros. Tú mismo, aunque consigas volver, lo harás solo y sin nave, y al llegar a tu casa encontrarás la desgracia, hombres soberbios comiendo tu hacienda y pretendiendo a tu esposa con regalos de boda. No obstante, podrás vengarte de ellos. Después de matarlos, deberás hacer lo siguiente: échate un remo al hombro y camina hasta que encuentres a los hombres que no conocen el mar. Cuando alguien por el camino no sepa qué es lo que llevas al hombro, esa será la señal. Clava el remo en la tierra y haz un sacrificio a

Poseidón. De esa manera tendrás una muerte dulce ya viejo, fuera del mar y rodeado de los tuyos”.



»Entonces le pregunté cómo podría hablar con los muertos que se acercaban y Tiresias me dijo que cualquiera a quien dejara beber de la sangre, me hablaría diciéndome la verdad. Dejé acercarse a mi madre para que bebiera y enseguida me reconoció:

“¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado hasta aquí estando vivo? ¿Has venido de Troya con tus compañeros? ¿Es que no has regresado a Ítaca todavía?”.

»Así me habló y yo respondí:

“Madre, me trajo la necesidad, he venido a saber mi destino de boca del adivino Tiresias. Aún no he vuelto a pisar nuestra tierra desde que salí camino de Troya. Pero vamos dime, ¿cómo es que has muerto? Cuéntame algo sobre mi padre y mi hijo. Dime qué hay de mi esposa”.

»Entonces ella me contestó:

“Tu esposa sigue en palacio, pasando triste los días y llorando sin consuelo. Nadie ocupa tu puesto. Tu hijo Telémaco se encarga de tus fincas y va a los banquetes a que le invitan, que son muchos. Tu padre se ha retirado al campo y nunca va a la ciudad. Vive como un esclavo, afligido, con la añoranza de tu regreso, pues ve que ya está muy viejo. De mí te puedo decir que no me mató la enfermedad sino la soledad, la preocupación y el dolor de tu ausencia”.

»Tres veces quise abrazarla y tres veces se me escapó de las manos como una sombra. “¿Por qué te escapas? —le pregunté”. Y me dijo: “Esta es la condición de los muertos. No hay carne, ni nervios, ni huesos. Todo lo devora el fuego cuando la vida nos abandona, solo queda el alma que vuela como si fuera un sueño. Acuérdate bien de lo que te digo para que se lo cuentes a tu esposa después”.

»Perséfone, la diosa terrible, empujaba a las mujeres a que se acercaran, y allá que acudían todas, pero yo con la espada no las dejaba que bebieran juntas la sangre, para así poder escuchar su historia una por una. La primera fue Tiro, la hija de Salmoneo, que tuvo amores con Poseidón; luego Antíope, hija de Asopo, que presumía de haber dormido en brazos de Zeus, y que parió a Zeto y a Anfión, fundadores de Tebas; también Alcmena, mujer de Anfitrión, que se unió a Zeus para engendrar a Hércules, y Mégara la esposa de este. Vi a Epicasta, madre de Edipo; a Leda, la esposa de Tíndaro, madre de Cástor y Polideuces; y a Ifimedea, mujer de Alceo, que tuvo de Poseidón a Otón y a Efialtes; a Fedra y a Procris; a Ariadna, hija de Minos, a quien Teseo se llevó de Creta para nada; y a Erifile, que vendió a su marido por un poco de oro».

Enmudecieron todos en el palacio de Alcínoo, rey de los feacios, cautivados por el relato de Odiseo. Pero el rey quería conocer todavía si Odiseo había visto allí a los héroes que murieron en Troya, así que le preguntó, y este, aunque era ya tarde, siguió de esta manera:

«Llegó Perséfone y echó a las mujeres, y entonces apareció el alma de Agamenón, el hijo de Atreo. Tan pronto como bebió de la sangre, me reconoció. Lloraba y me echaba en vano sus brazos, y al verlo llorar, sentí lástima. Le pregunté cuál había sido su destino y me respondió así:

“Divino Odiseo, hijo de Laertes, no fue cosa de Poseidón ni herida del enemigo. Fue Egisto quien me mató en su propia casa. Me invitó a un banquete y con la ayuda de Clitemnestra, mi propia esposa, nos asesinó a mí y a todos mis hombres como novillos llevados al matadero. Te habrías compadecido de vernos degollados entre las copas y las mesas servidas en un charco de sangre. Allí estaba ella, Clitemnestra, mientras yo agonizaba. Y se fue sin siquiera esperar a que muriera para cerrarme los ojos y juntarme los labios. Con su crimen se manchó así misma de infamia, pero también a todas las mujeres nacidas y las que están por nacer. Nunca te fíes de una de ellas, no les dejes saber nunca todas tus intenciones. Aunque tú, Odiseo, tienes una esposa buena y prudente”.

»Así estábamos llorando nuestras desgracias, cuando apareció el alma de Aquiles en compañía de Patroclo, y le dije:

“Aquiles, hijo de Peleo, dichoso tú entre los hombres. Te honrábamos los griegos en vida como igual a los dioses, y ahora que has muerto reinas sobre las almas de los difuntos”.

»Él, sin embargo, se lamentaba y decía que prefería estar vivo, incluso pobre y esclavo, a reinar sobre todos los muertos. Vimos a Áyax, el hijo de Telamón, a quien yo había vencido en Troya junto a las naves; y también a Minos, el hijo de Zeus, que juzgaba a los muertos con su cetro de oro; a Orión el gigante y a Ticio, a quien dos águilas le comían el hígado por haber violado a Leto, la esposa de Zeus; a Tántalo, sometido al tormento eterno de no poder comer ni beber la fruta y el agua que tenía a mano; a Sísifo, que cargaba y volvía a cargar hasta la cima de una montaña una enorme roca, que siempre volvía a rodar hasta abajo; y a Hércules, en guardia, con el arco tenso y la flecha dispuesta para el disparo.

»Habría querido ver a otros muchos, pero se empezó a reunir una muchedumbre de muertos con tal griterío, que temí que Perséfone nos

enviara a la mismísima cabeza de la Gorgona^[20], el terrible monstruo. Ordené a mis compañeros que se embarcaran y zarpamos enseguida».

Canto XII

«**D**ejamos atrás la corriente del Océano y volvimos a la isla de Circe a cumplir la promesa que había hecho a Elpenor. Mandé traerlo del palacio y lo enterramos cerca del mar con su remo clavado en lo más alto de la sepultura. Luego nos pusimos a discutir cuál sería nuestro camino, pero Circe, que nos había visto, se acercó y nos dijo:

“Moriréis dos veces, vosotros que habéis bajado ya al reino de Hades. Ahora escuchad. Comed y bebed el día de hoy para reponeros, que mañana seguiréis adelante. Os diré qué vais a encontraros para que no tengáis que lamentaros”.

»Comimos, y cuando el sol se había puesto y mis compañeros dormían, Circe me llamó a un lado y me hizo contarle nuestro viaje. Luego me advirtió así:

“Llegarás primero a territorio de las Sirenas, donde ellas, en un prado rodeado de pieles resacas y huesos podridos, hechizan a los viajeros para que se olviden de todo. Para pasarlas a salvo, debes tapar los oídos de tus compañeros con cera, pero si quieres oírlos tú, deberás decirles que te aten de pies y manos al mástil, y advertirles que si pides ser desatado, te amarren más fuerte aún. Después habrá dos caminos, pero tú mismo deberás decidir cuál seguir. El primero son las Rocas Errantes. Nunca nadie ha conseguido pasar por ellas, salvo Jasón^[21] en el famoso viaje con su nave Argo. Tempestades y huracanes de fuego destrozan los barcos y arrastran a los naufragos al atravesarlas. El otro camino es un estrecho flanqueado por los escollos de Escila y Caribdis.



”Allí, a un lado, hay una roca altísima, coronada siempre de nubes, con una gruta en su base. La habita Escila, un monstruo terrible de seis cuellos y seis cabezas armadas con tres filas de dientes asesinos. Su aullido resulta sobrecogedor, y se esconde en la gruta al acecho de los delfines y los perros marinos para devorarlos, y cuando los marineros creen haberla pasado a salvo, alarga ella uno de sus cuellos y atrapa alguno por la cabeza. No trates de luchar contra ella con tu espada, porque es inmortal, y si lo haces te atacará una segunda vez y temo que se te coma tantos hombres como cabezas tiene.

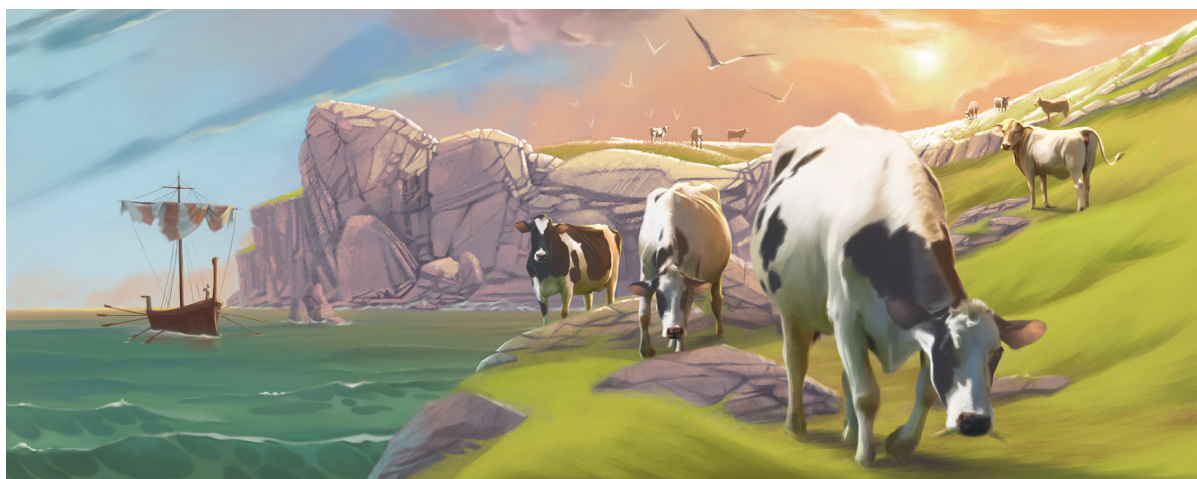
”El escollo del otro lado es más bajo y tiene un arbusto en lo alto. Debajo vive Caribdis, sorbiendo el agua del mar. Tres veces al día la sorbe y la vuelve a echar de manera terrible, y más te valdrá no estar cerca cuando lo haga. Deberás acercarte a Escila lo más posible y pasar rápidamente, porque mejor será que pierdas a algunos de tus hombres, que no a todos ellos.

”Después llegarás a la isla de Trinaquía y allí verás las vacas de Helios pasciendo en los prados. Si las dejas a salvo, podrás llegar a Ítaca, pero si les haces algún daño, te predigo que perderás tu nave y a todos tus compañeros, y aunque volverás a casa, lo harás solo, tarde y de mala manera”.

»Así habló Circe, la terrible diosa, la de hermosas trenzas. A la mañana siguiente nos dejó ir con viento favorable. Conté a mis compañeros lo que ella me había advertido y en poco tiempo estuvimos en la isla de las Sirenas. Al acercarnos, el viento cesó y les ordené plegar las velas. Los reuní y les tapé con cera los oídos, y ellos me ataron de pies y manos al mástil. Cuando estábamos a distancia de un grito, empezamos a oír su canto. “Ven Odiseo, acércate, que puedas oír nuestro canto —decían”. Y yo sentí el deseo de oírlas, y ordené a mis compañeros que me desataran, pero ellos me ataron más fuerte aún y remarón cuanto pudieron para salir pronto de allí.

»Cuando ya estábamos lejos de la isla, y creíamos que había pasado el peligro, empezamos a oír el estruendo de un terrible oleaje. Les dije que estuvieran atentos y me obedecieran, que los sacaría de allí como lo había hecho de la gruta de Polifemo. Ordené al timonel que se pegara a la roca más alta, pero que tuviera cuidado de no ser lanzado al otro lado, porque allí nos esperaba la muerte. No les hablé de Escila, ni hice caso de lo que Circe me había advertido, sino que empuñé mi espada esperando que el monstruo asomara. El estrecho que teníamos que atravesar estaba revuelto como un gran caldero de espumas y remolinos. Íbamos muertos de miedo y en un instante Escila se llevó a seis de los nuestros. Pude oír sus voces llamándome por mi nombre y ver sus manos que pedían ayuda, desesperadas, instantes antes de que ella los devorara. Fue lo peor que he padecido en mi viaje.

»Dejamos por fin atrás a Escila y Caribdis y llegamos a la isla de Trinaquía. Desde el barco podía escucharse el mugido de las vacas de Helios y recordé las palabras de Tiresias y Circe, que recomendaban evitarlas. Mis compañeros también las oyeron. Estaban deshechos después de tanto peligro y no querían otra cosa que descansar y poder comer, así que me pidieron desembarcar. Yo quería seguir adelante, pero ellos insistían, y no me quedó otro remedio que hacerles caso. Los obligué a jurar que no harían daño a ningún animal de los rebaños que se encontraran. Juraron, y después comimos y lloramos por los muertos, pero antes de dormir, les pedí que nos apartáramos de las vacas de Helios, por si acaso.



»Pasaron los días y la comida se terminó. Vino el hambre y entonces quisieron comerse las vacas. Me suplicaron y yo me negué. “Cualquier muerte es mala —dijeron—, pero peor es morir de hambre. Haremos un sacrificio a Helios para que sea benévolo”.

»Escogieron las mejores y las sacrificaron. Hicieron después la ofrenda y comieron, y luego el sueño los venció. Yo rompí en lamentos y supliqué a Zeus, padre de los dioses, pero Helios ya se había enterado y acudió a él pidiendo venganza. Estuvieron seis días sacrificando vacas, al séptimo zarparamos, y al poco Zeus amontonó negras nubes contra nosotros. Se levantó tal tempestad que el mástil cedió, y partido en dos cayó sobre la cabeza del timonel. El padre de los inmortales comenzó a tronar y a lanzar rayos sobre la nave. Había un olor intenso de azufre. No se salvó uno solo de mis compañeros, todos cayeron al mar. Yo logré atar dos trozos del barco y me senté encima a la deriva. El viento me llevó otra vez hasta el paso de Escila y Caribdis. Esta empezó a sorber, pero yo conseguí subir al escollo y me agarré al arbusto como un murciélago. Esperé a que vomitara el agua de nuevo y entonces me arrojé al mar y remé con mis brazos todo lo rápido que pude. Si Zeus no me hubiera librado de Escila otra vez, allí habría muerto.

»Nueve días estuve a merced de las olas. Al décimo llegué a la isla de Ogigia donde vive Calipso, la diosa terrible, y allí me entregué a sus cuidados».

Canto XIII

Los feacios quedaron mudos en el palacio cautivados por el relato de Odiseo. El rey Alcínoo decidió que cada uno de los presentes añadiera un caldero como regalo al arca que ya le tenían preparada con joyas y copas de oro. Después dispuso todo lo necesario para el sacrificio. Rindieron su ofrenda a Zeus, el que oscurece las nubes, y celebraron después el banquete, pero Odiseo ya no pensaba en otra cosa que en su regreso. Todavía la reina Arete mandó traerle un manto, una túnica y vino y trigo para el viaje.

Embarcaron al anochecer. Odiseo se quedó profundamente dormido, olvidado de todas sus penas, con un sueño como la muerte, y al amanecer divisaron la isla.

Ítaca tiene un puerto al abrigo del viento al que llaman Forcis. En un extremo hay una gruta consagrada a las Náyades^[22], y dentro tienen ellas telares de piedra donde tejen sus mantos de púrpura. La gruta tiene dos puertas, una al norte para los hombres y otra al oeste solo para los dioses. Hacia allí remaron los feacios, que ya conocían el lugar, y dejaron a Odiseo dormido en la arena sobre una manta, y junto a un olivo todo el tesoro que habían reunido para él, bien lejos del camino para que nadie lo viera.

Después pusieron rumbo a casa, pero Poseidón, que seguía enojado con Odiseo, se dirigió al padre Zeus, y le pidió que le dejara destruir la nave de los feacios por haberle ayudado. Cuando se acercaban ya a su patria, Poseidón, el que sacude la tierra, convirtió su nave en una roca y de un golpe hizo que echara raíces en el fondo del mar. Los feacios se preguntaban unos a otros, pero solo Alcínoo se dio cuenta de que se había cumplido la profecía que decía que Poseidón se enojaría con ellos por dar compañía siempre a todos los forasteros.

«Escuchad, feacios —dijo—, a partir de hoy dejaremos de dar escolta a cualquiera. Haremos un sacrificio de doce toros en honor de Poseidón

para que se ponga a bien con nosotros, no sea que nos sepulte la ciudad bajo una montaña». Así dijo, y todos cumplieron con lo que había dicho.

Odiseo, que estaba acostado ya en tierra de su propia patria, no la reconoció al despertar. Se puso de pie, y mirando a su alrededor se lamentó una vez más de su triste destino, pues no se daba cuenta de dónde estaba. «¿Dónde me habrán traído? —se preguntaba—. ¿No decían que me devolverían a mi casa? Que Zeus los castigue por no cumplir su palabra». Reunió el tesoro para ver si faltaba algo de lo que traía, y pensaba en explorar la zona por saber dónde había ido a parar, cuando se le acercó Atenea con la apariencia de un joven pastor.

«¡Salud!, joven amigo —le dijo al verla—. Espero que sea para bien que te haya encontrado. ¿Podrías decirme qué tierra es esta y qué gentes viven aquí?».

Y Atenea le respondió:

«Necio eres o vienes desde muy lejos si no sabes la tierra que pisas. Es bien conocida, buena para el trigo y el vino, y mejor para los rebaños. Su nombre es Ítaca y su fama ha llegado incluso hasta Troya».

Odiseo apenas pudo disimular la inmensa alegría de volver a su casa, pero aun así no se olvidó de su astucia, y con medidas palabras le dijo a la diosa:

«Es cierto que he oído hablar de ella. Vengo de Creta huyendo por haber matado a un hijo de Idomeneo, su rey. Traía este tesoro de Troya y me lo quisieron arrebatar. Me tendieron una emboscada y los atravesé con mi lanza. Luego embarqué en una nave fenicia para ir a Pilos, pero el viento nos trajo hasta aquí. Paramos a tomar agua y a descansar, pero cuando desperté a la mañana, se habían marchado dejándome aquí solo con mi tesoro».

La diosa se sonrió, y tomando la apariencia esta vez de una mujer grande y hermosa, le dijo:

«¿Es que nunca te cansarás de mentir? Dejémoslo así, que ambos somos bien conocidos por nuestras astucias. Pero, es curioso que no me hayas conocido, a mí, a Palas Atenea, que te he protegido siempre en cualquier circunstancia. He venido para que veamos la manera de ocultar el tesoro de los feacios, y para que sepas las penalidades que has de soportar aún. No digas a nadie que has vuelto. Calla y aguanta, pase lo que pase».

«Oh, diosa, no es fácil reconocerte. No te había vuelto a ver desde que estuvimos en Troya. Nunca te vi conmigo en mi nave en ninguna de mis desgracias. Pero ahora, abrazado a tus rodillas, te pido que me digas si es cierto que he llegado a mi patria, pues me parece que te estás burlando de mí».

Eso dijo Odiseo, y Atenea le respondió:

«Nunca cambiarás. Cualquiera otro estaría deseando correr a casa para ver a los suyos, y tú, en cambio, estás aquí, enredado en tus artimañas, mientras tu esposa se pasa el día llorando. Nunca dudé que regresarías, pero no quise enfrentarme a Poseidón, mi tío, que se irritó contigo por haber dejado ciego a su hijo. Te voy a mostrar ahora la tierra de Ítaca para que te convenzas».

La diosa disipó la nube que se cernía sobre la isla y se la mostró a Odiseo para que pudiera reconocerla, el puerto de Forcis, la gruta y el bosque. Él se echó al suelo, besó la tierra que alimenta a los hombres, y luego levantando las manos al cielo prometió volver a hacer sacrificios a las Náyades como antes.



Entre ambos llevaron a la gruta todo el oro, el bronce y las vestiduras que Odiseo traía del país de los feacios. Lo llevaron al fondo y lo taparon con una piedra bien grande. A continuación, se sentaron al pie del olivo y hablaron de la manera de acabar con los pretendientes.

Dijo Atenea:

«Astuto Odiseo, hijo de Laertes, debes planear ahora cómo vas a parar los pies a los hombres que llevan tres años mandando en tu casa y cortejando a tu esposa. Ella no deja de pensar en tu vuelta, y aunque los entretiene dando esperanzas a unos y otros, en su cabeza tiene algo bien distinto».

Y Odiseo le contestó:

«Habría muerto como el pobre Agamenón al volver a su casa si no me hubieras advertido. Ayúdame como hacías cuando peleaba junto a las murallas de Troya, y les haré pagar su insolencia. Con trescientos hombres que tuviera que pelear, no dudaría si te tuviese a mi lado».

La diosa le prometió que no faltaría en su ayuda, y que los pretendientes, que llevaban tanto tiempo comiendo a su costa, pagarían sobradamente con su sangre todo su atrevimiento.

Entonces ella lo tomó a su lado y lo hizo irreconocible para que nadie lo descubriera. Lo arrugó como un viejo, lo vistió con andrajos y llenó sus ojos de legañas. De esa manera le echó por encima una piel de ciervo y le dio un zurrón y un bastón de caminante para que pareciera un vagabundo. Le dijo que fuera donde su porquero y que se quedara con él cuidando los cerdos, mientras iba ella a Esparta a buscar a su hijo Telémaco, que había viajado hasta allí, a casa de Menelao, para saber sobre su paradero.

Canto XIV

Eumeo, el porquero, tenía la majada en un lugar apartado. Odiseo lo encontró sentado a la puerta. Era grande, con doce pocilgas para cincuenta cerdas cada una de ellas. Los cerdos dormían afuera, pero no eran muchos porque los pretendientes no paraban de sacrificarlos para sus banquetes. También tenía Eumeo cuatro perros que al ver a Odiseo rompieron a ladrar y se habrían abalanzado sobre él de no haber mediado el porquero.

Lo llevó a su cabaña, le tendió una piel de cabra para que se sentara, y le ofreció de comer y beber. Odiseo se alegró de ser tan bien recibido, e hizo votos a Zeus y al resto de los inmortales para que le concedieran aquello que más deseara. Pero Eumeo le contestó de esta manera:

«Forastero, cumplo tan solo la ley de Zeus que manda dar hospitalidad a los extraños. En cuanto a mis deseos, solo puedo decir que los dioses han impedido el regreso de quien más me estimó, aquel que me dio todo lo que tengo. Más me habría valido que se quedara, pero se marchó a Troya con el rey Agamenón y ahora lo tengo por muerto. Ven, nos comeremos un cochinito, que los cerdos más gordos se los reservan los pretendientes. Deben de saber que Odiseo ha muerto y se comen los cerdos y las ovejas a pares, y el vino por cántaros se lo beben, que mira que era grande la hacienda de Odiseo, pero pequeña la están dejando».

Comieron y Eumeo le sirvió vino, y después de beber, Odiseo le preguntó quién era ese a quien tanto debía, porque quizá él hubiera oído alguna noticia sobre él en sus viajes. Pero el porquero le dijo:

«Todo el que llega a la isla va a su esposa Penélope con el cuento de que sabe algo del rey, su marido, que ese era mi noble amo, el divino Odiseo. Ella ya no echa cuenta, y puede que también tú quieras inventar algo para contarle, pero yo más bien estoy seguro de que yace en el fondo del mar o que sus huesos están blanqueándose en alguna playa. Has de saber que nunca tendré amo como él, ni aunque volviera a la casa donde nací, con mi padre y mi madre».

Odiseo entonces le contestó:

«A pesar de todo, te voy a decir lo que no quieres creer, que Odiseo, y lo digo bajo juramento, está de camino y en el plazo de un mes, habrá regresado, y cuando lo haga, tomará cumplida venganza de quienes deshonran a su mujer y a su hijo».

Eumeo no le echó cuenta, llenó su copa y lo animó a beber, y dijo que en efecto, juramentos aparte, ojalá volviera Odiseo, sobre todo por su hijo, que había ido a Pilos y se decía que los pretendientes esperaban su vuelta para matarlo. Entonces le pidió que le contara sus viajes, y Odiseo comenzó así:

«Soy de Creta, hijo de un hombre rico y su concubina, y me casé también con una rica mujer. Me gustaba el combate y las aventuras, y así me gané la fama en mi tierra. Cuando llegó la oportunidad de ir a Troya, fui acompañando a Idomeneo, mi rey, y luché como el mejor de los griegos. Después, por obra de Zeus, cambió mi suerte. Fui a Egipto buscando riquezas y en siete años reuní una fortuna. Pero entonces apareció un fenicio tramposo y me engañó para que embarcara con él hacia Libia. Quería venderme por un enorme rescate, pero en el transcurso del viaje, Zeus hizo naufragar el barco y acabé a la deriva agarrado a un trozo de mástil. Nueve días estuve a merced de las olas y al décimo llegué al país de los Tesprotos. Fue allí donde, por boca del rey Fidón, supe de Odiseo. Me dijo que había ido a Dodona a preguntar al oráculo por su destino. De tierra de los Tesprotos salí en un barco que iba con destino a Duliquía, pero durante el viaje, la tripulación me tomó preso y me vistieron así para venderme como esclavo. De este modo llegamos aquí, desembarcamos y me dejaron atado para pasar la noche. Logré desatarme mientras dormían y escapé al bosque, y aunque a la mañana siguiente me buscaron, no pudieron dar conmigo».

Eumeo quedó conmovido por el relato, pero no acabó de fiarse de él. «No sería la primera vez que me engañan —le dijo—, así que, si te doy cobijo, no es porque crea tus palabras, sino por respeto a Zeus Hospitalario».

Regresaban los cerdos del campo, y Eumeo llamó a uno de sus compañeros para que trajera el mejor, que no siempre fueran los más gordos a llenar los estómagos de los pretendientes. Lo mataron, hicieron ofrenda a las ninfas y a Hermes, dios de los caminantes, y luego comieron hasta hartarse.

Llegó la noche y con ella la lluvia y el viento. El aguacero duró hasta la mañana, así que los porqueros la pasaron refugiados en la cabaña. Odiseo, echando mano a su astucia, se puso a contar cómo había combatido en Troya a las órdenes de Agamenón, codo con codo con Odiseo. «Estábamos junto a la muralla —dijo— y había temporal, una noche muy fría. Todos llevaban túnica y manto, pero yo me había olvidado del mío y no había refugio. Entonces Odiseo dijo que había tenido un sueño, que nos habíamos alejado demasiado del campamento y Agamenón tenía que saberlo. Enseguida se levantó uno de los griegos y echó a correr hacia el campamento, pero con las prisas se dejó el manto olvidado, y de esta manera, gracias a su astucia, pude pasar la noche abrigado. Ojalá fuera yo ahora joven y fuerte. Quizá alguno de los porqueros, por amistad o por respeto, me cediera su manto».

Eumeo no se quedó callado. «No te preocupes, forastero —dijo—, te daré abrigo para esta noche, pero por la mañana volverás a tus andrajos. Cuando venga el hijo de Odiseo te dará lo que pidas, porque aquí no hay túnicas ni mantos de sobra».

Esa noche durmió Odiseo junto al fuego en un camastro con pieles de oveja y de cabra, y todavía le echó Eumeo por encima un manto muy grueso que guardaba para las noches de helada.

Canto XV

Mientras tanto Palas Atenea había ido a Esparta para hacer que Telémaco regresara. Lo encontró durmiendo en el palacio de Menelao, inquieto en sueños por las noticias sobre su padre. Se le acercó la diosa y le dijo:

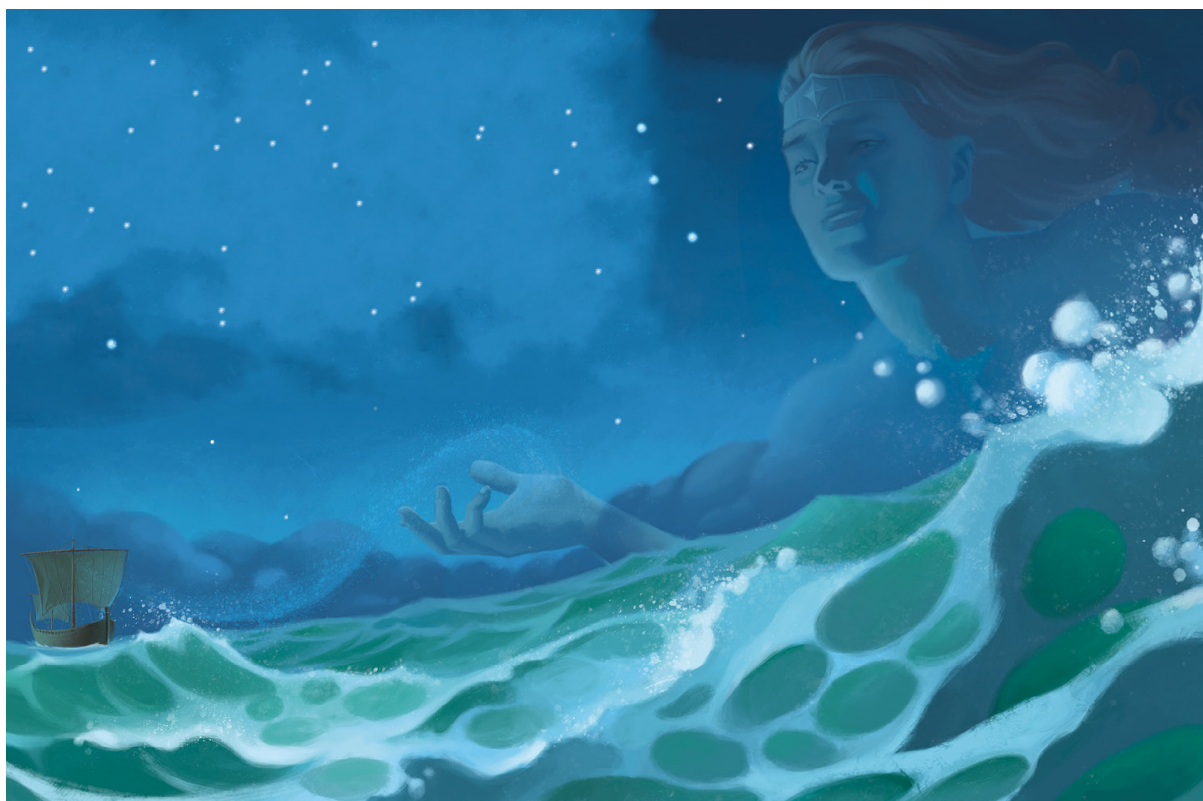
«Es hora de volver, Telémaco. Los pretendientes apremian y tu lugar está allí. Ten cuidado porque quieren matarte, te han preparado una emboscada en el estrecho entre Ítaca y la isla de Same^[23]. Viaja de noche y por otro camino, y cuando llegues, ve primero a ver al porquero, que te es fiel, y manda recado con él a tu madre de que has llegado sano y salvo».

Amaneció y despertó Pisístrato, el hijo de Néstor, y ambos fueron a encontrarse con Menelao para pedirle que los dejara marchar. Accedió el rey y preparó todo lo necesario. Subió a su dormitorio y trajo el más preciado regalo con que podía obsequiarle, una copa de plata fundida con los bordes de oro, obra del mismísimo Hefesto. También Helena le tenía su obsequio, un hermoso vestido para la que fuera su esposa el día de su boda.

Salieron a despedirlos cuando ya estaban montados en sus caballos, y en el momento de la partida le pasó volando a Telémaco por la derecha un halcón que llevaba un ganso en las garras. Helena se apresuró a interpretar el presagio, y dijo:

«Os aseguro que lo mismo que este halcón ha venido a llevarse el ganso que estaba comiendo en su casa, vendrá Odiseo a vengarse de los pretendientes que se alimentan de lo que es suyo. Puede que ya mismo esté sembrando la muerte entre ellos».

Viajaron todo el día hasta Pilos y allí Telémaco se embarcó rumbo a Ítaca, empujado por un viento favorable que Atenea le enviaba. A medida que se acercaba, pensaba si podría escapar a los pretendientes o moriría en el empeño.



Entretanto Odiseo vivía en la cabaña con Eumeo y los otros compartiendo con ellos la comida y el sueño. Pero una mañana dijo al porquero:

«Escucha, Eumeo. Voy a ir a la ciudad a mendigar. Me presentaré en el palacio para darle noticias a Penélope. Y puede que vaya también a los pretendientes a ofrecerme como sirviente, pues sé preparar el fuego, hacer un asado y cualquier otra cosa que acostumbran a pedir los nobles en su servicio».

El porquero intentó disuadirlo haciéndole ver el peligro, así que Odiseo entonces le pidió que al menos le contara algo sobre sus padres. Pasaron la tarde hablando. Por él supo Odiseo de su madre muerta y del viejo Laertes, su padre, que vivía añorando su vuelta. Eumeo le contó cómo los había conocido a los dos y luego la peripecia completa de su existencia.

Telémaco, mientras, estaba llegando a la isla. Fondearon el barco y ordenó a sus compañeros que fueran en la nave hacia la ciudad en tanto que él se encargaba de otros asuntos. Partieron los compañeros con la promesa de un banquete para el día siguiente, y en el momento de despedirse un halcón volvió a volar sobre su derecha. Era el ave de Apolo

que señalaba su estirpe real. Se calzó las sandalias, empuñó su lanza y se dirigió a buen paso hacia la majada de los porqueros.

Canto XVI

Odiseo y el porquero estaban haciendo fuego para el desayuno, cuando llegó Telémaco. Al ver que los perros meneaban el rabo, se dieron cuenta de que tendría que ser un conocido. Apenas lo vio, Eumeo salió al encuentro de su señor y le cubrió de besos la cabeza, los ojos y luego las manos, como un padre que recibiera a su hijo después de diez años de ausencia.

«Creí que no volvería a verte cuando te fuiste —le dijo». Y Telémaco le respondió: «He venido para que me cuentes si mi madre está todavía en palacio o se ha casado ya con alguno».

Eumeo le confirmó que su madre seguía en palacio llorando cada día y cada noche. Entonces lo invitó a entrar en la cabaña. Allí estaba su padre.

Odiseo quiso dejarle su sitio pero Telémaco lo hizo sentar. Eumeo le contó quién era y le pidió que lo tratara como su huésped, y entonces Telémaco se lamentó de no poder usar su casa como quisiera por culpa de los pretendientes. Le dijo que mejor no fuera donde ellos estaban, y que le mandaría ropa allí a la majada para que pudiera vestirse.

Odiseo, que no pudo resistir el dolor de oír lo que le contaba, le dijo:

«Ojalá fuera yo joven, o el hijo de Odiseo como tú, o el propio Odiseo en persona; que antes preferiría morir asesinado en palacio que tener que aguantar las insolencias de estos. ¡Que me corten la cabeza, si no fuera yo capaz de acabar con todos!».

Telémaco contó cuál era la situación, que los jóvenes de la isla, y de las islas vecinas, de Duliquio, de Zante y de Same, pretendían a su madre, y ella no se negaba a casarse, pero tampoco era capaz de poner coto a los abusos, pues pasaban el día comiendo a su costa y arruinando su hacienda. Luego mandó a Eumeo a decirle a su madre que había regresado, y le ordenó que no lo contara a nadie más, para así poder actuar a escondidas de los pretendientes. El porquero quiso ir también a Laertes, que llevaba tanto tiempo de sufrimiento, pero Telémaco, con gran dolor de su corazón, le dijo que no, que ya llegaría el momento de que lo supiera más adelante.

Cuando Eumeo se había marchado, Atenea, que andaba al acecho, se apareció a Odiseo, sin que su hijo pudiera verla, que los dioses se hacen visibles solo a aquellos que quieren. Espantó a los perros e hizo una señal a Odiseo para que saliera. Lo cogió a su lado y le dijo que ya podía decir a Telémaco la verdad, porque era hora de que prepararan la muerte de los pretendientes. Lo tocó con su varita de oro y lo transformó de manera que recuperó poco a poco su auténtica apariencia, más joven, más alto y robusto y con una barba negra y poblada en sus mejillas.

Telémaco, maravillado del cambio, creyó que se trataba de un dios y quiso hacerle una ofrenda, pero Odiseo le reveló quién era en realidad, y entonces lo estrechó entre sus brazos para besarlo. Rodaron sus lágrimas hasta el suelo, pero aun así Telémaco se resistía a creerlo, y pensaba que se trataba de un espíritu que se le había aparecido. Entonces Odiseo le dijo:

«Telémaco, créeme. No vendrá a tu casa otro Odiseo que yo. Yo soy tu padre, el que ha estado fuera de casa veinte años sufriendo y padeciendo toda clase de calamidades. El cambio de mi apariencia es cosa de Atenea, que puede hacer estas cosas cuando quiere y viene conmigo para protegerme».

Con esto, por fin, Telémaco se rindió y entonces se abrazaron y lloraron juntos, sollozando y gimiendo. Conmovía ver la pena con que lo hacían, como la de un pajarillo al que le roban sus crías del nido antes de que puedan volar.



Odiseo contó cómo había llegado hasta allí con la ayuda de los feacios y cómo había escondido en la gruta de las Náyades el tesoro con el que le habían obsequiado. Luego le preguntó por los pretendientes, para planear la manera de acabar con ellos, y Telémaco le respondió:

«Padre, siempre oí que eras valeroso y prudente, pero no son un par, ni siquiera diez sino muchos más. De Duliquio han venido cincuenta y dos, veinticuatro de Same, veinte de Zante y doce más de la propia Ítaca. Si sabes de alguien que nos defienda, deberías empezar a pensar en él».

Odiseo, por su parte, le contestó:

«Pues piensa tú si serán suficientes Atenea y su padre Zeus, o tendremos que buscar algún otro».

Con eso quedó zanjado el asunto. Luego ordenó a su hijo que fuera a reunirse con los pretendientes, que él iría más tarde disfrazado de mendigo. Y le pidió que si abusaban o se burlaban de él, aguantara y no interviniera, porque así convenía para sus planes. También le ordenó que reuniera las armas que encontrase en la sala y las llevase al piso de arriba, a lo más escondido, con el pretexto de que junto al fuego se estaban ahumando, o que estando allí en medio y ellos de fiesta solo podrían servir para que se hirieran por cualquier disputa. Le dijo que lo hiciera todo en

secreto, y que no se enterasen ni su propia esposa, Penélope, ni Laertes, su padre, ni el porquero ni los criados.

Mientras tanto Eumeo fue a la madre a decirle que Telémaco había regresado. En el palacio estaban los pretendientes, y al conocer la noticia mandaron aviso a sus compañeros. Venían ya de la costa, y una vez en la plaza, Antínoo les habló así:

«Se nos ha escapado el muchacho y tiene que ser cosa de los dioses, y eso que hemos estado al acecho de noche y de día. Tendremos que buscar la manera de matarlo aquí mismo, en la ciudad, porque mientras siga vivo, será un obstáculo para nuestros planes».

Se encaminaron hacia el palacio, y entonces Penélope, que sabía lo que se traían entre manos, bajó a la sala en compañía de sus criadas, divina entre las mujeres, y de todos los que estaban presentes se fijó en Antínoo y le dijo:

«Antínoo, insolente y ruin, dicen que entre los jóvenes de tu edad eres el más sabio y prudente. Pero eres ambicioso y estás tramando la muerte de Telémaco. ¿Ya no te acuerdas de cuando tu padre vino aquí a refugiarse porque el pueblo se había enfurecido contra él? Querían matarlo, pero Odiseo se interpuso para evitarlo. Intervén tú ahora, deja tus maquinaciones y haz que los demás hagan lo mismo».

Quisieron calmarla entre todos, pero ella subió a retirarse. Allí lloró amargamente hasta que Atenea se le apareció, la de ojos brillantes, y le puso el sueño en los ojos.

En la majada comieron los tres, padre e hijo y Eumeo, que estaba de vuelta de la ciudad. Antes, por obra de Atenea, Odiseo había recuperado sus andrajos y su apariencia de mendigo para que el porquero no lo reconociera. Solo Telémaco y él conocían su secreto. Así, cómplices del plan que tenían en común y esperando la jornada siguiente, durmieron los dos entregados al sueño.

Canto XVII

Amaneció la Aurora de dedos de rosa, y Telémaco se calzó las sandalias, cogió la lanza y se fue a la ciudad a ver a su madre, y a Eumeo le dijo que llevara al mendigo a palacio para que pudiera comer de lo que le dieran los pretendientes.

En el palacio hubo revuelo de criadas al ver llegar al hijo de Odiseo. Penélope bajó enseguida, se echó en sus brazos y le comió a besos la cara, los ojos y las dos manos. Telémaco la consoló y le dijo que subiera, que se lavara, se vistiera de limpio y prometiera ofrendas a Zeus en señal de agradecimiento. «No me has contado si escuchaste algo sobre Odiseo, tu padre —se quejó ella». Y entonces él le refirió todo lo que Menelao le había dicho.

Los pretendientes, por su parte, seguían en el palacio con sus banquetes y juegos, lanzando el disco y la jabalina. Y en la majada, Odiseo y el porquero se pusieron en camino hacia la ciudad. Odiseo iba con sus andrajos y un zurrón muy raído, y le pidió a Eumeo un bastón para poder apoyarse. Cuando ya estaban llegando, oyeron la lira de Femio, el aedo, que se había puesto a cantar. «Parece que están de banquete —dijo el porquero—. No entremos los dos a la vez, no vaya a ser que se enfaden».

Y Odiseo le respondió:

«Ve tú delante y yo me quedo aquí fuera, que ya sé demasiado de piedras y palos. Luego entraré».

Estaba en la puerta su perro Argos, al que habría criado en la casa desde pequeño. Era un perro rápido y listo como ninguno, pero estaba lleno de pulgas, tumbado sobre el estiércol, que daba pena verlo. Cuando vio a su amo, se puso a mover el rabo, y a Odiseo se le escapó una lágrima.

Entró Eumeo al palacio y Telémaco, que enseguida lo vio, lo llamó para que se sentara a su lado. Al poco lo siguió Odiseo con una apariencia miserable, como un mendigo, y Telémaco le encargó al porquero que le llevara un trozo de carne y le dijera que debía pedir a los pretendientes,

pues no era bueno que un pordiosero tuviera vergüenza. Entonces Atenea se acercó a su lado y lo animó a que pidiera algo a cada uno de ellos para así poder conocer los que eran buenos y los que eran malvados, aunque ninguno iba a poder librarse de la muerte.

Los pretendientes le daban de lo que tenían y se preguntaban quién podría ser, hasta que Antínoo habló de esta manera:

«Porquero, ¿por qué has traído a este al palacio? ¿Es que no hay ya suficientes vagabundos y pordioseros aquí?».

Y Telémaco:

«¿Qué quieres, Antínoo? ¿Comértelo todo hasta reventar antes que dárselo a otro?».

Pero Antínoo le contestó:

«Telémaco, fanfarrón, ¿qué cosas estás diciendo? Si todos le dieran lo que yo, te aseguro que en tres meses no iba a venir por aquí».

Odiseo iba probando de lo que le daban, y cuando llegó a Antínoo, le dijo:

«Amigo, pareces el más noble de todos los aquí presentes, así que debieras darme tú más que ninguno. Te aseguro que haré que tu nombre sea famoso por toda la tierra. También yo fui rico y afortunado un día, pero Zeus, el hijo de Cronos, quiso cambiar mi destino».

Al oír estas palabras, Antínoo, enfurecido, le contestó:

«No sé qué dios enemigo será el que te ha traído hasta aquí, pero aléjate tú ahora mismo, que si estos quieren malgastar de lo suyo, yo no tengo intención de hacerlo».



Odiseo le echó en cara que no quisiera darle un poco de pan de lo mucho que había, a pesar de que no era suyo el banquete y estaba allí como simple invitado. Así que Antínoo se enfureció aún más, y cogió el escabel^[24] que tenía en los pies y se lo tiró. Le alcanzó en el hombro, pero Odiseo no se movió, como si fuera de piedra, y torció la cabeza meditando lo que habría de suceder. Tomó la palabra y dijo a los pretendientes:

«Por un mendrugo de pan con que llenar el estómago me ha golpeado. Por los dioses todos, que ojalá le alcance la muerte antes que su matrimonio».

Telémaco se dolía de ver lo que le estaba ocurriendo a su padre, y meditaba cuál sería su venganza. E incluso Penélope, que estaba en su habitación en compañía de sus criadas, se enteró de lo que había sucedido y deseó que Antínoo tuviera una muerte semejante a manos de Apolo. Ordenó a una de las criadas que fuera a por el porquero, para saber si el forastero podía tener noticias de su marido. Y Eumeo le contó lo que este le había dicho, que Odiseo estaba vivo en el país de los Tesprotos, y que pronto estaría de vuelta trayendo ricos tesoros.

Penélope enseguida quiso escucharlo de boca del propio mendigo, y mandó a Eumeo a por él, pero Odiseo dijo que los pretendientes estaban muy alterados por su soberbia, que Telémaco no les hacía frente y así era

mejor que ella se quedara en sus habitaciones hasta la puesta de sol, que entonces podrían hablar cuando ya estuviera sola.

Atardecía y era ya hora de regresar a la majada. Eumeo se marchó con la promesa de regresar a la mañana siguiente, y en el palacio, que estaba lleno de comensales, se reanudó el banquete y luego, ya anochecido, comenzó la danza y el canto.

Canto XVIII

Sucedió entonces que apareció un mendigo del pueblo, un hombre gordo, glotón y buen bebedor, que se llamaba Iro, y empezó a meterse con Odiseo. Quería echarlo de allí porque estaba ocupando el pórtico que solía ser suyo. Pero Odiseo no quería moverse y le dijo que había sitio para los dos, que era mejor para todos que no lo provocara, porque si no, acabaría por partirle la boca.

Iro no se quedó callado, sino que le respondió con estas duras palabras:

«¡Qué pronto habla esta vieja glotona! ¿Qué dirías si te sacase las muelas a golpes? Cíñete las ropas, que al menos parezca que quieres pelear».

Antínoo estaba encantado con la diversión que los pordioseros les habían traído. Entre risas comenzaron todos los pretendientes a hacer corro alrededor de los dos para ver la disputa, y entonces Odiseo les hizo jurar que nadie intervendría a favor de Iro fuera cual fuera el rumbo de la pelea. Se ciñó la túnica y dejó ver sus poderosos brazos y entonces todos quedaron maravillados. A Iro se le cambió la cara, pero fue él quien primero golpeó. Le dio a Odiseo en el hombro con todas sus fuerzas, pero ni siquiera se estremeció. En cambio este le devolvió tal puñetazo en el cuello bajo la oreja, que le partió por dentro los huesos, e Iro cayó al suelo gritando y escupiendo sangre por la boca. De un pie lo arrastró hasta la entrada del patio y le puso el bastón en las manos diciendo:

«Quédate ahí a espantar a los perros y no te metas donde no te llaman, no sea que te busques un mal mayor».

Entonces Atenea, la de ojos brillantes, se acercó al oído de Penélope a sugerirle que bajara a la sala. Sin embargo, antes de que lo hiciera, se le acercó de nuevo y le infundió un sueño en los ojos para que durmiera, y cuando estaba dormida le derramó divina belleza para que fuera admirada por todos. Le hizo resplandecer la cara de hermosura como resplandece la de la propia Afrodita, y también la hizo más alta y esbelta, y blanca como el marfil. Así se hizo presente Penélope entre los pretendientes en

compañía de su servidumbre, y les temblaron las rodillas a todos, y el deseo de acostarse con ella les hechizó el corazón.



Preguntó por lo que había ocurrido y al conocer la disputa entre los mendigos, reprendió a su hijo por permitir que se ultrajara a un forastero acogido a sagrada hospitalidad.

Telémaco, abrumado por las palabras de su madre, le contestó:

«Madre, apenas he dejado de ser un niño. Estoy rodeado de todos estos insolentes que maquinan maldades contra nosotros, y me asusta no tener quien me ayude. Ojalá doblaran la cabeza aquí mismo con ayuda de los dioses como lo ha hecho Iro hace un momento».

Entonces uno de los pretendientes, Eurímaco, dijo así:

«Si pudieran verte ahora los griegos, muchos más serían los que querrían cortejarte, pues eres hermosa como ninguna».

Pero Penélope le contestó:

«El día que se fueron los griegos a Troya y mi marido con ellos, se acabó para mí la belleza. Solo he conocido desgracias. Al partir me dijo Odiseo que no sabía si volvería, y que si llegaba el momento en que Telémaco tenía ya barba y no había regresado, debería tomar otro marido. Ahora me cortejan los pretendientes como a una mujer noble, hija de un hombre rico, pero no traen regalos como corresponde, sino que vienen aquí a comerse mi hacienda».

Odiseo se llenó de alegría de oírla hablar de aquella manera. Los pretendientes, por su parte, enviaron a los criados a que trajeran regalos, y Antínoo presentó un hermoso vestido bordado con doce hebillas de oro, y

Eurímaco un collar de ámbar y oro que resplandecía como el sol. Luego bailaron y bebieron hasta la noche.

Cuando era ya tarde, el astuto Odiseo dijo a las criadas que se retiraran arriba con su señora para hacerle compañía, pero una de ellas, de nombre Melanto, le habló con estas palabras:

«Desgraciado, podrías estar durmiendo en la calle, pero vienes aquí y hablas con desvergüenza delante de todos. Ten cuidado, no venga uno más fuerte que Iro y te dé un escarmiento».

Odiseo se volvió a ella con fiera mirada y le dijo:

«¡Perra!, voy a ir a contarle a Telémaco lo que estás diciendo, para que venga y te haga pedazos».

Y entonces los pretendientes se desataron en insultos de toda clase contra Odiseo. Eurímaco fue el primero. «Parece que este forastero se cree un dios —dijo—. Mirad cómo se le ilumina la calva con las antorchas, como si despidiera rayos de luz». Y después se dirigió a él preguntando: «¿No querrías trabajar en mis campos por un jornal? Aunque ahora que has aprendido a mendigar no creo que te guste el trabajo».

Y Odiseo le respondió:

«Podría hacer el trabajo del campo mejor que cualquiera, y empuñar una lanza si Zeus moviera una guerra. Eres arrogante porque estás rodeado de gente mediocre. Presumes de fuerte y valiente, pero si volviera Odiseo se te quedaría pequeña la puerta del palacio para salir corriendo por ella».

Eurímaco se enfureció aún más, y entonces cogió un escabel y se lo tiró a Odiseo, aunque no lo alcanzó. Le dio a uno de los criados que servían el vino. Le tiró la jarra con un gran estruendo y los pretendientes se iban enfureciendo cada vez más por culpa del mendigo que había venido a sembrar la discordia.

No obstante, Telémaco intentó apaciguarlos y les dijo que volvieran a casa, que era tarde y parecía que algún dios los hubiera alterado. Y aunque los pretendientes en un principio se resistieron y tuvieron que morderse la lengua para callar, finalmente obedecieron y tomaron cada uno el camino de su casa para dormir.

Canto XIX

Odiseo se quedó, y con el consejo de Atenea empezó a preparar la muerte de los pretendientes. Llamó a Telémaco y le dijo:

«Coge las armas y guárdalas bajo llave. A los pretendientes, si te preguntan, puedes decirles que aquí junto al fuego se han llenado de hollín, y que además con tanta pelea y bebiendo podrían ser motivo de algún disgusto».

Telémaco obedeció y luego subió a acostarse, pero Odiseo se quedó para poner sus planes en marcha. Melanto, la criada, lo vio, y otra vez fue a meterse con él y le dijo que si se quedaba para espiar a las mujeres o robar comida, más le valía irse, si no quería que lo echaran de mala manera.

La oyó Penélope y la maldijo por obrar con el forastero de aquella manera. Luego dio orden de que lo llamaran a su habitación. Así que llegó el propio Odiseo, se sentó en una silla que le habían preparado, y a las preguntas de la divina Penélope, empezó a contar quién era y de dónde venía. Repitió la historia de que era de Creta y que había conocido a Odiseo en Troya, porque también él había ido allí con la tropa de su país. Mezclaba las verdades y las mentiras con habilidad, y a Penélope se le saltaban las lágrimas. Entonces ella le pidió más detalles, y Odiseo le describió el manto que llevaba cuando lo vio, bordado con un cervatillo y un perro de cacería, y también la túnica y las armas todas.

Penélope ya no pudo más y rompió a llorar como la cumbre que deja correr el agua con el deshielo. Había reconocido las ropas que ella misma le había entregado el día de su despedida. Sin embargo, Odiseo le pidió que dejara de llorar, porque había oído que su marido estaba en el país de los Tesprotos y ya venía de camino con el tesoro que había conseguido reunir.

«Te aseguro que en el plazo de un mes habrá regresado» —le dijo. Pero ella no daba crédito a sus palabras. Creía firmemente que Odiseo ya no volvería, y entonces le contó que estaba afligida por su ausencia tan

larga, y acosada además por la insistencia de los pretendientes que querían a toda costa que se decidiera ya por alguno de ellos. Le contó cómo los había engañado con la promesa de elegir marido el día que terminara el sudario^[25] que estaba tejiendo para su suegro Laertes, y cómo había estado tres años tejiendo y destejiendo a sus espaldas hasta que la descubrieron por culpa de una de sus esclavas. «Ahora no encuentro ya la manera de evitar la boda y he de elegir por esposo a uno de estos que se pasan el día divirtiéndose y comiendo a mi costa» —le dijo.

Era tarde y por fin Penélope quiso que el forastero pudiera acostarse como merecía, así que llamó a una criada anciana que llevaba muchos años en casa, y le ordenó que lavara al huésped y le preparara la cama.

Euriclea era el nombre de la criada y había servido a Odiseo desde pequeño. Este tenía en la pierna una cicatriz por una mordedura de jabalí de un día que iba de caza, y al verla la anciana cuando lo estaba lavando, enseguida lo reconoció. Tanta alegría le dio que al soltarle la pierna y caer de espaldas sobre el caldero, derramó toda el agua por el suelo de la habitación.

«Eres Odiseo, sin duda, hijo mío. No te había reconocido hasta ahora —le dijo».

Pero él le tapó la boca diciendo:

«Calla, mujer, que no me descubran, porque si lo hacen, y con ayuda de los dioses soy capaz de dar muerte a los pretendientes, no habrá tampoco perdón para ti por mucho que me hayas criado».

Euriclea recogió el agua y volvió a llenar el caldero para lavarlo, y cuando terminó, lo vistió de nuevo con sus andrajos y lo acercó al fuego que se calentara. Todavía volvió Penélope a preguntar al forastero el significado de un sueño que había tenido. El sueño era así: tenía veinte gansos en casa que daba gusto verlos comer, y entonces bajó un águila de las montañas y a todos los dejó muertos. Aun dormida como estaba, gritaba y lloraba por ellos, pero volvió el águila y, posada sobre el tejado, decía con voz humana: «Esto que has visto no ha sido sueño, sino realidad que habrá de cumplirse. Los gansos eran los pretendientes, y el águila soy yo mismo, tu propio marido Odiseo, que vengo a dar muerte a los pretendientes». Cuando el sueño se desvaneció, volvió a ver a los gansos comiendo en el palacio.

Entonces ella le contó cómo pensaba resolver el dilema que tanto tiempo había estado retrasando. Su plan consistía en convocar un concurso

entre todos los pretendientes para ver cuál de ellos era más hábil con el arco. Clavaría una hilera con doce hachas de doble filo sin mango, y concedería su mano a aquel que consiguiera disparar una flecha a través del agujero de todas ellas.

Odiseo, cuando conoció cuál era su plan, ardió en deseos de que llegara el momento. «No te preocupes, tu marido llegará antes incluso de que hayan podido ellos siquiera tensar el arco». Y cuando subió a sus habitaciones, volvió Penélope a llorar por su marido ausente hasta que Atenea, la de ojos brillantes, puso el sueño en sus párpados.

Canto XX

Odiseo se acostó en el vestíbulo, pero no pudo dormir. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a cómo se enfrentaría a los pretendientes. Luego las mujeres que pasaban la noche con ellos salieron bromeando y armando jaleo. A Odiseo le ladraba el corazón en el pecho como una perra que ladra para proteger a sus cachorrillos, y se golpeaba con furia diciendo:

«Aguanta, corazón, que ya aguantaste contra el Cíclope y entonces creías que nada te salvaría de la muerte».

Bajó Atenea a su lado y le preguntó por qué no podía dormir y él le contestó:

«¿Cómo voy a dormir, si tengo que enfrentarme a tantos siendo yo uno solo? ¿Y en caso de que lograra matarlos, adónde podría huir?».

Y ella lo consoló con estas palabras:

«Cincuenta compañías de hombres que vinieran para matarte nada podrían contra ti, así que procura dormir que falta te hace».

Sin embargo, cuando estaba a punto de coger el sueño, Penélope despertó y comenzó a llorar arriba y ya enseguida amaneció la Aurora de dedos de rosa. Odiseo pensaba si lo habría reconocido, y no podía quitárselo de la cabeza. Así que se levantó, recogió sus mantas y salió afuera, y levantando los brazos al cielo suplicó a Zeus que le enviara una señal para que supiera cuál era su voluntad.

Enseguida tronó en el cielo y Odiseo se alegró al oírlo. Luego vino la profecía de boca de una de las doce molineras que trabajaban en el palacio moliendo el grano. Era más lenta que las demás y por eso se acostaba siempre más tarde. Se puso de pie y dijo:

«Zeus padre, que reinas sobre dioses y hombres, concédeme esto que te voy a pedir, que coman hoy por última vez en el palacio los pretendientes que tanto trabajo me dan, que sea la de esta noche su última cena».

Odiseo quedó contento con las palabras de la molinera, y ya en el palacio comenzó el trasiego de las criadas, que por orden de Euriclea se

pusieron a baldear y barrer el patio, encender el fuego, traer agua y preparar las mesas para cuando se reanudara el banquete. También Telémaco se levantó, y calzado y vestido, se fue a la plaza, con su lanza en la mano, seguido por dos de sus perros. Allí encontró a los pretendientes que seguían con sus maquinaciones, pero al rato volvieron todos al palacio para comer, y cuando tomaron asiento, él tuvo la precaución de sentar a su padre en una silla junto a la puerta, y luego les rogó a todos que dejaran las disputas de lado. Atenea, sin embargo, que andaba por allí, no dejó que se contuvieran del todo, para que la ira de Odiseo siguiera creciendo.

En eso tomó la palabra un tal Ctesipo de la isla de Same y dijo:

«Escuchadme. No es justo que dejemos sin comer al huésped de Telémaco, que es quien nos acoge en su casa. Le daré yo también un regalo de hospitalidad». Cogió una pata de buey y la tiró con tal fuerza que dio en el muro después de que Odiseo la esquivara. Odiseo se sonrió irónicamente, pero Telémaco, que estaba muy enojado, dijo:

«Suerte has tenido de no darle, porque si él no la hubiera esquivado, te habría traspasado yo con mi lanza, y en lugar de boda, tu padre habría tenido que ocuparse de tu funeral».

Eso fue lo que dijo, y entonces se hizo el silencio y nadie se atrevió a abrir la boca. Luego, poco a poco, algunos pidieron a Telémaco que se calmara. Y finalmente Agelao, el hijo de Damástor, le dijo que, como su padre ya no iba a volver de ninguna manera y el tiempo estaba cumplido, debía obligar a su madre a decidirse ya por alguno de ellos.

Telémaco intentó razonar, justificar la actitud de su madre, pero en ese momento intervino Atenea levantando tal locura de risas endemoniadas en los pretendientes, risas de llanto mezcladas con los bocados de carne sanguinolenta que se traían entre los dientes, que alguno abandonó el palacio entendiendo el presagio de muerte que se venía sobre todos ellos.



Canto XXI

Fue Atenea la que puso en Penélope la idea del concurso de tiro con arco para que con él diera comienzo la matanza. La mujer fue a su habitación y descolgó el arco de Odiseo de la pared. Lo sacó de su funda y sentada lloró sobre él. Luego que se hubo desahogado en el llanto, bajó a la sala y habló de esta manera:

«Escuchad, nobles pretendientes. Estáis aquí desde hace tiempo en mi casa esperando que elija marido. Pues bien, esta es la prueba que os propongo: cogereis el arco de Odiseo y aquel que sea capaz con él de pasar una flecha por el ojo de doce hachas puestas en fila, ese será el elegido».

Así habló, y ordenó a Eumeo que ofreciera el arco a los pretendientes, pero este, al tenerlo en las manos, no pudo contener las lágrimas, y entonces Antínoo dijo:

«Ahora os ponéis a llorar, cuando lleva Odiseo tantos años ausente. Salíos afuera, si queréis, o quedaos aquí a comer, pero vamos, pasad el arco, para que probemos».

Y es que Antínoo estaba ansioso por empezar, porque tenía la esperanza de salir victorioso, sin saber que él sería el primero en morir.



También Telémaco se mostró dispuesto a probar, y fue el encargado de poner las hachas en fila y alinearlas con una cuerda. Luego dejó el arco en el suelo y animó a los pretendientes a empezar el concurso. Debían comenzar por la derecha según estaban sentados desde el sitio donde era

servido el vino, así que el primero en probar fue Leodes, el hijo de Enopo. Cogió el arco, tiró de la cuerda, pero fue incapaz de tensarla. «No puedo —dijo—, que pruebe otro. Este arco matará a muchos de los que estamos aquí, conque será mejor que lo deje». Y lo puso en el suelo. Pero entonces intervino Antínoo de esta manera:

«¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Solo por el hecho de que tú no puedas tensarlo vamos a tener que morir?».

Entonces ordenó al cabrero que entrara a por un poco de grasa para untársela al arco y calentarlo con idea de que así pudieran tensarlo más fácilmente. Encendieron fuego y lo calentaron, pero los jóvenes lo intentaban y no eran capaces.

Entretanto salieron Odiseo, Eumeo, el porquero y otro pastor, y cuando ya estaban fuera, Odiseo les preguntó:

«¿Qué pasaría si se presentara aquí de repente el mismísimo Odiseo? ¿Os pondríaís de su parte o de la parte de los pretendientes? Decídmelo de corazón».

Y los dos contestaron de la misma manera, que ojalá los dioses quisieran devolverlo a su patria, porque no había amo como él. Entonces ya no lo ocultó por más tiempo. Les dijo que él era Odiseo, que había conseguido por fin volver a su casa después de muchas calamidades. Les anunció también lo que tenía que suceder, y les prometió como recompensa una esposa y fincas, y un lugar a su lado junto a su hijo. Se quitó los andrajos para que vieran la cicatriz, y entonces lo reconocieron. Abrazados lo besaron y lloraron emocionados. Y habrían seguido así, si Odiseo no hubiera querido contenerlos. Les ordenó que entraran por separado a la sala, que detrás entraría él; Eumeo debía coger el arco y las flechas para dárselos cuando fuera el momento, y el pastor cerraría las puertas asegurándolas con una cadena.

Estaban comiendo las carnes del sacrificio y bebiendo vino en la sala, cuando Odiseo hizo su entrada. Tomó la palabra y dijo:

«Escuchad, pretendientes. ¿Por qué no me dejáis que pruebe yo también con el arco, a ver si me quedan las fuerzas de cuando era más joven?».

Y Antínoo le increpó diciendo:

«Forastero, desgraciado, ¿es que no te basta con poder estar aquí con nosotros y comer de la misma comida como uno más? No te metas en lo que no es cosa tuya, y de esa manera te evitarás males mayores. Bebe

tranquilo y no quieras rivalizar con gente más joven que tú, que si lo haces, no habrá nadie que te defienda».

Penélope, que estaba oyendo, no quiso dejar que maltrataran al huésped, así que dijo a Antínoo que el deber de hospitalidad los obligaba a dar al forastero la misma acogida que a cualquier otro que llegara al palacio. «¿Crees que me llevará como esposa si consigue disparar el arco? —le preguntó—. Estate tranquilo, ni él mismo tiene esa esperanza».

Pero Telémaco le habló así:

«Madre, debe ser cosa mía entregar el arco a quien yo quiera. Solo a mí corresponde, así que vete a tu habitación y ponte a tus cosas, el telar y la rueca, y ordena a tus criadas que hagan lo mismo, que esto es cosa de hombres».

Asombrada se fue Penélope a su habitación llevando en su pecho las palabras de su hijo, y arriba lloró a Odiseo una vez más hasta que el sueño de Atenea la venció.

Entretanto, Eumeo cogió el arco y las flechas según estaba acordado, y los pretendientes al verlo se burlaron de él. «¿Adónde llevas el arco?, porquero. Los perros que has criado con tus cochinos te habrán de comer si los dioses están de nuestro lado».

Eumeo, asustado, dejó el arco en el suelo, pero Telémaco se hizo valer y le dijo que siguiera adelante, que su palabra estaba por encima de todos los que estaban allí. Los pretendientes lo recibieron con risas, pero con eso dejaron que el porquero siguiera adelante y cruzara la sala hasta donde estaba Odiseo.

El pastor salió silenciosamente, cerró las puertas y las aseguró con cadenas, y al volver ya estaba Odiseo con el arco en las manos probándolo por todas sus partes, no fuera que la carcoma lo hubiera atacado. Luego cogió con su mano derecha la cuerda, la tensó y la hizo sonar como el canto de una golondrina. Todos quedaron mudos. Zeus tronó de aprobación en el firmamento y entonces Odiseo cogió una flecha que había en la mesa, la puso en la cuerda y desde su misma silla, sin levantarse siquiera, la disparó. Ni una sola de las hachas rozó, todas las atravesó hasta la última con su flecha de bronce, y Telémaco entonces se vino a su lado, se ciñó la espada, cogió su lanza y se quedó de pie junto a él, armado, todo resplandeciente.



Canto XXII

En ese momento Odiseo se levantó, se quitó los andrajos y, echando al suelo delante de todos las flechas que había en el carcaj, dijo:

«Ahora que ha terminado el concurso, voy a ver si acierto otro blanco que no ha alcanzado nadie hasta ahora».

Así dijo, y levantó el arco para apuntar a Antínoo que estaba de pie con una copa en la mano. No pensaba en la muerte. ¿Cómo iba a pensar que sería allí mismo y por mano de uno de aquellos? Odiseo le acertó en la garganta. En el instante en que la flecha lo atravesó, la copa cayó de su mano y un chorro de sangre salió brotando de su nariz. Apartó la mesa y los platos, y el pan y la carne rodaron al suelo.

Se produjo un enorme tumulto. Los pretendientes se levantaron buscando armas a su alrededor pero no había nada. «Has hecho mal en matar a quien era el mejor de nosotros. Para ti ya no habrá más concursos. Aquí mismo te comerán los buitres —dijeron». En realidad creían que no había sido a propósito, no se daban cuenta los insensatos de que sobre ellos pendía la misma amenaza.

Y dijo entonces Odiseo:

«Perros, creíais que no regresaría de Troya cuando andabais aquí forzando a mis esclavas, comiendo de lo que es mío o cortejando a mi esposa. Ahora la muerte se cierne sobre vosotros».

Blancos de miedo quedaron y buscaban por dónde escapar, pero no había salida. Y Eurímaco dijo:

«Si es cierto que eres Odiseo, tienes razón al denunciar las atrocidades que aquí se han cometido. Pero ya ha muerto el culpable, Antínoo, que era el causante de todo. Deja que nos vayamos, perdónanos y te compensaremos».

Y Odiseo le contestó:

«Ninguna riqueza podría evitar mi venganza. Así que ahora pagaréis por todo. Solo os queda luchar contra mí o huir, si es que podéis».

Temblaron de miedo, pero ahora Eurímaco los animó a coger las espadas y hacerle frente antes de que acabara con ellos. Y él mismo sacó su espada y con un grito terrible arremetió contra Odiseo. Este disparó de nuevo su arco y le alcanzó en el pecho. La espada se le cayó de la mano y se derrumbó contra una mesa derribándolo todo. Luego otro de los pretendientes se abalanzó contra él, pero Telémaco lo atravesó por detrás con su lanza. Se la dejó clavada asomando en el pecho y fue corriendo a su padre diciendo:

«Padre, traeré espada y escudos para defendernos».

Y Odiseo:

«Corre antes de que se me acaben las flechas».

Mientras quedaron flechas, fue derribándolos uno por uno. Después se puso un escudo a la espalda para protegerse y cogió dos sólidas lanzas. Agelao pidió que buscaran ayuda en la gente de afuera por una ventana, pero alguien avisó de que habían guardado las armas en la despensa y corrieron allí. Entonces sí que le temblaron las piernas a Odiseo cuando vio que regresaban armados. También Eumeo y el otro pastor llegaron con armas dispuestos para luchar, y con ellos ya fueron cuatro para hacerles frente. Y llegó por fin Atenea con la apariencia de Méntor.

Odiseo se alegró de verla. «Aleja de nosotros esta desgracia —le suplicó». Pero ella, que no quería regalarle una victoria tan fácil sin ponerlo a prueba, le dijo:

«¿Qué hay de la fuerza con que peleaste nueve años seguidos en Troya? ¿Cómo es que vienes a suplicarme? Ven aquí y ponte a mi lado, que peharemos juntos».

Pero echó a volar con forma de golondrina y dejándolo solo se posó en una viga. Agelao, al ver que Méntor desaparecía, intentó animar a sus compañeros. Quedaban Euríno, Anfimedonte, Demoptólemo, Pisandro y el prudente Pólipo entre los mejores. «Vamos, ataquémosle ahora que Méntor se ha ido —les dijo—. Disparad vuestras lanzas todos a una, que si es voluntad de Zeus acabaremos con él».

Y dispararon, pero Atenea los hizo fallar. Uno dio en la columna, otros en la puerta y los demás en el muro. Ahora fue el turno de Odiseo de arengar a los suyos. «Disparemos también nosotros antes de que nos maten» —los animó. Y los cuatro dispararon sus lanzas contra ellos. Odiseo mató a Demoptólemo; Telémaco a Euríades; Eumeo, el porquero, a Elato, y a Pisandro, el otro pastor.

De nuevo dispararon sus lanzas los que quedaban de los pretendientes, y de nuevo Atenea hizo que la mayoría no alcanzara su blanco. Telémaco sufrió un rasguño en la mano esta vez y Eumeo, en el hombro. Siguieron cruzando sus armas unos y otros hasta que Atenea levantó su égida^[26], perdición para los mortales, y sembró el pánico. Los pretendientes huyeron por el palacio como ganado, y los otros, como buitres que sobrevuelan el valle, cayeron sobre ellos.

Era horrible escuchar los gritos y ver la sangre correr. Entonces Leodes se echó al suelo y, agarrándose a las rodillas de Odiseo, le suplicó. «Ten compasión de mí. Nunca ofendí a tu esposa ni a ninguna de las mujeres. Es más, intentaba convencer a los otros de que no lo hicieran».

Pero Odiseo le contestó:

«Seguro que deseabas que tardara mucho en volver para poder seducir a mi esposa y que te diera hijos. Por eso no escaparás a la muerte».

Cogió la espada que estaba en el suelo, la que Agelao había dejado al caer, y le atravesó el cuello cuando todavía estaba hablando. También Femio, el aedo, se arrodilló suplicante, y Odiseo lo habría matado, si Telémaco no hubiera intercedido por él. Registró entero el palacio por si quedaba alguno con vida, pero no encontró a nadie. Todos yacían en el suelo entre el polvo y la sangre, y eran tantos como los peces en la red de un pescador. Se paseó entre los cuerpos ensangrentados como un león después de su cacería, con brazos y piernas manchados de sangre, y entonces hizo llamar a Euriclea, la criada.



Llegó gritando, horrorizada de ver el sangriento espectáculo, pero Odiseo la mandó callar y le dijo:

«Anciana, el destino se ha cumplido sobre estos porque no respetaban ni a dioses ni a hombres. Dime ahora de las mujeres de aquí quiénes son inocentes y quiénes son culpables de deshonrarme».

Y Euriclea le contestó:

«De las cincuenta esclavas que tenemos en el palacio, doce se han comportado con desvergüenza desoyéndonos a tu esposa y a mí. Deja que suba y la despierte a ella para que lo sepa».

Pero Odiseo no quiso que la despertara. Le ordenó que llamara a las doce, y también a Telémaco, a Eumeo y al pastor, para que fueran sacando los cadáveres, y ellas pudieran limpiar. Luego dio orden a su hijo de que, una vez limpio el palacio, sacaran a las esclavas afuera, junto a la rotonda del patio, y las mataran a espada por acostarse con los pretendientes.

Cuando todo estaba ya limpio, reunieron a las esclavas y las encerraron en una habitación para impedir que huyeran. Luego las sacaron a la rotonda. Pero Telémaco se sentía incapaz de pasarlas a espada, así cogió una maroma de barco y las amarró a la rotonda de manera que no les alcanzasen los pies al suelo. Como pajarillos en una red, así murieron de la manera más vergonzosa, con la maroma al cuello, colgadas y agitando los pies durante su breve agonía.

Luego purificaron con azufre el palacio, y entonces Euriclea, por fin, fue a buscar a Penélope.

Canto XXIII

Todavía estaba dormida y, cuando Euriclea la despertó, no creyó lo que le estaba contando. Pensó que se había vuelto loca, que los dioses la habían trastornado o que se estaba burlando de ella. Pero la criada insistió. Le contó que Telémaco ya lo sabía, que los dos habían estado planeando la venganza, y así Penélope ya no pudo reprimir su alegría. Saltó de la cama y fue a abrazar a la vieja criada con lágrimas en los ojos.

«Vamos, Euriclea. Dime si es verdad lo que cuentas, y si es así, dime cómo han conseguido acabar con los pretendientes». Todavía se resistía a creerla. «Sabes cuánto me alegraría que fuera cierto, pero tiene que ser que algún dios irritado ha querido castigar su insolencia. Odiseo debe de haber muerto».

Euriclea no sabía qué decir. «¿Cómo puedes negarlo, si está aquí mismo, en tu casa? Eres desconfiada, te daré una prueba. Yo mismo, al lavarlo, le vi la cicatriz que tenía de una dentellada de jabalí. Quise decírtelo, pero no me dejó, porque tenía un plan que seguir. Ven y podrás verlo tú misma. Y dame la peor muerte que se te ocurra, si es que te engaño».

Y Penélope le contestó:

«Querida criada, es difícil conocer la voluntad de los dioses por muy lista que seas. Pero vayamos a ver a mi hijo y a los pretendientes muertos, si eso es lo que quieres».

Bajó a la sala pensando qué haría cuando lo viera, si antes le preguntaría o se acercaría a besarlo y lo tomaría de las manos. Y cuando pasó el umbral de piedra y lo tuvo delante, se sentó frente a él junto al fuego. Odiseo estaba esperando que ella dijese algo, sin mirarla, con la vista en el suelo, pero ella guardó silencio durante un rato, incrédula a veces, incapaz de reconocerlo.

Entonces Telémaco dijo:

«Madre, ¿cómo puedes ser tan cruel? ¿Por qué no te acercas a él y le hablas? Ninguna mujer se comportaría como tú, después de todo lo que ha

padecido estos veinte años que lleva fuera».

Y ella le contestó:

«No puedo decir una sola palabra, ni mirarle a la cara siquiera. Si es verdad que es Odiseo, nos reconoceremos los dos cuando estemos juntos por señales que nadie conoce».

Y Odiseo se sonrió y dijo:

«Deja a tu madre, que sucio y harapiento como estoy, no parezco yo mismo. Te diré lo que haremos. Primero lavaos y vestíos de limpio y ordenad a las criadas que hagan lo mismo. Llamad al aedo y que cante y toque la lira para que fuera crean que hay boda y no se corra la noticia de que han muerto los pretendientes antes de que nosotros salgamos».

Cuando la música empezó a sonar, uno que pasaba dijo:

«Seguro que ya se ha casado. La desdichada no tuvo valor para guardar su casa hasta que su esposo volviera».

Se arreglaron como Odiseo había dicho, y él mismo se lavó y se vistió con túnica nueva y manto, y Atenea derramó su gracia inmortal sobre él para que apareciera alto y robusto, y su cabeza se adornara de rizos hermosos como flor de jacinto. Luego se sentó en su sillón en la sala y dijo a su esposa:

«No hay mujer con el corazón más duro que tú. Ninguna se habría mantenido alejada de un marido que regresa a casa después de veinte años de calamidades».

Penélope le contestó que sabía muy bien cómo era ella para lo bueno y para lo malo, y entonces ordenó a su criada que sacara la cama de su habitación y allí se la preparara. Pero entonces se irritó Odiseo de tal manera, que le habló con estas palabras:

«Mujer, ¿quién ha movido la cama de su sitio? Esa cama la hice yo con mis propias manos de madera de un olivo que había en el patio. Y levanté el dormitorio a su alrededor y le hice las puertas. Yo mismo corté la madera, la pulí y la adorné con oro, plata y marfil. Esa es mi señal para que no dudes quién soy, y he de decirte que no puedo estar seguro de si algún otro hombre ha dormido en ella contigo».

Penélope no pudo resistir más. Corrió llorando hacia él, le echó los brazos al cuello y le besó la cabeza, suplicándole que no se enojara. Ya no dejó de mirarlo ni se soltó de su cuello, y así les habría amanecido la Aurora de dedos de rosa, si Atenea no hubiese tenido aún un último plan.

Y dijo Odiseo:

«Mujer, todavía nos queda otra prueba. Así me lo avisó Tiresias el día que bajamos a los Infiernos. Me dijo que debía andar hacia el interior con un remo al hombro hasta encontrar un caminante que no supiese qué era lo que llevaba. Me dijo que debía clavar el remo en tierra allí mismo y volver a casa después para hacer sacrificios a Poseidón, que así podría llevar una vida tranquila hasta la vejez».

Se quedaron hablando los dos hasta tarde. Telémaco y los demás se acostaron, y ellos después de gozar del amor, se contaron sus penas. Ella le habló de cómo había padecido el acoso y la insolencia de los pretendientes, y él le contó las mil aventuras que había vivido en tierra de los Lotófagos, con el Cíclope y en casa de Eolo, y después en el país de los Lestrigones; cómo por consejo de la maga Circe bajó a los Infiernos y pasó por Escila y Caribdis; y cómo después llegó a la isla donde pacen las vacas de Helios que provocaron la muerte de sus compañeros; y finalmente le contó el relato del tiempo que pasó retenido por la ninfa Calipso, y de cómo los feacios lo trajeron de vuelta a casa.

Esas fueron sus últimas palabras. Después el sueño desató de su corazón todas las preocupaciones.



Canto XXIV

Hermes, el dios que conduce a los muertos, llamó a las almas de los pretendientes. Las llevó más allá del Océano y de la roca de Léucade, atravesaron las puertas de Helios y el país de los Sueños, y finalmente llegaron a la pradera donde viven las almas, que son imágenes de los difuntos. Por allí vagaban Aquiles y su amado Patroclo, y también Agamenón, el hijo de Atreo, y se sorprendieron de verlos llegar todos juntos de la mano de Hermes. Agamenón, que conocía a Anfimedonte, porque había sido su huésped, se dirigió a él con estas palabras:

«¿Qué ha pasado para que hayan venido hasta aquí nobles jóvenes como vosotros? —le preguntó—. ¿Ha sido Poseidón, que os hizo caer víctimas de un naufragio? ¿O fue el enemigo en algún hecho de guerra?».

Y Anfimedonte le contó punto por punto cómo había sucedido todo desde el principio, desde que Odiseo se marchó y empezaron a cortejar a su esposa. Y cuando llegó al momento en que este había disparado su arco contra Antínoo y luego contra los demás, le dijo:

«Era evidente que alguna divinidad le ayudaba, pues disparaban desde ambos lados de la sala, y los que caían gritaban horriblemente y había sangre por todos los lados. Así fue como morimos. Todavía están los cadáveres por el suelo sin sepultar, pues la noticia no ha llegado a nuestros parientes».

Y dijo entonces Agamenón:

«Dichoso tú, astuto Odiseo, que has podido recuperar a tu esposa. No habrá otra como Penélope, que te supo esperar tanto tiempo sin olvidarse de ti. Jamás se perderá su fama. Los inmortales inspirarán a los hombres cantares para celebrar su virtud».

Mientras tanto, Odiseo bajó con los suyos de la ciudad para ver a su padre Laertes, que estaba en el campo. Vivía en un casa rodeada de cultivos en compañía de sus esclavos y de la criada que lo cuidaba. Dejó a Telémaco en la casa con los esclavos y las armas con ellos, y fue a ver a su padre solo, por ver si lo reconocía. No había nadie con él. Estaba

trabajando en el huerto vestido con un manto cosido a remiendos, unos calzones y una gorra de piel de cabra. Cuando lo vio tan viejo, se apartó detrás de un árbol y se puso a llorar. Dudó entre echarse en sus brazos, besarlo y contarle toda su historia, o seguir con la prueba como tenía pensado, pero finalmente se fue directamente hacia él y le dijo:

«Viejo, parece que conoces tu oficio. Tienes el huerto muy bien cuidado. ¿Podrías decirme quién es tu amo? ¿Quién es el dueño de todo esto? Acabo de llegar y quisiera saber si estoy en Ítaca como me han dicho. Una vez tuve en mi casa un hombre que decía ser de aquí, hijo de Laertes. Lo traté como huésped y le di toda clase de regalos y entre ellos cuatro mujeres, las que más le gustaron».

Y su padre, con lágrimas en los ojos, le contestó:

«Es cierto que has llegado a la tierra de Ítaca. Pero ahora está en manos de gente insolente. De poco te servirá aquel al que tuviste en tu casa y los regalos que dices que le entregaste. Pero, vamos, dime. ¿Cuántos años hace que diste hospitalidad a ese huésped tuyo? Yo tenía un hijo, al que perdí hace tiempo en el mar, o puede que en alguna tierra lejana, y ni su madre ni yo ni su esposa Penélope le hemos podido dar sepultura como es debido. Dime ahora quién eres y de dónde vienes».

Y dijo Odiseo así:

«Soy de Alibante, hijo del rey Afidante, y mi nombre es Epérito. Hace cinco años que Odiseo marchó de mi casa. Los dioses le eran favorables y confiaba en que volveríamos a vernos».

Una nube de negro dolor envolvió a Laertes. Cogió un puñado de tierra, se lo echó por encima de la cabeza en señal de duelo, y rompió a llorar amargamente. Odiseo entonces se conmovió, saltó sobre él a besarlo y le dijo:

«Soy yo, padre, tu hijo. Hace veinte años que me marché y he vuelto. Pero no llores porque he matado a todos los pretendientes en venganza por sus ofensas».

«Si de verdad eres Odiseo, dame una señal para que te reconozca — dijo Laertes». Y al enseñarle él la mordedura del jabalí, ya no hubo lugar a las dudas. Le temblaron las rodillas de pronto, le vino un desmayo y Odiseo tuvo que recogerlo en sus brazos.

Esa tarde hubo celebración en la casa del campo, en compañía de Telémaco y los demás, y mientras comían el pan de su casa, se extendió por la ciudad el rumor de la muerte de los pretendientes. Llegaban los

parientes gritando a las puertas del palacio y se llevaban a los suyos para enterrarlos. Y a los que eran de fuera los embarcaban rumbo a su patria. Se reunieron todos en la plaza de la ciudad, y Eupites, el padre de Antínoo, dijo que Odiseo merecía castigo, que se había llevado a los mejores hombres a Troya y había vuelto solo, y que ahora a su regreso había matado además a lo más escogido de la juventud de la isla. «Sería una deshonra —dijo— no vengar la muerte de nuestros hijos y hermanos. Preferiría morir ahora mismo a seguir con vida de esa manera».

Se levantó un gran tumulto en la asamblea, y buena parte de ella corrió a empuñar las armas. Una vez que estuvieron armados, se congregaron en campo abierto delante de la ciudad con el propio Eupites a la cabeza dispuesto a vengar la muerte de su hijo.



Entonces Atenea, la de ojos brillantes, dijo a su padre Zeus:

«Padre, el más poderoso de los inmortales, ¿es que vas a llevar de nuevo a esta gente a la guerra?».

Y Zeus le contestó:

«Hija, ¿por qué me preguntas? ¿No fuiste tú la que decidiste que Odiseo se vengara de los pretendientes dándoles muerte? Si quieres mi opinión, te diré que lo mejor será que se olviden de la disputa, que reine

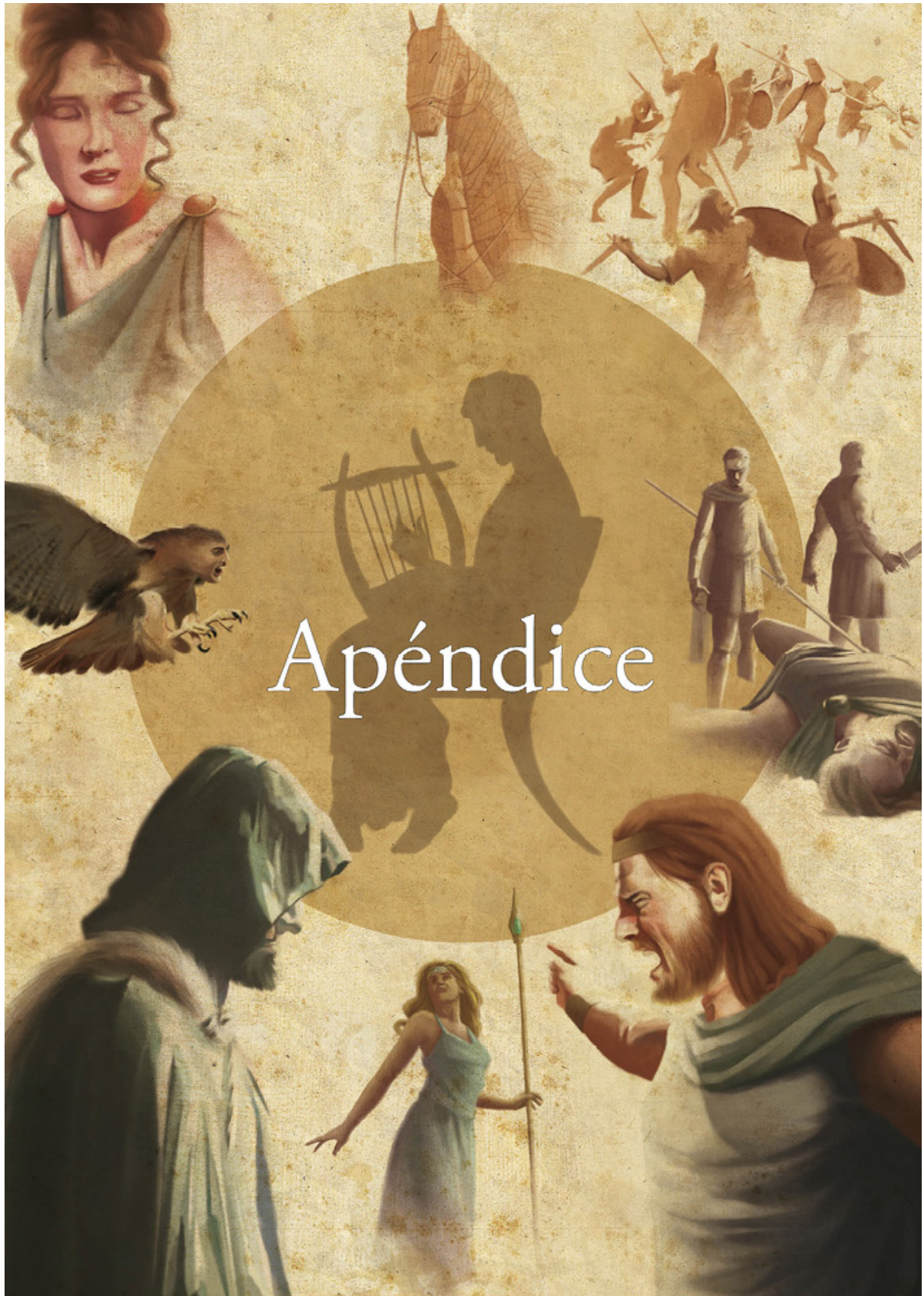
Odiseo y que ellos le juren fidelidad. Hagamos nosotros que se olviden de la muerte de sus hijos y hermanos, y que haya paz entre ellos».

Odiseo y los suyos que estaban en el banquete sintieron que se acercaba la multitud y se apresuraron a tomar las armas. Laertes estaba orgulloso de ver a su hijo y su nieto dispuestos a luchar uno al lado del otro, rivalizando en valor. Salieron juntos, espadas en mano, y se arrojaron contra los primeros. Y allí los habrían matado a todos, si Atenea no se hubiese interpuesto. La diosa gritó en medio de ellos y todos palidieron aterrorizados. Las armas volaron de sus manos y cayeron todos a tierra, y al levantarse ya no sintieron deseos de luchar, sino de volver cada uno a su casa y vivir en paz.

Aún gritó Odiseo deseoso de lucha, pero Zeus arrojó su rayo a los pies de Atenea para que interviniera y ella se dirigió a Odiseo diciendo:

«Astuto Odiseo, hijo de Laertes, contente y pon término a esta pelea, no sea que Zeus, hijo de Cronos, el que todo lo ve, se irrite contigo».

Esas fueron sus palabras, y Odiseo obedeció. Y entonces Palas Atenea, hija de Zeus, con la apariencia y la voz de Méntor, hizo que las dos partes se diesen juramento de paz para siempre.



Apéndice

La épica antigua

En el mundo antiguo la forma de contar historias era muy diferente a la nuestra. En época de Homero el uso de la escritura no era común, se usaba principalmente en inscripciones para dejar recuerdo de acontecimientos importantes y leyes, o para llevar contabilidades. La literatura pertenecía exclusivamente al terreno de lo hablado, o mejor dicho, de lo cantado, o también de lo recitado, y eso determinaba el propio modo en que las historias eran contadas y la manera en que nos han llegado, tanto en su forma como en su contenido. No había manera de componer ni de contar que no fuera en verso, ya que este, por la repetición del ritmo, facilitaba la memoria y el desarrollo de los argumentos. La prosa aún tardaría siglos en llegar.

El verso

El verso utilizado para la narración era el hexámetro, que fue copiado después por los escritores latinos. Su nombre procedía de los «seis metros» o unidades métricas que lo componen, y se articulaba sobre una estructura de seis acentos. En él, por tanto, no era la rima la que sustentaba el canto o recitado, sino la repetición de un ritmo acentual que podía modularse con mayor rapidez o solemnidad mediante la variación del número de sílabas entre los acentos. Este verso se usaba para componer largas series agrupadas en capítulos o cantos de entre cuatrocientos y seiscientos versos cada una aproximadamente, y el resultado era parecido al de nuestros romances, aunque con versos más largos. Aunque no tenemos demasiados datos, podemos saber que con el hexámetro se formó una tradición poética muy rica y popular, transmitida de generación en generación. La extensión de los poemas completos era variable y podía ir de algunos centenares de versos a miles de ellos. La *Odisea* cuenta unos doce mil, la *Ilíada*, más de quince mil.

La técnica formular

La composición de los poemas épicos se basaba en el uso de fórmulas, algo así como piezas de un juego de construcción que encajaban en el verso y podían utilizarse con facilidad en situaciones diversas. Su longitud iba de una sola palabra a varios versos completos. Podían ser adjetivos (el *astuto* Odiseo; Atenea, *la de ojos brillantes*; Poseidón, *el que sacude la tierra*); expresiones de tiempo (*cuando nace la Aurora de rosados dedos*); o una acción determinada (*le dirigió aladas palabras*). Las más largas recogían escenas que solían repetirse, como la celebración de un banquete o los preparativos para un sacrificio. De esta manera el poeta, que a menudo debía improvisar en el transcurso de la narración, contaba con una serie de elementos de los que echar mano para completar un verso o un pasaje cuando era necesario. Pero no solo servían para facilitar al poeta la composición, sino también para ayudar al oyente a identificar a los personajes, a asociarlos a cualidades y circunstancias concretas, o a familiarizarlo con situaciones que le hacían más fácil el seguimiento de la historia. A esta forma de componer, íntimamente ligada a la transmisión oral, la llamamos técnica formular.

La lengua de Homero

El griego homérico no era la lengua de ninguno de los griegos, pero sí era la lengua de todos ellos. El griego antiguo estaba fragmentado en varios dialectos repartidos por la península balcánica, la costa de Asia Menor y la enorme cantidad de islas que salpican el mar Egeo. Homero utilizó una mezcla de algunos de ellos, en concreto el eolio, el jonio y el ático, con rasgos de algunos más y también formas arcaicas que debían estar ya en desuso en su época. Se trataba, pues, de una lengua artificial que nunca se habló en Grecia, y que incluía formas que ni siquiera debieron de pertenecer a ninguno de los dialectos en época alguna. El prestigio de Homero consiguió que esta lengua siguiera empleándose en la poesía griega durante siglos, en la lírica y en el teatro. Las razones para el uso de una lengua como esta hay que buscarlas en el público culto al que iba dirigida, pero también en la mayor facilidad con que determinadas formas de uno y otro dialecto encajaban en la estructura métrica del verso.

Los temas

Las narraciones épicas trataban historias de hombres y dioses. Eran historias esenciales que debían tener un sentido importante para la comunidad, porque establecían un marco en el que ella podía entenderse a sí misma y al mundo que le rodeaba. Es por eso que la épica fue el primero de los géneros literarios, antes que la poesía lírica y mucho antes que la prosa, pues constituía algo ligado a la propia existencia y la identidad de la comunidad. Los temas habituales eran la explicación del mundo y sus orígenes (como el relato de la creación en la Biblia) o la historia de héroes fundacionales, personajes que dan origen a la comunidad como tal (el caso de Adán y Eva o Abraham también en la Biblia), o que con sus hazañas marcan el destino de esta (Carlomagno o el Cid Campeador en la tradición europea).

En el caso griego, la épica debió contar con una riquísima tradición hoy perdida sobre todos estos temas, y que solo podemos conocer fragmentariamente por la obra de Homero. Tanto la *Ilíada* como la *Odisea* reflejan una concepción del mundo estructurada en hombres y dioses que se relacionan libremente bajo una jerarquía bien establecida. Pero el principal valor de los poemas homéricos para los griegos no era este, sino el hecho de que les ofrecía un sentimiento de comunidad, de pertenencia a un mundo común por encima de rivalidades ocasionales frente a todo lo que ellos entendían como no griego, que es lo mismo que decir no civilizado. Ellos se sentían orgullosos de este sentimiento y lo encontraban plasmado de manera magistral y riquísima a través de la magnífica historia de la guerra de Troya.

Homero

Poco sabemos de la persona. Se dice de él que era ciego y varias ciudades se disputaban su origen. Algunos dudan de su existencia real o de si fue uno solo el autor de los dos poemas que se le atribuyen: la *Ilíada* y la *Odisea*. En realidad, para nosotros como lectores, esto no tiene demasiada importancia. Sabemos que cada uno de los poemas debió tener un autor, que pudo ser el mismo o no, y que ese autor vivió en Grecia probablemente a finales del siglo VIII antes de Cristo. Las dudas sobre él no empañan en absoluto la maestría de sus obras, solo acrecientan la

leyenda de quien ha sido considerado el más grande de los poetas y padre de toda la literatura occidental posterior.

En la *Odisea* has podido encontrar personajes que hacen un trabajo semejante al que debía hacer Homero. Femio, el aedo, por ejemplo, se gana la vida en la corte de Ítaca cantando para los pretendientes. Demódoco hace lo mismo en la corte de Alcínoo, rey de los feacios. Estos aedos eran compositores a la vez que intérpretes y trabajaban sobre narraciones ya existentes que se remontaban a tradiciones orales a veces muy antiguas. Cantaban sus composiciones con acompañamiento musical, aunque desde la misma época de Homero, hubo también otros personajes, llamados rapsodos, que recitaban ya sin música fragmentos de los antiguos poemas.

El sentido de la palabra poeta en la Antigüedad no era el mismo que hoy entendemos. Como hemos visto, no eran creadores de la misma manera, porque trabajaban sobre una tradición preexistente. Hoy tenemos la idea de que el creador no lo es si no parte de cero para crear algo que es exclusivamente suyo y, por tanto, original. En el mundo antiguo no era así. Cabe entonces preguntarse en qué consistía realmente su labor y su mérito. Sabemos que Homero recogió unos materiales que venían de tiempo atrás sobre sucesos de unos 400 o 500 años antes de su época, el final de la civilización micénica en Grecia. Él los reelaboró y con ellos dio forma a unos poemas que, por otra parte, superaban en extensión a lo que era habitual. En ambos casos, en la *Ilíada* y la *Odisea*, Homero aborda el tema de la guerra de Troya, pero lo hace con un enfoque novedoso y particular. En el caso de la primera, por ejemplo, toma como punto de partida la cólera de Aquiles, la irritación de este con Agamenón, jefe de los griegos, por un asunto de reparto de esclavas procedentes del botín de guerra. A partir de este incidente, cuenta la negativa del guerrero a participar en la contienda, las consecuencias de su decisión, y luego el regreso a la lucha y los acontecimientos hasta la muerte del héroe.

No es un relato lineal ni completo de la guerra, sino parcial y centrado en un aspecto concreto, la ira de Aquiles y la manera en que el personaje afronta su destino. Y es que el interés de Homero no estaba en repetir una historia que el público conocía de sobra, sino en ahondar en la dimensión humana del personaje a través del conflicto y poner de manifiesto así su condición heroica. Ese es el gran mérito de Homero y lo que hace que aún hoy siga vivo, el hecho que nos habla con profundidad de los conflictos

humanos, como hacen también Shakespeare o Cervantes, y es eso lo que los hace universales.

Algo semejante sucede en la *Odisea*. La historia se aborda, no desde el punto de vista de Odiseo de principio a fin, sino que comienza por centrarse en el personaje de su hijo Telémaco y el conflicto que le supone tener que comportarse como un adulto, cuando todavía no lo es. La parte central, aunque es la más tradicional, pues recoge las peripecias del Odiseo vagabundo, también tiene una presentación original. Homero hace que sea el propio protagonista quien las cuenta en primera persona a Alcínoo, rey de los feacios, cuando, después de muchas fatigas, consigue por fin alcanzar su tierra. Por último, la parte final también es de gran riqueza y profundidad psicológicas, especialmente en los pasajes que refieren el reencuentro de Odiseo con Penélope, su esposa, y su padre Laertes.

La lectura del texto y estas claves que aquí ofrecemos debieran haber servido para animar al disfrute, más adelante y ya sin intermediarios, del texto en su versión íntegra.

[1] *Musa*: diosa de las artes que proporciona a los poetas inspiración para componer.

[2] *Helios*: dios del sol.

[3] *Zeus*: el primero de los dioses. Gobierna sobre ellos y sobre los hombres.

[4] *Ninfa*: divinidad de la naturaleza asociada a fuentes, ríos, montes, bosques o algún otro lugar concreto.

[5] *Olimpo*: el monte Olimpo, en la Grecia continental, donde habitan los dioses.

[6] *Hermes*: hijo de Zeus, dios de los viajeros y comerciantes, y mensajero de su padre.

[7] *Aedo*: cantor profesional que se ganaba la vida cantando historias de héroes y dioses para el público.

[8] *Huésped*: las relaciones de hospitalidad eran muy importantes para los griegos y tenían un carácter religioso que obligaban a las dos partes.

[9] *Sirvienta*: en el mundo antiguo la esclavitud era algo común. Los esclavos podían serlo de nacimiento, o bien por deudas o guerra. El comercio de esclavos estaba muy extendido.

[10] *Erinias*: diosas de la furia y la venganza que castigan las acciones de los hombres.

[11] *Abrazar las rodillas*: este gesto es una señal de sumisión y de súplica.

[12] *Libación*: ritual en honor a los dioses que consiste en derramar vino u otro líquido sobre un altar o sobre el animal que se va a sacrificar.

[13] *Ambrosía*: alimento de los dioses que despide un agradable olor.

[14] *Néctar*: bebida de los dioses.

[15] *Ino*: una de las nereidas, divinidades femeninas del mar.

[16] *Hefesto*: dios de la industria y la artesanía, hijo de Zeus. Es cojo y está casado con Afrodita.

[17] *Cíclopes*: gigantes de un solo ojo que habitaban en la isla de Sicilia dedicados al pastoreo.

[18] *Odre*: especie de bota para contener líquidos, fabricada con piel de animales.

[19] *Hades*: hermano de Zeus y esposo de Perséfone, es el dios del mundo subterráneo en el que habitan los muertos.

[20] *Gorgona*: era un terrible monstruo de apariencia femenina con el poder de petrificar a quien alcanzara con su mirada.

[21] *Jasón*: conocido por su viaje en barco hasta el extremo norte de Grecia en busca del vello de oro, una piel de carnero de lana dorada que era custodiada por un dragón.

[22] *Náyades*: divinidades femeninas del mar.

[23] *Same*: islote cercano a la isla de Ítaca. No tiene nada que ver con la famosa isla de Samos junto a la costa de Asia Menor.

[24] *Escabel*: pequeño asiento para descansar los pies.

[25] *Sudario*: tela o sábana que se pone sobre el rostro de los difuntos o en que se envuelve el cadáver.

[26] *Égida*: escudo de Atenea armada para la batalla.

Índice de contenido

Odisea	
Introducción	
Glosario y mapa de la Grecia de la Odisea	
Canto I	
Canto II	
Canto III	
Canto IV	
Canto V	
Canto VI	
Canto VII	
Canto VIII	
Canto IX	
Canto X	
Canto XI	
Canto XII	
Canto XIII	
Canto XIV	
Canto XV	
Canto XVI	
Canto XVII	
Canto XVIII	
Canto XIX	
Canto XX	
Canto XXI	
Canto XXII	
Canto XXIII	
Canto XXIV	
Apéndice	